# ***El Don***

## El relato

El presente relato, es una historia corta de misterio que está ambientada en la época actual. La trama posee ligeros toques sobrenaturales que, sin llegar al terror ni a la violencia, le proporcionan una pizca de sabor.

## Sipnosis

Remedios es una chica de clase social baja que lucha por encontrar una situación estable. Por su sencillez y humanidad, será víctima de un pacto sobrenatural. Con el transcurso del tiempo, irá experimentando los efectos del mismo hasta que consiga obtener el secreto para librarse de dicho maleficio.

## Relatos del Autor

Hora de dormir - *Intriga*
El don - *Misterio*
Kuemetek - *Aventuras*

© Rafael López Rivera
Septiembre 2000

## 1. El trabajo

Era hora de hacer el equipaje. Después de estar un año y medio trabajando en esta casa, había llegado el momento de partir. Hacía días que Remedios presentía que esto iba a suceder, lo veía venir. Esta mañana, cuando la señora habló con ella, se confirmaron sus sospechas.

Desde que murió el abuelo ya no era necesaria su presencia en la casa. Todos en esta familia se las daban de *señoritos*, pero la verdad era que la fortuna de la familia había ido en declive.

En esta casa, quien verdaderamente valía algo era el abuelo. Él había fundado el negocio, él se había hecho cargo de todos los miembros de la familia. Ellos por su parte, le recompensaron siendo unos parásitos que habían vivido bajo el amparo del éxito y del trabajo del viejo.

Nadie, en aquella familia, sería capaz de mantener a flote el negocio. Eran unos inútiles mal criados. Desde que el abuelo sufrió la embolia cerebral, hace casi dos años, todo lo bueno se iba acabando, ahora llegaba la época de las vacas flacas.

Remedios estaba segura que el anciano no murió por lo delicado de su estado, sino que murió de sufrimiento, de la impotencia y rabia contenida por tener que ver como, aquellos inútiles, dilapidaban la fortuna conseguida con el esfuerzo y el sudor de toda su vida.

A Remedios sólo la habían contratado para deshacerse del estorbo que suponía estar pendiente del viejo, de sus medicinas y de limpiarlo cada vez que se hacía sus necesidades encima. Muerto el anciano, se acabó limpiar aquel cuerpo débil y huesudo. Ya no tenía sentido que ella siguiera en aquella casa, ahora se había convertido en un gasto más a reducir.

Aquel empleo no era una panacea pero, al menos, a Remedios le aportaba un mísero sueldo seguro cada mes.

Remedios era una mujer de una apariencia física poco agradecida, sin ningún atractivo en especial, pero sin llegar a ser del todo fea. Mujer de baja estatura, pelo moreno y media melena, complexión esbelta y un poco falta de carnes. Su carácter humilde, su educación pueblerina, un bajo nivel de estudios, todo en su conjunto, contribuía a que estuviese predestinada a ser alguien anónimo toda su vida. Al igual que las miles de personas que forman la base de la sociedad actual, cuyo único objetivo es salir adelante, con la esperanza que la fortuna y el destino no les acarreen demasiadas sorpresas desagradables en esta vida que les había tocado en suerte.

El equipaje era liviano, pocas cosas había atesorado Remedios durante este tiempo, apenas nada, no tenía tiempo ni dinero para ello. Sólo había disfrutado de una tarde libre a la semana y, en muchas ocasiones, no la tomaba porque no sabía dónde ir sola, no conocía a nadie en aquella ciudad y estaba cansada de tardes solitarias en el parque. No saliendo, ahorraba dinero para enviarlo al pueblo para sus padres que, con su escasa pensión de jubilación, un hijo alcohólico y holgazán, cada vez se les hacía más difícil llegar a final de mes.

Remedios sentía mucha pena por la situación de sus padres, toda la vida luchando para al final de ésta, malvivir de aquella forma. Sin embargo, ella no era consciente que a sus treinta años, desarraigada de su hogar, sin trabajo, sin ahorros y con unos padres mayores a los que mantener, tal vez, ella misma, era una caso más digno de lástima que el de sus propios padres. El suyo no era un panorama que fuese de envidiar por nadie.

-¡Hola Remedios!. ¿Ya estás haciendo el equipaje? -le preguntó la señora de la casa.

-Sí señora, cuanto antes lo tenga listo mejor, así puedo terminar esta tarde de planchar y doblar todo el montón de ropa que queda pendiente.

-Pero… ¿No te vas hoy?. ¿Verdad?. Te marchas mañana por la mañana.

-Sí, hasta mañana no tengo reserva de habitación en la pensión.

-¡Bueno mujer!. No era necesario que te fueras a vivir a una pensión. Aquí te podías haber quedado unos días hasta que hubieses encontrado un nuevo trabajo.

-¡Sí seguro!. Para seguir limpiando y trabajando gratuitamente -pensó Remedios.

-Gracias señora, pero las despedidas, cuanto más cortas mejor, luego una se siente mal -contestó Remedios con una sonrisa en la cara.

-Hablando de despedidas -dijo la señora sacando un sobre doblado del bolsillo-, aquí tienes el dinero de este mes. He incluido una pequeña gratificación por los servicios que nos has prestado a todos durante este tiempo. Me hubiera gustado darte más dinero pero, ya sabes que, las cosas en esta familia han ido de mal en peor -se excusaba la señora.

Siendo como era la señora, seguro que la gratificación era pequeña pero para las cremas, gimnasios, operaciones de estética, trajes y perfumes de París, la señora nunca había escatimado en gastos.

-También te he escrito unas muy buenas recomendaciones y, eso hoy en día, vale su peso en oro.

Remedios notaba que la estaba tratando con la misma frialdad con la que se trata a una empleada cualquiera. A ella, que los había querido como a su propia familia, que se había preocupado por ellos, que había pasado las noches en vela atendiendo al viejo para al día siguiente, continuar con las labores de la casa y ahora, en el momento de la despedida, se la despachaba con una gratificación monetaria. Ni unas gracias, ni un abrazo. ¡Deprimente, la vida siempre es decepcionante!.

Pero..., no tardarían en darse cuenta y en echarla en falta, en el momento en que la porquería se amontone en la casa, seguro. Teniendo en cuenta que eran *señoritos* todos, esto no tardaría mucho en ocurrir.

-No se tenía que haber molestado -contestó Remedios-. Yo me doy por pagada con el trato que he recibido en esta casa.

-¡Tú siempre tan humilde Remedios!. Bueno, es hora de marcharme. Si no nos vemos mañana, te deseo lo mejor querida -se despidió la señora.

-Gracias señora.

-Muy mal tengo que estar para volver a trabajar con esta loba -pensaba Remedios-. Esta familia es un grupo de ingratos que no saben valorar lo que una ha hecho por ellos. Pero... Cuando no tengan a la Remedios para hacer y recoger todo en la casa, ¿dónde van a encontrar a otra tonta que les trabaje sin vacaciones, sin seguro y sin protestar?. ¡Ya se acordarán de mí, ya... !.

*Sábado por la mañana*

Remedios había pasado la noche en blanco, dando vueltas a los recuerdos y los momentos vividos con la familia que dejaba atrás en aquella casa. También le preocupaba la incertidumbre de estos momentos, no tenía claro que iba a hacer, ni que sería de ella en las próximas semanas.

Era el momento de abandonar la casa y de tomar conciencia que ella no había representado nada para aquella familia. No había salido nadie a despedirla. Por un lado, debía considerar que era las nueve de la mañana y eso era muy temprano para aquella gente.

Pero… Tal y como sospechaba, la ridiculez de la gratificación monetaria que le había dado la señora, lo decía todo de ellos. Sabía que no aparecería nadie para darle un abrazo y un adiós. Tenía que aprender la lección y en la próxima casa en la que trabajase no debía de involucrase emocionalmente con la familia, simplemente debía ser la chica de la limpieza y nada más.

Remedios abandonó la casa. Una bolsa y una maleta era todo su equipaje. Tomó un taxi y en menos de un cuarto de hora había llegado a la pensión. La habitación no estaría libre hasta el mediodía pero le dejaron depositar el equipaje en la consigna hasta entonces.

Salió decidida a la calle en busca de su futuro, sintiéndose extraña en su propia inseguridad. Compró un periódico local, se sentó en una terraza y se puso a leer los anuncios de la bolsa de trabajo, en compañía de una taza de café con leche bien caliente.

En la sección de la bolsa de trabajo del periódico, sólo había ofertas para gente con estudios universitarios, sobre todo para puestos de informáticos y agentes comerciales. En estas ocasiones, Remedios se lamentaba de no tener estudios, sin embargo, no podía reprochar a su familia el no haberle dado un nivel elevado de formación, ya que nunca había sobrado el dinero en la casa y ella por su parte, tampoco demostró dotes de buena estudiante.

Tras revisar pacientemente cuatro páginas de anuncios, al fin, encontró un anuncio que se ajustaba a lo que ella buscaba:

Ref K-273.14: “Se necesita empleada de hogar, a dedicación completa durante todo el día, se valora experiencia con ancianos. Sueldo a convenir. Telf: 31.415.927“

Continuó buscando con la esperanza de encontrar más oportunidades y no halló nada más.

Parece que lo de encontrar trabajo no lo iba a tener muy fácil. Sólo había encontrado un anuncio que se pudiera ajustar a sus características. Esta falta de oportunidades le preocupaba enormemente.

Aún, a malas, siempre podía limpiar por horas en las casas y porterías. Pero el coste de la pensión era muy alto. Realizando labores de limpieza no iba a poder costearse ese ritmo de gastos. Estos ingresos tampoco serían suficientes para permitirse el lujo de alquilar un piso donde vivir. Como consecuencia de ello, la prioridad era encontrar una casa con dedicación exclusiva, donde poder trabajar y alojarse a la vez. Si no conseguía esto pronto, entonces, habría que valorar otras alternativas, o tal vez, renunciar al sueño de la ciudad y volver al pueblo con sus padres, aunque en este caso no sabía de qué iban a vivir.

Terminó de tomarse el café con leche y se puso en marcha a la búsqueda de un teléfono público desde el que hablar con la intimidad que proporciona el anonimato.

Después de caminar a lo largo de un par de calles, encontró una cabina telefónica. Marcó el número de teléfono del anuncio del periódico y quedó a la escucha. Una voz, procedente de un contestador automático le habló desde el otro lado de la línea:

- …"*Le atiende el contestador automático de la empresa Work&Express. Si desea usted solicitar una entrevista para un puesto de trabajo, introduzca el número de referencia del anuncio cuando suene la señal. Por favor, introduzca las cinco cifras del número de referencia del anuncio de trabajo después de sonar la señal. Piiii*"

El número es 2_7_3_1_4 -terminó de marcar Remedios. Todos estos cacharros modernos le incomodaban, antes las cosas eran más simples.

-…"*Espere por favor*" -dijo el contestador.

Transcurrieron unos diez segundos y retornó el mensaje:

-..."*Espere por favor*"...

El teléfono tragó otra moneda, Remedios comenzaba a impacientarse. Unos segundos más de espera. Otra voz de contestador reanudó la conversación:

- ..."*El anuncio seleccionado es… Se necesita empleada de hogar, a dedicación completa durante todo el día, se valora experiencia con ancianos. Sueldo a convenir. Para la entrevista de trabajo debe presentarse el próximo lunes en la calle Trafalgar número 29 de 9:00H a 13:00H*".

El teléfono volvió a tragar otra moneda, ya no le quedaban más. Por suerte, el contenido del mensaje se repetía una y otra vez de una forma continuada, por lo que sólo restaba escucharlo una vez más para asegurarse que había tomado los datos correctamente y ya se podría cortar la comunicación cuando quisiera.

Remedios comprobó los datos, todo parecía correcto, ya sólo quedaba esperar hasta el lunes. Ahora debía ir al mercado, comprar algunas cosas para comer y prepararse para disfrutar de un fin de semana tranquilo y ocioso, ¡cómo hacía tiempo que no tenía!. Si había suerte y encontraba pronto trabajo, no iba a disfrutar de muchos días ociosos en los próximos meses.

*Lunes por la mañana.*

Tras el lento transcurrir del fin de semana, después de una noche apenas sin dormir por culpa del miedo a permanecer mucho tiempo desempleada, el lunes había amanecido. Un traje oscuro realzaba la esbelta silueta de Remedios. Aparentar fuerza, aparentar educación le brindarían la oportunidad para emplearse. Zapatos pulcros, risa informal, vestir esmerado, referencias anteriores, todo era necesario que estuviera en su punto para dar la imagen que ella deseaba. Necesitaba este trabajo y no podía permitirse el lujo de fallar.

Remedios salió de la pensión con paso firme y decidido. Durante el fin de semana había tenido tiempo de consultar donde era la dirección de la entrevista de trabajo, el lugar quedaba muy cerca de una salida de metro, por lo que tomó este medio de transporte, al fin y al cabo, era más rápido que el taxi y mucho más barato.

Llegó enseguida a la calle de la dirección, todavía no era las nueve de la mañana, faltaban algunos minutos. Al llegar al lugar apreció que se trataba de una agencia de trabajo temporal, en la puerta había una pequeña cola de personas. Remedios se acercó, preguntó y pidió el turno en la cola.

Delante de ella, no había muchas personas, tal vez, unas diez, todas con carpetas con papeles. Ella sólo llevaba el sobre con la carta de referencia que le había dado su antigua señora, pero es que no había más, desde que llegó del pueblo, aquella casa era el único lugar en el cual había trabajado.

No había transcurrido ni diez minutos cuando la fila comenzó a avanzar a buen paso, pronto le tocaría a Remedios, era de las primeras, la cola había crecido y ahora había al menos, otras treinta personas que llegaron después que ella.

"*A quien madruga, Dios le ayuda*" decía siempre la abuela de Remedios. Un día su abuelo no quería madrugar y Remedios recordaba cómo su abuelo había replicado este dicho diciendo: …"*Un señor se levanta temprano por la mañana, va sólo por la calle y encuentra un monedero lleno de billetes, a este hombre madrugador, Dios le había ayudado. Pero no es más verdad que el dueño del monedero era el que más había madrugado, a este buen madrugador, Dios lo había jorobado*". Su abuelo siempre sabía como dar la vuelta a las cosas para que acabaran favoreciéndole a él.

Inmersa en los recuerdos de su infancia, Remedios llegó hasta la puerta. Allí una recepcionista le preguntó por la referencia de su anuncio. Remedios le mostró el recorte del periódico y la recepcionista le indicó la mesa a la que se debía dirigir. En esos momentos, en aquella mesa, estaban atendiendo a otra persona por lo que debería esperar su turno.

Se fue hasta la mesa y a una distancia prudencial, permaneció de pie esperando su turno tras una línea amarilla dibujada en el suelo.

La persona que estaba solicitando el trabajo era una mujer de mediana edad. Remedios puso atención a la conversación en un intento de escuchar cómo era aquello de una entrevista de trabajo. Hasta ahora nunca había hecho ninguna. Ella había entrado a trabajar en la casa por medio de un familiar, por lo que no fueron necesarios ni trámites ni entrevistas previas.

Se sintió aliviada al comprobar que aquella mujer hablaba de un trabajo que no era el mismo de Remedios, temía que se le hubiesen adelantado. Aquella mujer hablaba de algo relacionado con productos farmacéuticos o químicos. Por otro lado, las preguntas que hacía la entrevistadora de la mesa, no eran nada fuera de lo normal. Una vez finalizada la entrevista, aquella mujer se levantó y se despidió agradecida. Ahora le tocaba el turno a Remedios.

-Por favor tome asiento -le indicó la oficinista.

-¡Buenos días!. Venía por el anuncio de la empleada de hogar -dijo Remedios tomando asiento y mostrando el recorte del anuncio del periódico.

-¡Ah!. ¡Sí!. Déjeme ver. ¡Ajá!. ¡Aquí lo tengo! –exclamó la oficinista sacando una hoja de papel de entre un montón de hojas apiladas.

-Se trata de un trabajo de empleada de hogar –remarcó de nuevo Remedios.

-¿Ya sabe usted que este trabajo es de dedicación completa?. Es decir, que va a alojarse en la casa en la que va a desempeñar su labor.

-Sí, algo así es lo que estoy buscando. En el otro trabajo que estuve era también así. Aquí traigo las referencias de allí.

-No, para mí no son necesarias, guárdelas para enseñarlas cuando se las pidan en la casa. Yo no soy la que realiza la selección ni la contratación, nosotros en esta oficina, solamente actuamos como mediadores, cobramos al solicitante una pequeña cantidad de dinero por cada persona que enviamos a entrevistarse.

-¿Eso qué quiere decir?. ¿Qué yo tengo que pagar dinero? –preguntó un poco extrañada Remedios.

-No, no, todo lo contrario. Usted no paga nada, quien paga es quien pone el anuncio de trabajo –explicó la oficinista.

-¡Ya entiendo!.

-Me comenta usted que tiene experiencia en este tipo de trabajo. ¿Verdad?.

-Sí, en la casa de donde vengo, trabajaba en las mismas condiciones.

-Mejor así, puede que esta vez tengamos suerte, porque las dos candidatas que le hemos enviado a esta señora, nos las ha rechazado. Una porque era una descarada y la otra porque era demasiado moderna. A mí personalmente, las dos candidatas me parecieron muy normalitas. Según parece, esa señora es un poco especial. Puede que usted encaje mejor en el perfil que quiere esa señora.

-¿Qué habría querido decir la oficinista con aquel comentario? -pensó Remedios-. Tal vez ella tenía pinta de recatada o lo que es peor de pueblerina.

-Aquí tiene las señas de la casa. Espero que tenga usted más suerte que ellas.

Remedios leyó despacio la dirección, pero no tenía ni idea de dónde era.

-¿Por dónde cae esto? -preguntó Remedios.

-Esto está muy cerca, aquí mismo –comenzó a explicar la oficinista-. Mire, saliendo de la oficina doble a mano derecha, después en la segunda bocacalle, doble de nuevo a la derecha, luego siga recto hasta encontrar la escultura del General Aguirre, ya verá, es una estatua de un militar montado a caballo. Allí pregunte a alguien porque está muy cerquita, es una calle con caseronas antiguas. ¡No tiene pérdida! –dijo la oficinista finalizando la explicación.

-¿Ya está todo?. ¿Me puedo marchar? -preguntó ansiosa Remedios.

-No, todavía no. Necesito una fotocopia de su carnet de identidad y un número de teléfono de contacto dónde se le pueda localizar, es para su ficha personal.

-Aquí tiene el carnet, pero no tengo ningún número de teléfono donde me podáis llamar porque estoy viviendo en una pensión -se excusaba Remedios.

-Mé vale con el teléfono de la pensión.

-Lo siento, no tengo ni idea de cual es, lo tenía apuntado en un papelito y no lo llevo encima.

-No importa, sólo era una formalidad. Espere un momento que hago la fotocopia de su carnet y se lo devuelvo enseguida.

Remedios se quedó esperando a que volviera la oficinista con su carnet. Aquella entrevista había sido más fácil de lo que pensaba, al fin y al cabo, no era más que una simple conversación. El verdadero examen vendría más tarde, en la casa. Seguramente no sería fácil. La señora había devuelto a las otras dos candidatas y Remedios no estaba segura que ella fuese a encajar.

La oficinista le devolvió el carnet a Remedios. Ella por su parte se despidió cortésmente y salió con paso rápido hacia la dirección que le habían dado, no fuera que hubiese más candidatas al mismo puesto de trabajo en la cola de espera y llegasen antes que ella a la entrevista con la señora.

A veces, Remedios no entendía por qué era tan difícil encontrar trabajo. Para cualquier cosa solicitaban un montón de papeles y estudios. Por ejemplo, sin ir más lejos, seguro que para hacer el trabajo de la oficinista que la acababa de entrevistar, era necesario tener estudios y cumplir un sin fin de requisitos. Cuando en realidad, ese era un trabajo sencillo que ella misma hubiera podido realizar perfectamente. Total, sólo se trataba de hacer siete u ocho preguntas, rellenar un par de impresos, una fotocopia y ¡ya está!. A cobrar un buen sueldo al final de cada mes. La vida era muy injusta y Remedios estaba cansada que se cebara de mala manera con ella.

## 2. El encuentro

Por el camino, iba repitiéndose mentalmente las indicaciones que le había dado la oficinista, las siguió al pie de la letra y no tardó en hallar la estatua del militar. Una vez allí preguntó a uno de los transeúntes que, muy amablemente, le indicó como llegar a la calle que buscaba.

Remedios siguió caminado, controlando los números de las caseronas, hasta llegar al número 53 que correspondía con las señas que le habían proporcionado en la oficina de empleo.

La casa era muy grande de estilo antiguo colonial, espaciosa con grandes ventanales, de aspecto exterior algo abandonado. Estaba adosada lateralmente a la casa de al lado. Toda la calle estaba llena de casas de este estilo.

El interior de la casa no se veía desde la calle, unas cortinas opacas lo impedían. Si realmente aquella era la casa, seguro que iba a tener mucho trabajo, sólo para mantenerla limpia sería necesario tres o cuatro horas de trabajo al día –pensó Remedios.

-¡Vamos allá! -se dijo dándose ánimos, suspiró profundamente y llamó al timbre.

Una voz se escuchó por el altavoz del interfono:

-¿Quién es?. ¿Qué quiere? -dijo la voz.

-¡Hola!. ¡Buenos días!. Vengo por lo del anuncio de trabajo.

-Pase, la puerta está abierta.

¡Meeec!. Sonó el pestillo de la puerta. Remedios empujó y entró en la casa.

Desde luego, la casa era grande y espaciosa. Nada más entrar, desde el vestíbulo, se podía apreciar varios jarrones, figuritas, adornos y cuadros. En su conjunto, hacía una decoración un poco recargada, parecía una tienda de antigüedades de las que salen en las películas. Remedios se quedó boquiabierta, nunca había visto una casa tan ricamente decorada.

El interior de la casa estaba sumido en semipenumbra como consecuencia de las cortinas, estas impedían entrar libremente la luz exterior. Este efecto luminoso le daba a la casa una apariencia sombría y triste. Creaba un ambiente lánguido y mortecino.

Frente al vestíbulo de entrada, había una escalera de madera muy tallada que conducía hacia el piso superior. Procedente del piso de arriba se escuchó una voz que la invitaba a subir.

Remedios subió las escaleras despacio, observando fugazmente todo lo que contenía aquella casa. Ella nunca había estado en una casa así, tan señorial, tan suntuosa, aquella gente tenía dinero, de eso no había duda. Los peldaños de madera crujían bajo el peso de su cuerpo.

En el piso de arriba, las escaleras desembocaban en un mini-vestíbulo de distribución. Éste daba paso a un pasillo para dirigirse a las habitaciones a ambos lados y justo enfrente de las escaleras había un salón biblioteca.

Remedios por inercia continuó andando hacia el salón biblioteca. Al entrar observó que las paredes del salón estaban custodiadas por grandes estanterías llenas de libros que

parecían antiguos y valiosos. En medio del salón había una gran mesa de madera rodeada de sillas para al menos doce personas, en una de estas sillas, presidiendo la mesa, había una mujer mayor, vestida de oscuro, con el pelo cano, sentada leyendo un libro.

El ambiente en su conjunto, rebosaba paz, tranquilidad y silencio, allí no volaban ni las moscas con tal de no romper la quietud y la armonía.

-¡Acérquese joven! -dijo la señora.

-Buenos días. Venía por lo del anuncio de trabajo.

-Ya lo sé, me lo ha dicho antes, estoy vieja pero no soy estúpida.

-Estúpida y maleducada además de vieja -pensó Remedios.

-¿Es creyente?. ¿Señorita...?.

-Remedios, me llamo Remedios Montoya para servirle. Sí señora, yo soy creyente. ¡Creo en Dios!. Pero... Hace mucho tiempo que no voy a misa –contestó un poco avergonzada-. Mi señora, en la casa en la que trabajaba, no me daba permiso los domingos ni las tardes para asistir a los oficios, sólo disponía de una tarde libre a la semana y, muchas veces, no la tomaba porque había mucho trabajo que hacer.

-Ir a misa o no, no importa, ni tan siquiera el tipo de religión que se procesa, querida. Lo importante es lo que la persona lleva dentro, en su corazón, el resto, no es más que una pandilla de vividores que se aprovechan de todo el que pueden –dijo la señora despreciativamente-. Así que... ¿Estuviste trabajando en una casa como empleada de hogar? -preguntó la señora con curiosidad.

-Sí, aquí traigo las referencias -contestó Remedios ofreciéndole el sobre que traía consigo.

-No es necesario, seguro que son buenas sino no me las estarías enseñando -dijo la señora rechazando con la mano el sobre que le tendió Remedios-. ¿Por qué te echaron de allí si tenías tanto trabajo y eras tan necesaria? –continuó preguntando la señora.

-¡Perdone señora!. Me está usted ofendiendo. A mí no me han echado de ningún sitio –replicó Remedios molesta por la insinuación.

-Disculpa, he sido un poco brusca, no pretendía ofenderte –se excusó la señora-. ¿Por qué te has cambiado de trabajo?.

-Mi trabajo en la otra casa se terminó cuando murió el padre de la señora. El señor sufrió una embolia hace casi dos años y quedó imposibilitado en la cama. Por ese motivo me contrataron a mí, para hacerme cargo de él. También llevaba el resto de las faenas de la casa. Últimamente la familia no iba muy bien de dinero y cuando murió el señor, hubo que reducir gastos, entre ellos, yo.

-Eso no dice mucho de ti. ¡Te dan como responsabilidad al anciano para que lo cuides y se te muere!.

-Perdón señora, permítame que la corrija, el señor se murió de muerte natural, ya era muy mayor, y en esos casos nadie puede hacer nada. Pero al menos, conmigo el señor estaba siempre limpio, aseado y cuidado.

-Ya veo. ¿Y hace mucho de eso?.

-¿De qué?. ¿De qué dejé de trabajar o de qué se murió el señor? –preguntó Remedios desconcertada.

-De todo querida, de todo –dijo la señora condescendientemente.

-El señor hace una semana que murió y yo estuve trabajando en esa casa durante poco más de un año y medio. De la casa me marché este sábado pasado. Eso es todo.

-¡Todavía estaba el difunto de cuerpo presente y te despacharon!.

-Perdón, no he entendido.

-Decía… Que… Todavía estaba la cama del viejo caliente y ya te dieron una patada en el trasero. ¿Qué puedo pensar de ello?.

-¡Piense usted lo que quiera!. Yo soy una trabajadora buena y honesta. Si cree que no soy buena para trabajar en su casa, me lo dice y ya está. Yo me voy de aquí y no ha pasado nada. Pero no me gustaría que siguiera usted haciendo esos comentarios, no he venido aquí a ser insultada ni por usted ni por nadie –contestó Remedios bastante nerviosa y visiblemente enojada.

-Muy bien querida…-dijo la señora manteniendo un silencio tenso.

Remedios se temía lo peor, la respuesta tan abrupta y descarada que acababa de proporcionar a la señora, podía significar que se quedaba sin empleo.

La señora la observaba fijamente, como si quisiera leer su pensamiento por medio de su mirada penetrante e inquisidora.

Remedios estaba a punto de disculparse por el arrebato de cólera cuando la señora comenzó de nuevo a hablar:

-¿Cuándo podrías empezar?.

A Remedios le dio un vuelco el corazón, si no había entendido mal, le estaba ofreciendo el trabajo, aquello era fantástico. No pudo reprimir una pequeña sonrisa de satisfacción.

-¡Cuándo usted quiera! –contestó Remedios un tanto nerviosa-. Si es posible, por mí cuanto antes mejor.

-Muy bien querida, no se hable más, esta misma tarde si quieres te puedes instalar.

-Muchas gracias señora. No se arrepentirá de esta decisión –contestó Remedios.

-Muy bien, muy bien… –contestó pacientemente la señora-. Disculpa que no te acompañe a la puerta, pero luego me cuesta mucho subir las escaleras.

-No se moleste señora, puedo ir yo sola. ¡Gracias y nos vemos esta tarde!.

-¡Ve con Dios muchacha!.

Remedios abandonó la casa llena de alegría, había pasado la prueba. ¡Ya tenía trabajo!. Pero... ¿Qué clase de trabajo tenía?. Durante la conversación con la señora no habían hablado de las condiciones, ni del sueldo ni de las fiestas. Desconocía cuánta gente vivía en la casa, ni siquiera sabía como era la habitación en la que iba a pasar al menos los próximos días. Eran tantas las ganas de encontrar un empleo, que se le había olvidado preguntar las cosas más elementales. Ahora no era cuestión de volver a la casa de nuevo a aclararlo. Así que… Mejor empezaba a trabajar y luego ya se iría enterando de las cosas sobre la marcha. Cuando el momento se presentase, ya preguntaría lo que no sabía.

Remedios volvió recorriendo el camino inverso al que había realizado para llegar a la casa, no conocía otro mejor. Cuando pasó por la puerta de la oficina de empleo, le asaltaron las ganas de entrar y decirle a la oficinista que ella había conseguido el trabajo, pero enseguida recapacitó y pensó que aquello era una chiquillada y no servía de nada, que a la oficinista, le iba a importar muy poco si había conseguido el trabajo o no. Lo más probable, es que terminara haciendo el ridículo o se rieran de ella, por lo que al final, declinó hacerlo. Sin embargo, en el interior de Remedios existía la necesidad de compartir con alguien la alegría de tener de nuevo un trabajo. No había nadie con quién celebrarlo, ni siquiera se lo podía contar a sus padres, porque éstos al saber que ella había estado sin trabajo, comenzarían a preocuparse por la posibilidad que perdiera el trabajo de nuevo y esto último sería peor aún.

Tras caminar un rato y tomar el metro de vuelta, Remedios llegó a la pensión. Informó en recepción que ese mismo día dejaba la habitación. El recepcionista muy amablemente le

comentó que debía dejar la habitación antes del mediodía, en caso contrario tendía que abonar un día más. Por otro lado, no había inconveniente en dejar la maleta custodiada en consigna todo el tiempo que fuera necesario. Era un servicio que le proporcionaba la pensión y no le iba a suponer un coste adicional.
Remedios pensó que debía incorporarse a la casa después de las ocho de la noche. No debía parecer que se precipitaba tomando posesión del trabajo. Así que... Comenzó a hacer planes para pasar esa tarde. Primero, comería en un restaurante italiano con un buen vino tinto para celebrar el acontecimiento. Después, iría a ver una buena película de estreno en la sesión de la tarde. ¡Hacía mucho que no iba al cine!. Cuando esto finalizara, a la salida del cine, comería una buena copa de helado de bolas de diferentes sabores y por último, tomaría rumbo a la pensión, recogería su equipaje e iría a la casa. Todo perfecto y planificado, un día redondo. ¡Ojalá todos los días pudieran ser así de placenteros!.

*Lunes por la noche*
La tarde del lunes había sido perfecta, todo transcurrió según lo había planeado. Después de esta jornada de ocio, Remedios estaba radiante y satisfecha, con ganas de afrontar lo que le deparase el futuro. Todavía su cabeza albergaba muchas incógnitas sin responder. La conversación con la señora se había desarrollado de tal forma que sabía muy poco de su nuevo empleo. Solamente estaba segura que, por el momento, tenía un trabajo y nada más.
Llegó a la casa y llamó al timbre. La puerta se abrió enseguida. Allí estaba la señora esperándola.

-¡Hola querida!. Pensé que llegarías antes -le dijo la señora a modo de saludo.

-Buenas tardes señora. Tenía recados que terminar de hacer -contestó Remedios-. Como todavía no sé cuándo voy a tener el próximo día de fiesta, he pensado que lo mejor era hacer las cosas que tenía pendientes hoy.

-Entiendo... Muy previsora por tu parte -asintió la señora-. Deja la maleta y tu bolsa aquí en la entrada. Luego las subirás a tu habitación en el piso de arriba.

-¡Muchas gracias señora!. Los brazos comenzaban a apelmazarse. Al principio, parecía que la maleta no pesaba mucho pero, poco a poco, se ha ido volviendo más pesada.
La señora no prestaba atención a los comentarios de la muchacha. Era como si la muchacha hubiese hablado a alguno de los bustos que había desperdigados por la casa.

-Ahora, mientras te enseño la casa, hablaremos de las condiciones del trabajo.

-En el anuncio pedían gente con experiencia en cuidar ancianos. ¿Hay ancianos aquí o se refería a usted? –pregunto Remedios con curiosidad.

-Como puedes apreciar, yo me manejo bien, un poco torpe pero bien, no necesito cuidados especiales. Lo del anuncio, sólo era para evitar que se presentaran jovenzuelas sin experiencia, o que sólo han hecho de *canguros* cuidando niños. Las personas que han cuidado a ancianos son personas más responsables y menos alocadas. Porque yo…, como podrás apreciar, estoy mayor pero no soy ninguna anciana, medio puedo valerme por mí misma, sino fuera por esas malditas escaleras, no necesitaría a nadie en la casa.

-Ya veo… –dijo Remedios pensativa.

-Yo más bien, diría que es una mujer cansada más que mayor –pensó Remedios-, porque aunque tiene muchas canas, no tiene arrugas, sólo bolsas y ojeras de cansancio. Se mueve con paso lento y cansino pero no torpe.

-¿Cuánta gente hay en la casa? -preguntó Remedios con curiosidad.

-No vive nadie más en la casa. Soy una persona de vida tranquila y hábitos solitarios.

-Sigamos..., esta es la cocina. Es amplia y espaciosa, aquí será donde tú realizarás tus comidas. Yo comeré donde sea cada día ya te lo diré, a veces en el salón, otras en mi cuarto, otras en la biblioteca. Bueno, ya te lo iré diciendo sobre la marcha.

Remedios dio una ojeada a la cocina, estaba equipada con todos los electrodomésticos necesarios, era una gran cocina y muy moderna para lo que era el estilo general del resto de la casa.

-En la puerta del refrigerador -especificó la señora continuando con su explicación-, está pegado con imanes mi régimen. Ahí te explica qué debo comer en cada comida y qué cantidad de cada cosa. Yo desayuno a las 9 de la mañana, como a las 3 de la tarde y ceno a las 9 de la noche.

-Muy bien señora, lo tendré en cuenta -dijo Remedios mirando el régimen.

-Aquí tienes esta tarjeta de crédito. El número secreto es el 2046. ¡El signo de la cruz en los números!. Al final de cada mes, introduciré 7.000 pesetas por cada día del mes. De ese dinero tienes que hacer la compra diaria, el resto del dinero que sobre es para ti. Ese será tu sueldo. Puedes dejar el dinero ahí si quieres o ponértelo en una cuenta propia, como tú prefieras.

-Ese dinero pasará automáticamente a mi cuenta. ¡Por lo que pueda pasar!. ¡Nunca se sabe! -pensó Remedios.

-Éste es el cuarto de la plancha. Allí, al lado, está el lavadero con la lavadora, una secadora y el tendedero. Continuemos con el resto de la casa –dijo la señora volviendo de nuevo en dirección a la entrada. A la casa hay que hacerle la limpieza diaria, no hay mucha plata que limpiar, más bien se trata de limpiar el polvo, barrer y de vez en cuando fregar los suelos.

-¿Cada cuánto lo hago? -preguntó Remedios.

-Cuando tú veas que es necesario, lo único que yo quiero es que no se vea descuidada la casa. Da muy mala impresión cuando vienen las visitas, aunque yo no suelo recibir muchas visitas. Por cierto, aquí en esta casa, quien recibe visitas soy yo, es decir, si tú tienes una cita con alguien, de puertas para fuera de esta casa, haces lo que quieras, dentro de ella, no quiero a nadie que yo no haya invitado explícitamente. Es mi casa y no quiero extraños en ella, ni siquiera en la puerta.

-Comprendido… -contestó Remedios.

-Por lo general después de fregar los platos de la comida, tendrás toda la tarde libre para ti, hasta la hora de cenar. Estas son las llaves de la puerta. La segunda cerradura y la cadena de seguridad de la puerta las cierro todas las noches, después de las nueve. Si algún día a esa hora, por lo que sea, no has vuelto a la casa, ya no te molestes en venir porque no abriré la puerta hasta la mañana siguiente a las nueve de la mañana. Esas son las reglas, supongo que me he explicado con claridad.

-¡Sí! -asintió Remedios.

-Estas llaves son de la cerradura principal, por la noche además se cierra la puerta con la otra cerradura y la cadena de seguridad.

Remedios tomó las llaves que le daba la señora y las guardó en su bolso.

-Tu cuarto está en el piso de arriba a mano izquierda al final de todo. Sube tus cosas y ve instalándote. Yo te seguiré detrás más despacio.

-¡Muy bien!.

-Espero que esta tía no tenga muchas manías raras –cavilaba Remedios mientras subía las escaleras-. El sueldo está bien. Aunque llegue a gastar mucho en la comida, me pueden quedar por lo menos 140.000 pesetas cada mes. Luego tengo todas las tardes libres y no hay más gente a la que atender aquí. ¡Parece demasiado bueno para ser verdad!. Estaré pendiente para ver dónde está lo malo. ¡Que seguro que lo hay, siempre lo hay!.

El esfuerzo de subir la maleta por las escaleras, apartó a Remedios de sus pensamientos. Los peldaños crujían lastimosamente ante el peso de ella y su carga. Peldaño a peldaño fue ascendiendo despacio.

Al final de trayecto estaba su habitación. La habitación era espaciosa, muy soleada y bien equipada. Tenía un gran armario ropero y la puerta estaba dotada de cerradura interior que salvaguardaba la intimidad.

Una puerta interior de la habitación daba paso a un baño completo, inclusive tenía bañera. Los muebles eran un poco antiguos pero estaban muy bien conservados. Ella, ni siquiera en su casa, había tenido algo mejor que aquello. Había otra puerta interior con una llave puesta en la cerradura. Al abrir esta puerta, se encontró con otra puerta que pegaba con la suya y que estaba cerrada por el otro lado.

En la puerta, en el lado opuesto a la habitación de Remedios, no tenía tirador. Esto igualmente ocurría con la segunda puerta, de tal forma que cuando ambas estaban cerradas, casi se tocaban ya que no existían tiradores entre las mismas que obligara a que quedasen distanciadas.

Las puertas tenían cerraduras antiguas, de las de llave de ojo grande, de aquellas de hierro macizo, de las que ya no se fabrican, un trabajo de artesanía.

Se agachó para mirar a través del ojo de la cerradura, pero sólo distinguió sombras en la oscuridad, no pudo identificar ningún objeto ni forma alguna.

Puso la maleta encima de la cama y comenzó a deshacerla. Fue tomando las prendas, colocándolas en el armario y en los cajones de la cómoda que había al lado de la puerta de entrada.

Estando ordenando la ropa interior en la cómoda, oyó crujir los peldaños. Se asomó a la puerta y observó como la señora subía el tramo final de las escaleras. Había subido con asombrosa agilidad, teniendo en cuenta que, la señora había antes que, subir las escaleras era un sobreesfuerzo para ella. Remedios se introdujo sigilosamente en la habitación y continuó colocando la ropa antes que la señora descubriese que la había estado observando.

-¿Qué tal?. ¿Qué te parece la habitación?. ¿Todo bien? -dijo la señora desde la puerta de la habitación.

-Sí señora, está todo muy bien. Es muy grande y espaciosa. Por curiosidad... He abierto esa puerta y me he encontrado otra puerta cerrada. ¿Adónde conduce esa puerta?.

-Es de la otra casa. Cada casa tiene una puerta que comunica con la otra casa.

-Y eso... ¿Por qué? -preguntó curiosamente Remedios.

-Esta casa y la de al lado, pertenecían antiguamente a dos hermanos que estaban muy unidos. Las casas estaban comunicadas por estas puertas. Ahora son dos casas independientes y para poder pasar de una casa a la otra, es necesario tener abierta las dos puertas a la vez sino no se puede pasar. Es lo que tú te has encontrado ahora, que no puedes pasar a la otra casa porque su puerta está cerrada -explicó la señora.

-No sé señora, como que no me gusta mucho esto de las puertas -dijo Remedios un poco recelosa.

-No pasa nada, si tú tienes tu cerradura cerrada con llave nadie puede entrar aquí.

-¿No podría poner un cerrojo o una cadenilla por dentro? –preguntó Remedios tímidamente.

-Bueno querida, eso ya lo hablaremos en otro momento, ahora termina de instalarte -contestó la señora desviando el tema.

-Cuando termine... ¿Qué hago? -preguntó Remedios con curiosidad.

-No sé querida, yo me voy a dormir. ¿Has cenado?.

-¡No!. No he cenado todavía.

-Entonces… Ve luego a la cocina, cena alguna cosa y nos vemos mañana por la mañana -dijo la señora despidiéndose.

-Gracias señora. ¡Hasta mañana!.

-¡Desayuno a las nueve!. ¿No se te olvidará?.

-No se preocupe, no se me olvidará. Tendré a punto el desayuno a esa hora -aseguró Remedios.

Remedios continuó con la labor de deshacer las maletas. Aquel trabajo, en principio, tenía buena pinta. Parecía que por fin habían terminado sus problemas.

## 3. El Ente

Remedios terminó de deshacer las maletas y de colocar todas las prendas en su sitio. Se dirigió a la cocina. Al bajar las escaleras crujieron los peldaños. Nadie podía subir o bajar aquellas escaleras sin que se oyera aquel sonido. El problema era que, ante la quietud y el silencio de la noche, aquellos escalones sonaban escandalosamente.

Llegó a la cocina y abrió el refrigerador. Por suerte estaba lleno y había de todo allí. Sería misión de ella en lo sucesivo, mantenerlo lleno.

Cenó algo ligero, un poco de embutido, queso y un zumo. Remedios no solía cenar muy fuerte porque le producía malestar de estómago y con la digestiones pesadas siempre tenía pesadillas.

Retornó sigilosamente a su habitación intentando hacer el menor ruido posible en las escaleras. Era hora de descansar. La habitación estaba silenciosa, allí no llegaba el bullicio de la calle, desde luego, aquel era un buen lugar para descansar.

Remedios se lavó los dientes, puso el despertador en hora y se vistió con el camisón de dormir. Una vez en la cama, comenzó a dar vueltas a un lado y otro de la cama. La cama era muy grande y espaciosa, un poco blanda para su gusto ya que se hundía mucho. Estaba un poco extrañada, se tenía que hacer a aquella cama, esto unido a que todavía se encontraba nerviosa por el ajetreo de todo el día, hacía que no pudiera conciliar el sueño.

Entonces, se acordó de las pastillas que una vez se dejó olvidadas su antigua señora en el lavabo. Eran unas pastillas muy buenas para dormir, eso era lo que siempre decía su antigua señora, que sin ellas no podía dormir. En alguna ocasión, había visto a su señora que las tomaba y al poco tiempo, ésta se había quedado dormida. No importaba donde estuviera ni cuanto ruido hubiera alrededor. ¡Su antigua señora nunca iba a ningún sitio sin ellas!.

Remedios no había necesitado nunca nada para dormir. Todos los días llegaba a la cama lo suficientemente cansada como para no tener problemas con el sueño. Pero hoy era diferente, demasiadas emociones para un sólo día. Buscó las pastillas en su bolso de baño. ¡Aquí están las pastillas!. “Valium”. ¡Qué nombre más curioso!. ¡Tienen nombre de colonia francesa!. ¡Oh!. En la caja no hay indicaciones ni información de la dosis, supongo que con dos de estas pastillas tendré suficiente -pensó Remedios. Abrió el bote, fue al baño y se tomó las pastillas con un poco de agua.

Al salir del baño, fijó su atención en la puerta que daba acceso a la otra casa. Aunque estaba cerrada con llave, continuaba poniéndola nerviosa. Tomó la silla que había junto al escritorio y trabó la apertura de la puerta poniendo la silla apalancada contra el tirador. Ya se podía acostar tranquila, nadie procedente de la puerta iba a perturbar su sueño, al menos la silla, le daría la oportunidad de despertarse antes.

Como todavía estaba levantada, dio un repaso final a todo en la habitación: reloj en hora con la alarma activada, ventanas cerradas, puerta principal cerrada con llave, la otra puerta bloqueada, todo en orden, ya se podía ir a dormir más tranquila.

Las pastillas comenzaban a hacer su efecto. Una sensación de calor interior la iba invadiendo poco a poco. Aquel sopor la arrastraba hasta el reino de los sueños. Tenía razón su antigua señora, aquellas pastillas eran magníficas. Remedios en medio de estos pensamientos se quedó profundamente dormida.

La señora descansaba en su habitación al otro extremo del piso de arriba. Había estado escuchando las idas y venidas de Remedios. Nadie mejor que la señora para reconocer el crujir de los escalones de la escalera victoriana.
Tras escuchar el ascenso de Remedios, espero una media hora leyendo en la cama para dar tiempo a que se quedara dormida. Una vez transcurrido este tiempo, se incorporó, se puso su bata y con el juego de llaves maestras abrió las dos puertas de su cuarto y pasó a la casa de al lado.
Este era un detalle que no había comentado la señora a Remedios. La señora tenía las llaves de las puertas y de la casa de al lado, que estaba deshabitada porque también formaba parte de su patrimonio.
A través de la otra casa, la señora se desplazó hasta la puerta que comunicaba con la habitación de Remedios. Se agachó y miró por el agujero de la cerradura, comprobando que la luz estaba apagada. Parecía que la chica ya se había dormido. ¡Había llegado el momento!. La señora se desplazó hasta el salón de esta otra casa. Allí estaba todo dispuesto: los amuletos, las velas, los libros de conjuros y los otros elementos imprescindibles del ritual, todos ellos preparados para la ceremonia de invocación.
Durante esta ceremonia era necesario invocar al Ente. Éste debía estudiar a Remedios para aceptarla o no, antes que se realizara la ceremonia de posesión final. Si la candidata era rechazada por el Ente, no se podría llevar a cabo. En ese caso, la señora debería buscar una nueva candidata. Eso significaría cuando menos el despido de Remedios. La señora sólo era un instrumento en toda esta trama. El Ente era el único con la potestad de decidir sobre el destino de la muchacha y la señora.
Desde el momento en que la señora fue poseída por el espíritu del Ente, su vida fue dejando, poco a poco, de pertenecerle para terminar convirtiéndose en el títere y anfitrión del Ente. ¡Era hora de que ella recobrara su vida!.
La señora encendió las velas y las dispuso sobre los símbolos dibujados en el suelo. Éstos custodiaban los puntos cardinales del círculo mágico. Entre conjuros y movimientos rituales comenzó la invocación del Ente. La señora se tumbó en el suelo, desabrochó la bata y cruzó los brazos sobre su pecho, de esta forma no se dañaría cuando entrara en la fase de trance.
Así, en esta posición, tumbada en el suelo en medio del círculo mágico, dio comienzo la invocación del espíritu del Ente, recitando el conjuro:
…“Maal dazarirrotea. Teen dogamara...”
Los ojos en blanco, espasmos musculares, abandono de la consciencia, todo indicaba que el ritual había comenzado. Algo parecido a una nube oscura de vapor de agua, comenzó a formarse a unos treinta centímetros por encima del cuerpo de la señora. Al principio muy despacio, después paulatinamente más deprisa. Cuando la nubecilla alcanzó un tamaño suficiente, cobró vida y se desplazó libremente por el aire, con un rumbo y objetivo determinado.

A mitad de la noche, Remedios se despertó sobresaltada, el corazón le latía desenfrenadamente, sufría una especie de taquicardia. Abrió los ojos e hizo un intento por

incorporarse para ir al lavabo a refrescarse, pero... ¡Horror!. No se podía mover, estaba allí con los ojos abiertos, totalmente consciente y era incapaz de mover ni un sólo músculo de su cuerpo.
La angustia se apoderaba de ella, era una sensación de agobio aplastante, se sentía sofocada y el sudor comenzaba a aflorar por toda su piel. Luchaba por conseguir, ni siquiera, mover un músculo de su cuerpo, tal vez un dedo. ¡Nada!. ¡Todo era inútil!
No estaba segura de su propio estado. ¿Despierta?. ¿Dormida?. ¿O ninguno de los dos?. De repente sintió que una corriente de aire gélido pasaba al lado de su frente secándole parte del sudor. No era posible que fuera una corriente de aire, todo estaba cerrado, se había asegurado muy bien antes de acostarse. El pánico producido por su propia inmovilidad se había apoderado de ella. Comenzó a recorrer la habitación con movimientos frenéticos de los ojos. Las sombras parecían danzar en la oscuridad en un macabro vals a cada movimiento de sus pupilas.
Tras unos instantes iniciales de angustia, consiguió tranquilizarse y todo volvió a su sitio, la quietud y el silencio reinaba en la oscuridad. Sus pupilas se dilataron. Lentamente sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. La oscuridad se volvió en oscura penumbra. Los objetos iban emergiendo sobre el fondo de la habitación. Se dibujaba el escritorio, el espejo, la cómoda, la silla.
Fue entonces cuando la vio, pudo distinguir claramente una sombra que flotaba en el aire, era algo oscuro e inmaterial. No sabía que era aquello. De lo que sí estaba segura era que había algo allí con ella en la habitación. La sombra fluyó a través del aire hasta situarse justo encima de ella. Remedios quería gritar pero no podía, un nudo en la garganta le atenazaba las cuerdas vocales. Su desesperación crecía junto con la evidencia que continuaba totalmente inmóvil
Miedo es lo que sienten los niños en la oscuridad, ella sentía en estos momentos pánico, terror. Terror a aquello que estaba justo encima de ella. Angustia por no poder pedir ayuda. Pánico por estar inmóvil y no poder salir huyendo. Aquella cosa descendió lentamente, ella sintió su frío contacto. Era una sensación parecida a la niebla acariciando tu cara en las frías noches de invierno cuando sopla el viento gélido de las montañas.
Sin saber como, consiguió gritar. ¡Aaah!. Un grito largo, un grito de angustia, un grito de desesperación que desgarró el silencio de la noche. Aquella cosa desapareció de inmediato.
En la casa de al lado, la señora se despertó de golpe en medio de una fuerte convulsión. Todo había terminado por esta noche.
Remedios se incorporó repentinamente en la cama, en posición sentada. Estaba temblando, asustada y sudorosa. Buscó a tientas el interruptor de la luz de la mesita de noche, al fin lo encontró y encendió la luz. ¡Qué pesadilla más horrible acababa de tener!. ¡Qué agobio!. ¡Qué desasosiego!. Todavía tenía el corazón que le latía como una locomotora.
Con los ojos vidriosos por el sueño, recorrió con la mirada la habitación en busca de algún rastro de aquello que había visto. Fue entonces cuando su mirada se cruzó con el bote de pastillas que estaba sobre la mesita de noche.

-¡Hum!. Aquellas pastillas… Seguro que tenían la culpa de todo –pensó Remedios.

Tal vez, dos pastillas de golpe fueron mucho para ella que no estaba acostumbrada a tomarlas. La próxima vez, debía ser más prudente, no se debe jugar con los medicamentos.

Se incorporó perezosamente. Tras tomar unos sorbos de agua y refrescarse un poco la nuca para despejarse, volvió a la cama. Intranquila todavía por el suceso, se levantó de nuevo. Comprobó las puertas y ventanas. ¡Todo estaba cerrado!. Ahora podía volver tranquila a la cama.
Aunque se había refrescado un poco, aún seguía medio atontada bajo los efectos sedantes de las pastillas, por lo que, no tardó mucho en tomar el sueño de nuevo. Durante el resto de la noche, nada ni nadie, perturbó su descanso.

*Martes por la mañana*
Sonó el despertador de la mesita de noche, eran las ocho de la mañana. Era de día y debía comenzar su primera jornada laboral en aquella casa. Se incorporó de la cama perezosamente. Se desperezó y tras un largo bostezo, notó su presencia, sí allí estaba, un maldito dolor de cabeza, que a modo de tenaza le aprisionaba la cabeza. Era como una resaca. Seguro que ese era un efecto secundario que le estaba provocando las pastillas. La dosis que tomó, posiblemente fue demasiado elevada para alguien que no está acostumbrado a los somníferos.
Remedios asumió que el causante del dolor de cabeza y de la alucinación de la noche anterior eran las pastillas, además no venía sólo, le había quedado aquella sensación de boca pastosa con un sabor horrible y un malestar generalizado. Su mente funcionaba despacio, sonaba lenta, al igual que los radiocassetes cuando se están quedando sin pilas.
¡Pufff!. Menuda *tortera* llevaba encima, debía tomar una ducha rápida y prepararse un café con leche bien caliente y cargado. Tenía que estar totalmente despejada cuando la señora se levantase. No podía dar la impresión, el primer día, de lenta y perezosa por las mañanas. Si daba esa imagen, el trabajo le duraría muy poco.
Remedios se metió en la bañera, tomó el supletorio de la ducha, lo acopló en el adaptador de la pared y abrió el grifo del agua caliente. En un principio el agua salía fría, espero unos momentos y continuaba siendo fría. Cerró este grifo y abrió el otro, el agua era también fría, esperó un poco y el agua seguía saliendo fría. Cerró este grifo y abrió de nuevo el grifo del agua caliente, pero... el agua seguía siendo fría y continuó fría al cabo del rato, por lo que al final, terminó por tomar una ducha de agua. ¡Fríiia!. ¡Uy!. ¡Muy fríaaa!.
Aquella ducha le había servido para despertar todos sus sentidos y tal vez, algún que otro resfriado. Bueno, eso ya lo comprobaría a lo largo del día.
No debía entretenerse ahora. Eran las 8:30H y el desayuno de la señora debía de estar listo a las 9:00H.
Remedios bajó hasta la cocina, fue a encender los fogones y no había gas. La señora no le había comentado la noche anterior donde estaba la llave de paso, pero recordó que, estas cosas, siempre están en la parte de afuera, como precaución por si hubiese escapes de gas. Siguió los conductos con la vista. Rápidamente localizó donde estaba el contador y junto a éste, la llave de paso del gas. Ahora había quedado perfectamente claro el por qué de la ducha fría.
Volvió a la cocina, se puso a mirar en las estanterías y en los armarios. En un par de minutos estuvo situada. Tenía localizado donde estaban los cacharros de cocina. Encendió los fogones, puso la leche a calentar y una cafetera. Mientras tanto se dirigió al refrigerador para ver el régimen de la señora. Un poco de pan tostado, margarina, café y fruta fresca. ¡Nada especialmente complicado!.

Remedios desayuno sobre la marcha, ya tenía listo el desayuno de la señora cuando ésta apareció en la cocina.

-Buenos días Remedios. ¿Cómo has pasado la noche?.

-Buenos días señora. Muy bien gracias. La cama es muy cómoda y la habitación es muy tranquila.

-A medianoche me pareció escuchar un grito. ¿No serías tú?. ¿Verdad? -preguntó la señora.

-No..., no fui yo. Yo… también escuché el grito. Sería alguien haciendo el gamberro en la calle -mintió Remedios. Lo último que le interesaba, es que la señora pensase que era una histérica y que por las noches se dedicaba a pegar gritos y alaridos.

-El desayuno lo tomaré aquí abajo en la sala de té –indicó la señora.

-Muy bien, enseguida se lo llevo.

-Luego por favor, me llevas los periódicos. Los encontrarás en una cesta de alambre que hay afuera en el frontal de la casa.

-Así lo haré –asintió Remedios.

-Más tarde, puedes empezar a hacer las faenas de la casa. Mi dormitorio no lo arregles, mi cuarto es cosa mía, es mi reino privado. ¿Está claro?.

-Sí señora, clarísimo. No se preocupe, yo no voy a meter las narices donde no me llaman.

-¡Gracias querida por entenderlo!.

Cada vez que Remedios se agachaba o hacía un movimiento brusco, la cabeza se le iba. Parecía que tenía el cerebro dentro de un bidón de agua en el que estuviera inmerso libremente y de vez en cuando, alguien zarandeara el bidón. ¡Qué mala jugada le había hecho pasar las pastillas!. Tenía la sensación que, conforme avanzaba el día, el dolor y la pesadez iba remitiendo lentamente pero sin pausa. Con un poco de suerte, dentro de un rato, este malestar formaría parte del pasado.

Tras servir a la señora en la sala de té, comenzó a hacer la faena diaria. Empezando por limpiar el polvo de las figuritas y jarrones con un plumero muy ligero que encontró en el lavadero, a la vez, aprovechaba para sacar brillo a los muebles.

Daba gusto sentir la paz y el sosiego que había en aquella casa, no se escuchaba la calle, no había ruidos, no había televisión, no había radio, no había… ¿Ups?. ¿No había fotografías ni retratos de nadie en aquella casa?. Había pasado por varias estancias de la casa limpiando el polvo y todavía no había encontrado nada que hiciera referencia a la vida, al pasado de la señora o a su familia. Aquello era muy raro, no era posible que alguien no tuviera pasado. Con toda seguridad esto formaba parte de las excentricidades de la señora y probablemente, tendría todos sus recuerdos en su cuarto, donde sabía que estos, iban a ser preservados dentro de su intimidad.

Bueno... Todos, al fin y al cabo, somos un poco raros dentro de nuestra individualidad, a cada uno le da por algo. Por ejemplo, ella nunca se levantaba apoyando el pie izquierdo en el suelo, su abuela siempre le había dicho que traía mal *fario*. Y su abuela, en estas cosas de las supersticiones, sabía mucho.

Al pasar frente a la puerta de la sala de té, vio que la señora había terminado de desayunar y se había retirado. Había dejado todo por medio. Algunos de los periódicos estaban en el suelo. Alguna de las hojas le faltaba un pedazo que había sido arrancado con las manos. ¡Un desorden!. Recogió y puso bien todo aquel desaguisado. Dobló los periódicos y los dejó en la esquina de la mesa, por si luego a la tarde la señora quería continuar con su lectura. Finalmente retiró las cosas del desayuno. Tras recoger todo

aquello, Remedios continuó con su faena de limpieza. Todavía quedaba mucho tiempo para la hora de comer. El dolor de cabeza ya había pasado y aquella pesadez que la había embargado al principio del día, también había desaparecido.
Ahora, sin embargo, tenía una sensación diferente, desde hacía rato se sentía observada, o quizás, fuera aquel silencio absoluto el que producía ese efecto. Pero... un sexto sentido la obligaba continuamente a girar la cabeza en busca de quien la observaba. Aprovechaba los espejos y los vidrios para hacer miradas panorámicas hacia los lados y hacia atrás, en un intento infructuoso de sorprender a quien la estaba acechando. Nunca vio a nadie, nunca observó nada raro pero la alarma continuaba sonando dentro de su cabeza, como presintiendo el acecho. Al final, decidió tomárselo con humor. A veces se giraba de repente diciendo: ¡Te pillé!. Como si de un juego de niños se tratara.
Por suerte para ella, la señora se había retirado a su cuarto y no volvió a salir de allí en toda la mañana, ya que si la hubiese pillado haciendo esas tonterías, difícilmente hubiera podido dar una explicación racional a aquella actitud. La señora habría pensado que Remedios no estaba bien de la cabeza.
La faena le estaba cundiendo mucho y, para esta tarde... ¿Qué?. Cuando el sol aflojara un poco, saldría a dar un paseo, buscaría una librería y compraría una buena novela. Con tantas tardes libres, iba a necesitar muchas novelas de amores para leer -pensó Remedios mientras continuaba realizando las labores del hogar feliz y a un buen ritmo. ¡Cuánto más trabajo tuviera hecho, más avanzado lo tendría para el resto de la semana!.

## 4. La posesión

*Martes por la tarde*

Remedios estaba invirtiendo la tarde en pasear por la ciudad tranquilamente, contemplando como las mamás iban con sus niños al parque y como estos jugaban. Pasear sin un rumbo fijo sin un horario prefijado, te permite saborear aspectos del entorno que normalmente pasan desapercibidos.

Se quedó un poco asombrada al apreciar el bullicio de la ciudad. Gente que va y viene, inmersos en sus propios pensamientos, ignorando a los demás y siendo ignorados a la vez, formando parte de ese todo llamado multitud. Era curioso ver las expresiones de los rostros de la gente, las prisas y las preocupaciones estaban reflejadas en aquellas caras. Aunque la gente no lo notase, sus rostros eran como un libro abierto, sólo era necesario observar pacientemente y especular sobre cada uno de ellos y sus circunstancias.

¡Vivir no era fácil para nadie!. Ahora ella podía hacer estas reflexiones. Ahora que veía un rayo de luz y esperanza en su camino. Tras contemplar aquella explosión de actividad que se desarrollaba en la ciudad, se podía decir que la casa en la que ella trabajaba era una isla de serenidad y quietud.

Durante el plácido y tranquilo trayecto del paseo, encontró una gran librería. Una de aquellas que no te atiende el dependiente, sino que son como un autoservicio. Este tipo de establecimiento le gustaba, porque era un agobio el entrar a un local, no saber bien qué es lo que quieres y que el dependiente te acose con preguntas, para al final, pretender venderte lo que el dependiente tenía en mente desde el principio. Así era más fácil, entras en la librería, miras, ojeas los libros y si encuentras algo que te guste, lo compras, sin que nadie te esté presionando, te meta prisa o te venda gato por liebre. Ella entró buscando novelas de amor, pero no había mucho donde elegir en este establecimiento, las pocas novelas de amor que había eran de corte demasiado cursi para su gusto, por lo que al final, compró una novela de intriga de un autor desconocido titulada “Hora de dormir”. Con ese título, con suerte, la ayudaría a conciliar el sueño por las noches.

Remedios salió del establecimiento con su novela en la mano. Todavía era muy temprano para volver a casa. Volvió tras sus pasos al parque que había dejado atrás momentos antes. Cuando llegó al parque, se sentó en un banco de madera libre que estaba situado bajo una rica y fresca sombra.

Durante un rato, contempló a los pequeños grupos de las mamás y de viejos que estaban hablando de sus cosas triviales, mientras los niños hacían trastadas y juegos corriendo de un lado a otro del parque.

Tras ver corretear a los niños por el parque, cayó en la cuenta que por su parte, hasta ahora no se había planteado el tema de la maternidad. No debía de tardar mucho, los años pasaban muy rápido y ella no tenía ni novio ni planes de casamiento. A este paso corría el riesgo de convertirse en una solterona solitaria. Después de meditar sobre el tema, tomó el firme compromiso de solucionar este problema lo antes posible. Ahora tenía

las tardes libres y podría dedicar algo de su tiempo en este empeño. Agitó ligeramente la cabeza para apartar estos pensamientos de su cabeza

Abrió su novela nueva y comenzó a leer plácidamente. Mientras esto sucedía, llegaron dos mamás al banco y se sentaron al lado, junto a ella. Iban cargadas con sus retoños en sus cochecitos. Los niños no eran bebés pero tampoco alcanzaban la edad de correr solos por el parque, estaban condenados a moverse y gesticular atados en sus sillitas mientras sus mamás, comentaban los cotilleos cotidianos que tanto preocupan a las amas de casa.

Remedios continuó con la lectura de la novela pero sin perder el hilo de la conversación de aquellas mujeres, las cuales estaban comentando el caso del secuestro de un niño magrebí en el casco antiguo de la ciudad. El caso había salido en las noticias de la televisión y en todos los periódicos.

Era un suceso muy extraño, porque los padres eran de origen y situación humilde. Según parece, el Estado les tenía que dar una indemnización económica a causa de un accidente con lesiones que sufrió el padre hace unos años. Ahora había salido el juicio del accidente y la sentencia le había dado la razón al padre, por eso el Estado, como agente subsidiario de las responsabilidades civiles, debía indemnizarlo.

Por lo que se desprendía de las declaraciones de la madre, alguien en su entorno, se enteró de esta circunstancia y ha secuestrado al niño. Ahora pedían un rescate de diez millones de pesetas.

La madre había realizado una entrevista con unos periodistas locales pidiendo a los secuestradores que soltaran al niño, que ellos no tenían el dinero, alegando que el Estado nos les había dado nada todavía y prometiendo que les iba a dar el dinero en cuanto lo recibieran.

Las mujeres siguieron comentando la noticia, dando sus valoraciones particulares y afirmando que este caso, tenía toda la pinta que los secuestradores, debían de ser personas muy cercanas a los padres, posiblemente hasta pudiera ser que fueran de la propia familia.

¡Plom!. Remedios sintió un golpe en la cabeza, con tal fuerza, que el impacto la zarandeó y le echo los pelos sobre la cara.

Una de las mujeres, de las que estaban sentadas al lado suyo, regañó a un grupo de niños cercanos.

-¡Niños!. ¿Por qué no vais a jugar a pelota a otro sitio? -fue lo siguiente que escuchó.

-¿Se encuentra bien? -le preguntó una de aquellas mujeres.

-Sí, sí... -contestó Remedios un poco aturdida.

-¡Menudo pelotazo le han dado los niños!. ¡Es que no tienen cuidado!. Menos mal que no le han dado a ninguno de los nuestros.

Remedios miró alrededor. Los niños continuaron jugando a pelota como si no hubiese ocurrido nada. Una pareja de jóvenes que estaban sentados en un banco frente a ella, se estaban riendo y secándose las lágrimas, sin lugar a dudas, lo habían presenciado todo.

Aquel bochorno y el temor a recibir otro pelotazo, animó a Remedios a levantarse y reanudar su paseo.

Remedios llegó pronto a la casa, cerró la puerta despacio. Al entrar se dirigió directamente a la sala de té, sentía curiosidad por lo del secuestro y fue a leerlo en los periódicos

La señora estaba en el piso de arriba en el salón biblioteca, le había parecido escuchar el cerrar de la puerta de entrada, se dirigió hasta las escaleras. Se asomó y no vio a nadie allí.

-¡Remedios!. ¿Eres tú? -preguntó desde arriba.
Nadie contestó a la pregunta. Miró hacia abajo, las escaleras y el vestíbulo estaban vacíos. Remedios en ese momento se encontraba en la sala de té y no la había escuchado.
-Debe haber sido el viento o imaginaciones mías, es muy temprano para que vuelva la muchacha -razonó la señora.
Se giró hacia el salón biblioteca y entonces pasó una idea por su cabeza. Ahora que no está la muchacha... ¿Por qué no voy a su habitación, averiguo algo más sobre ella y tomo lo que necesito?.
Así lo hizo, tomó rumbo a la habitación de Remedios. No tuvo problemas para entrar en el cuarto. Ella disponía del juego maestro de llaves.
Remedios, en esos momentos, estaba examinando los periódicos en busca de alguna noticia sobre el caso del niño, no encontraba nada, sin embargo aquellas mujeres habían dicho bien claro que la información se publicó en todos los periódicos. Revisó los índices y, efectivamente había referencias a la noticia sólo que, faltaban sus páginas correspondientes. Estas eran las partes del periódico que había recortado la señora. No podía imaginarse a aquella vieja interesándose por estos temas tan escabrosos, tal vez, le producían morbo o algo parecido.
Tras perder la esperanza de poder obtener más información sobre la noticia del secuestro, se encaminó hacia su habitación.
La señora, mientras esto transcurría en la planta de abajo, había registrado la habitación en busca de algo de uso personal. Se decidió por tomar unas braguitas y ahora continuaba indagando en los cajones por puro placer. No había nada especial, un poco de ropa pasada algo de moda, ropa interior normalita, una fotografía de sus padres y un chico que posiblemente fuera un hermano o novio. ¡Nada más!. No había papeles ni nada que pudiera proporcionar información adicional sobre la muchacha.
De repente, la señora escuchó el crujir de los escalones. Alguien estaba subiendo y sólo podía ser Remedios. ¡No podía sorprenderla allí en su cuarto, manoseando entre sus cosas!. Se giró rápidamente y cerró la puerta principal del cuarto con la llave. Sólo tenía una salida y ésta era pasar por la doble puerta hasta la otra casa.
Remedios había permanecido en el salón de té y no había nadie, igual había ocurrido cuando pasó delante del salón biblioteca, en este último las luces estaban encendidas pero nada más. ¿Dónde estaba la señora?. ¿Acostada en su cuarto?...
La señora apartó la silla que estaba apalancando la puerta, abrió las dos puertas con las llaves maestras y tras pasar a la otra casa las cerró con las mismas llaves. ¡Justo a tiempo!. En ese preciso instante Remedios abría la puerta de su cuarto. Cinco segundos más y hubiese descubierto a la señora dentro del cuarto.
Remedios entró en el cuarto sin sospechar nada de lo que había sucedido. Tal vez, si hubiese husmeado el ambiente, hubiese podido apreciar el tenue y delicado rastro del perfume de la señora, o si se hubiese acercado lo suficiente a la lámpara de la mesita de noche, hubiese notado el calor desprendido por la bombilla tras haber estado encendida. Sin que ninguna de estas cosas ocurriera, comenzó a ejecutar la rutina de cambiarse de ropa para bajar a preparar la cena, totalmente ajena a la intrusión de la que había sido objeto.
La señora contemplaba toda la escena, agachada mirando por medio de las puertas dobles, al tener que realizar esto a través de los ojos de las cerraduras, su campo de visión era muy limitado pero suficiente para sus objetivos. Cuando la señora comprobó

que la muchacha no se había percatado de su intromisión en el cuarto, se retiró sigilosamente utilizando para ello el interior de la casa de al lado.
Tras cambiarse, Remedios se dirigió al cuarto de baño para refrescarse un poco, estaba algo acalorada del paseo de la tarde. Al salir del cuarto de baño tropezó con la silla. ¡Hum!. ¡Qué golpe me he dado!. ¿Qué hace esta silla aquí?. Ella estaba segura que la silla había quedado apalancando la puerta. ¡Alguien tenía que haberla puesto allí y no había sido ella!. Inmediatamente Remedios fue a verificar si las puertas estaban cerradas. La de su lado sí estaba cerrada, la abrió y comprobó la otra puerta. También estaba cerrada. No importaba como estuviesen las puertas ahora, alguien había entrado en su cuarto y de aquello no había duda alguna. Sólo era cuestión de saber de donde provenía el intruso, de la casa de al lado o de la propia casa. Estaba dispuesta a idear algo para averiguarlo. Esos eran deberes para luego, ahora debía comenzar a preparar la cena.
Nada más abrir la puerta de su cuarto se oyó la voz de la señora procedente del salón biblioteca:

-Remedios... ¿Eres tú? –preguntó.

-¡Sí señora!. Ya he llegado.

-Cuando puedas ven al salón biblioteca, por favor -rogó la señora.

-Hola señora. ¿Necesita algo?.

-Hola Remedios. Sí. Quisiera tomarme una infusión de poleo-menta bien caliente, estoy con el cuerpo un poco destemplado.

-¿Se encuentra usted mal?.

-No, no, tan sólo un poco cansada.

-Pues no se preocupe. Enseguida estoy aquí con la infusión.

-Las bolsitas de las infusiones están en el armario de arriba de la cocina.

-¿Dónde están las tazas?

-Están en el salón de té. Calienta el agua en la tetera y llévala junto con el azúcar al salón de té. Yo voy ahora hasta allí y te indicaré qué tazas quiero.

-¿Dónde lo sirvo, en el salón de té?.

-Sí querida, yo iré bajando despacio.

-Ahora iré yo.

Tomó rumbo a la cocina mientras la señora se incorporaba pesadamente y se dirigía al salón de té.
Remedios puso la tetera con agua a calentar y se dirigió al salón de té. Cuando llegó, la señora ya estaba recostada en el gran sillón al lado de la mesita central.

-Toma una taza de té de ese armario.

Abrió la portezuela del armario y allí había un montón de tazas de té con sus correspondientes platillos, al menos habían treinta.

-¡Oh!. ¡Qué bonito! -exclamó Remedios-. ¿Dónde las ha comprado?.

-No lo sé, cuando llegué aquí ya estaban. En una ocasión me contaron que es una porcelana especial inglesa, muy fina y muy frágil. ¡Ten cuidado que no se te rompa!.

-¡Huy!. ¡Es verdad, no pesa nada!. Esto deberá costar una fortuna.

-Todo lo que hay en esta casa, vale mucho dinero. Ten cuidado cuando limpies. ¡No rompas nada!.

-Así lo estoy haciendo.

¡Piiiii!. Sonó la tetera desde la cocina. Remedios depositó una taza y un platillo en la mesa. Marchó velozmente a la cocina, el agua estaba hirviendo. Volvió de nuevo al salón

con una bandeja, la tetera con dos bolsitas de infusión, una cucharilla y el azucarero, todo ello de plata labrada.

-Ya estoy aquí con la infusión bien caliente.

-Gracias querida. Sírvela en la taza antes que se enfríe.

-¿No quiere esperar un poco?. ¡Está muy caliente!.

-¡No!. Me gusta así muy caliente.

-Pero se va a quemar -insistió Remedios.

-¡Quieres servirla de una vez! -protestó la señora toscamente, tras agotar su paciencia.

-¡Menudo humor tiene la vieja! -pensó Remedios.

Tomó la tetera y empezó a llenar la taza. El líquido humeaba conforme era vertido en la taza. ¡Crasss!.

-¡Ay!.

La taza se había desgajado en pedazos. Una esquirla de porcelana, quedó al aire con un filo quebrado produciendo un corte en uno de los dedos de la mano que sujetaba la taza.

Remedios depositó la tetera en la bandeja y fue a tomar la servilleta para tapar el corte y que éste dejara de sangrar copiosamente.

-¡No querida!. ¡No!. Con la servilleta no, que es de un lino muy delicado y luego las manchas de sangre no se van. Pon el dedo encima del platillo. ¡Lo vas a llenar todo de sangre!. ¡Ya tenemos bastante estropicio aquí!. Ahora vuelvo con algo para la herida.

-¡Será estúpida la vieja! -pensó Remedios-. Todo esto ha sido culpa suya por empeñarse en que sirviese la infusión tan caliente en la taza. Es normal que estalle, esta porcelana es muy fina y seguro que no está hecha para aguantar tanta temperatura. Al final, verás como la culpa la tendré yo. Espero que no se empeñe en que le pague la taza porque, por ahí sí que no voy a pasar. ¡Faltaría más!.

La señora llegó con unas gasitas, alcohol y un poco de algodón. Remedios inmediatamente se puso a curarse la herida. Mientras, la señora ayudaba empapando el líquido derramado y recogiendo los restos de la taza de porcelana.

-¡Ay! -dijo la señora-. ¡Por Dios que torpe soy!. Ahora me he cortado yo.

Remedios que había terminado de curarse el corte y le dijo:

-Señora póngase aquí encima del platillo que va a manchar la alfombra de sangre.

¡Qué satisfacción le producía devolver la pelota a la señora!. Ahora habían cambiado las tornas. La señora no pareció percatarse de ello. Mejor así, no fuera que se molestarse.

Remedios terminó de curar a la señora y le dijo:

-¿Quiere usted que le sirva otra taza de infusión?.

-No, no. Después de esto se me han quitado las ganas de todo. Ni siquiera voy a cenar.

-Si quiere usted, le preparo algo ligero y se lo traigo.

-No, no quiero nada. Lleva esto al armario de los medicamentos que está en el cuarto de baño de esta planta. Después, termina de recoger esto y lo llevas a la cocina. Yo me retiro a mi cuarto y por favor, no me molestes.

-Muy bien señora.

Remedios llevó las cosas al cuarto de baño y volvió al salón de té. Tomó la bandeja y se encaminó hacia la cocina. Pero... ¡Qué raro!. Faltaba el platillo de la taza. Volvió de nuevo al salón de té y el platillo no estaba allí. Posiblemente lo haya tomado la señora, como era una pieza tan cara, no se fiaría de Remedios por temor a que lo rompiera.

Sin interés por indagar más sobre el paradero del platillo, Remedios se retiró a la cocina, para preparar su cena.

¡Mejor así!. Si la señora no quería cenar, era trabajo que se ahorraba ella.

El día llegaba a su fin, había llegado la hora de dormir, esta noche evitaría utilizar las pastillas que tan malos resultados le había proporcionado la noche anterior.
Remedios recordó que Marta, la hija hippy de su antigua señora, en una ocasión le enseñó una cosa llamada mantra y que servía para relajarse. Marta era la única persona que valía la pena de los miembros de la familia para la que trabajó. No compartía con los demás miembros aquel sentimiento de superioridad que daba el dinero. Era una chica buena, cariñosa y hacía muy bien viviendo emancipada, sin depender de los padres. Eso le daba la oportunidad de valorar las cosas de la vida. Además viajaba mucho y con lo estudiada que estaba, tenía una visión muy particular de las cosas y del mundo.

-¡Ufff!. ¿Cómo era aquello del mantra? -se decía a sí misma, tratando de recordar.

-¡Ah!. ¡Sí!. La chica lo llamaba el mantra de las vocales. ¡Ya comenzaba a recordar!...

La posición de partida, consistía en ponerse de pie, erguido con los ojos cerrados. Los pies juntos, los talones tocándose y las puntas de los pies un poco separadas entre ellas. Los brazos estirados y puestos hacia abajo pegados al cuerpo, con las palmas de las manos tocando los muslos. Se respira un par de veces despacio haciendo salir muy lentamente el aire, sintiendo como entra de nuevo, llenando poco a poco los pulmones.
Entonces, se realizaba el primer movimiento. Para ello se toma aire muy despacio y, con las palmas de las manos mirando hacia el cielo, se levantan los brazos hacia delante y arriba a la vez que se saca el aire con el sonido de la A..."Aaaa". Ese movimiento significaba el gesto de hacer una ofrenda a los dioses.
Partiendo de la posición en que había terminado, se aspiraba otra vez despacio y daba paso al siguiente movimiento.
El segundo movimiento consistía en girar las palmas de las manos hacia el suelo y descender las manos verticalmente como si se empujara un embolo, expulsando el aire con la vocal E..."Eeee". Esta era la acción de tomar los dones que otorgaban los dioses.
Se aspira aire de nuevo y se ejecutaba el siguiente movimiento consistente en girar las palmas de las manos hacia el cielo, juntar las palmas una al lado de la otra y hacer un movimiento semicircular hacia delante terminando las manos sobre el pecho, sacando el aire con la vocal I..."Iiiii". Este movimiento representaba el recibir uno mismo los dones que los dioses habían otorgado.
Se aspira aire despacio y se expulsa acompañado del movimiento lateral de los brazos que describen un semicírculo terminando las palmas de las manos apoyadas en los muslos, reproduciendo el sonido de la O..."Oooo". Con ello se repartían los dones a los seres más allegados.
Se toma aire de nuevo y se ejecuta el último movimiento del mantra. Para este movimiento se mueve los brazos frontalmente describiendo un círculo completo de una forma lateral, con los brazos girando cada uno en un sentido de forma que terminen de nuevo con los brazos pegados al cuerpo lateralmente y las palmas de las manos apoyadas de nuevo en los muslos. Todo ello expulsando el aire con el sonido de la vocal U..."Uuuu". El significado de este movimiento era el ofrecer los dones al resto de la humanidad.
Con estos cinco movimientos ya estaba finalizado el mantra. Volviéndose de esta forma a la posición inicial. A veces era necesario repetirlo dos o tres veces para sentirse totalmente relajada. El secreto consistía en dejar la mente en blanco, libre de pensamientos mientras se ejecutaba este ejercicio.
Hasta hoy nunca lo había intentado, pero la verdad es que aquello la estaba relajando mucho.

Remedios no sospechaba que la señora la estaba observando por el agujero de la cerradura de la doble puerta.

-No sé si he hecho bien escogiendo a esta muchacha, a mí me parece que no anda muy bien de la cabeza -pensó la señora mientras observaba a Remedios ejecutando el mantra-. Esperaré una hora más y volveré después para asegurarme que está dormida -planeó la señora-. Es necesario que la futura anfitriona esté dormida para que dé comienzo el ritual.

Mientras tanto Remedios, relajada tras el mantra, se había metido en la cama.

*Una hora después...*

La señora había comprobado que Remedios estaba dormida profundamente. Era el momento de comenzar. Todo estaba preparado en el salón de la casa de al lado. La señora tomó del refrigerador un diminuto tubo de vidrio, como los que se utilizan para los muestrarios de las esencias de los perfumes. En dicho frasquito había conservado la sangre que había caído en el platillo de la taza de té.

En el platillo, la sangre de Remedios y de la señora, se habían mezclado. Esta mezcla de sangre era uno de los elementos necesarios para la realización del ritual de posesión. Con una gota era suficiente, pero debía contener la sangre de ambas, de la donante del Ente y la nueva anfitriona.

La señora encendió las velas rojas y las dispuso en su posición en el suelo. Unos conos de incienso quemándose daban un olor intenso a la estancia. La señora se había vestido con un camisón holgado y había dispuesto un cojín en el suelo para apoyar la cabeza cuando entrara en trance. Un altar de madera de roble, dos cuencos de barro uno vacío y otro con agua, unas cerillas, aceite, un papel pergamino con el conjuro escrito, amuletos, figuras de santos, estampitas, el libro de conjuros de magia blanca, las braguitas, las sangre, una botella de ron y un ramito de romero completaban todos los ingredientes necesarios para la ceremonia.

La ceremonia dio comienzo recitando el conjuro en voz baja casi como un susurro:

*..."Maal dazarirrotea. Teen dogamara. Biocries la vesre toes. Elfara pezlo raveri"...*

Tras recitar por primera vez el conjuro, se debía repetir incesantemente, una y otra vez, una y otra vez hasta el final de la ceremonia...

*..."Maal dazarirrotea. Teen dogamara..."...*

A la vez, se realizaban los pasos que componía el ritual.

Comenzaba por hacer el símbolo de la cruz con la mano encima del cuenco de agua, sumergir el ramito de romero en el cuenco y situándose en el centro del círculo mágico, espolvorear un poco de agua hacia las velas, en dirección a los cuatro puntos cardinales. Luego tomar un buche de ron en la boca y desparramarlo, al igual que el agua, en las cuatro direcciones. Esto alejaría a los espíritus indeseados del círculo mágico.

Después de esta operación, era necesario purificar el cuerpo, para ello con el ramito de romero había que pasarlo por el cuerpo desde la cabeza hacia los pies, haciendo un ademán hacia fuera cuando el ramito llegaba a la altura de las rodillas. Si no hacía estas dos operaciones, la purificación del habitáculo y la del cuerpo, era posible que durante la invocación, otro espíritu atraído por la ceremonia, tomara posesión del cuerpo de la señora.

Más tarde en el altar, se llevaba a cabo el ritual de posesión.

Para realizar esta parte de la ceremonia, había que tomar el papel de pergamino en el cual se había escrito el conjuro, verter la sangre encima, depositarlo en el cuenco vacío

junto con un trocito de la braguita, añadir una poco de ron y quemarlo todo junto en el cuenco. Con este gesto se establecía un vínculo de sangre entre el cuerpo donante y el receptor del Ente.
Una vez quemado todo, en el cuenco se vierte aceite sobre las cenizas. Se mojan los dedos índice y corazón en el cuenco. Se dibuja un círculo en la frente sobre las cejas y después otro círculo en medio del pecho a la altura del esternón. Realizando este símbolo circular se cerraba el círculo mágico del ritual.
Una vez finalizados todos estos pasos, sin haber dejado de recitar el conjuro, entonces, era el momento de tumbarse en el suelo boca arriba, cruzar los brazos a la altura del pecho, cerrar los ojos y continuar recitando el conjuro hasta entrar en trance.
Si todo salía según lo esperado, cuando la señora despertara del trance, se habría librado del Ente y Remedios estaría ahora poseída por él.
*..."Maal dazarirrotea. Teen dogamara..."...*

El Ente se materializó sobre el cuerpo de la señora, a unos treinta centímetros. Cuando tomó forma, fluyó por el aire en busca de su objetivo. Llegó hasta el cuarto de la receptora. Remedios en ese momento permanecía profundamente dormida.
El cuarto estaba a oscuras. El Ente se situó encima del cuerpo y descendió lentamente, penetrando por todos y cada uno de los poros de su piel, fusionándose en un sólo ser. Remedios no se percató de nada, tan sólo un suspiro profundo y sonoro indicó que todo había finalizado. Ahora Remedios y el Ente eran un mismo ser.
La señora despertó de su trance con un fuerte sobresalto. Todo había finalizado. Ahora estaba liberada, ahora era libre, ahora comenzaba a vivir de nuevo. Se levantó despacio y salió tambaleándose del círculo mágico, se encontraba aturdida y un poco mareada. Había esperado demasiado para hacer el trasvase. Se encontraba muy debilitada, prácticamente extenuada. Si hubiese esperado unas semanas más, tal vez, no hubiera sobrevivido a la ceremonia de posesión.
Parecía que todo había ido bien. El Ente no había vuelto a ella, lo que quería decir que la posesión se había completado con éxito. Remedios había sido aceptada.

## 5. Los indicios

El día había amanecido. Remedios tomó una ducha caliente que la reconfortó. Ya había aprendido que si no quería pasar frío por la mañana, debía dejar el calentador encendido por la noche. ¡No era necesario tropezar dos veces con la misma piedra para aprender la lección!. Se encontraba pletórica, eufórica, estaba descansada y esta noche le había permitido recuperarse de la maldita noche de pesadilla. Se sentía bien internamente, se sentía fuerte y el optimismo afloraba por todo su cuerpo.

Remedios hizo la cama, ordenó su cuarto y se vistió para afrontar una nueva jornada laboral. Bajó a la cocina. Tomó un poco de café con leche sobre la marcha mientras preparaba el desayuno de la señora. Cuando terminó, la señora todavía no se había levantado.

-No sé para qué quiere la señora que yo sea tan puntual con las comidas, si luego, es ella la primera que incumple los horarios. Paciencia... Le llevaré el desayuno al dormitorio. Hoy estará la señora perezosa -pensó Remedios.

Al llegar a la puerta del cuarto de la señora, en el suelo al lado de la puerta, encontró una nota que decía:

*"Remedios, he pasado una mala noche. ¡Por favor!. No me molestes, necesito descansar".*

-¡Pufff!. ¡Menuda faena!. Ya me podía haber dejado la nota en la cocina o en la puerta de mi cuarto, así me habría ahorrado tener que preparar el desayuno. Ahora, ¿qué...?. Todo esto para tirarlo -protestó Remedios un poco contrariada.

Devolvió la bandeja con el desayuno a la cocina y comenzó a hacer las labores diarias de limpieza. Recogió los periódicos del día y los llevó al salón de té.

Estaba contenta y alegre. Hasta se había sorprendido a sí misma canturreando mientras trabajaba. Eso hacía mucho tiempo que no le ocurría. ¡La vida comenzaba a sonreírle!.

La señora se levantó casi a las tres de la tarde, no con muy buen humor. Se sentía cansada e indispuesta, sin ganas de nada. Desde la puerta de su cuarto, la señora solicitó que le sirviera la comida allí.

Remedios supuso que no se le habría pasado el enfado por haber roto la taza la tarde anterior. Aunque ella tenía bien claro que no había sido culpa suya. Fue la señora la que insistió en que la infusión se sirviera casi hirviendo. Pero los jefes, cuando se equivocan, nunca reconocen sus propios errores, siempre tiene la culpa los demás, porque… o no se han entendido correctamente las órdenes o bien no se han ejecutado adecuadamente, pero jamás reconocen que las órdenes pueden ser erróneas, simplemente porque son ellos quienes las dan.

Servir la comida en el cuarto de la señora parecía algo atractivo. ¡Qué bien!. ¡Por fin podría echar un vistazo al cuarto de la señora!. No es que fuera *chafardera* pero sentía curiosidad por aquel cuarto.

Remedios preparó una comida copiosa para la señora, al fin y al cabo llevaba casi un día entero sin comer. Cuando llegó al cuarto, la puerta estaba cerrada. Llamó con los nudillos.

Era bastante difícil con la bandeja tan llena y pesada, tenía que aguantarla con una sola mano, casi estaba haciendo equilibrios circenses.
La señora abrió ligeramente la puerta, lo justo y necesario para asomar la nariz, sin dejar que se pudiera ver el interior del cuarto, preservando de esta forma su intimidad y frustrando la curiosidad de Remedios.
Cuando la señora vio la cantidad de comida que le había dispuesto en la bandeja, la reprimió por no seguir las cantidades estrictas que indicaban su régimen. Ella le hizo entender que llevaba un día sin comer. Por lo que la señora mitigó un poco su rabieta, pero no obstante continuó sin dar su brazo a torcer. Ordenó que dejara la bandeja en el suelo y que pasara a por ella al cabo de una hora.
¡Lástima!. Había perdido la oportunidad de saber algo más sobre la señora y su enigmático cuarto. Los viejos, a menudo, son muy maniáticos con sus cosas y ésta no tenía porque ser diferente a los demás.
Al cabo de una hora, se encaminó a recoger la bandeja. La señora se encontraba mejor, se la cruzó en el pasillo, iba al salón biblioteca a leer un rato. Le pidió a Remedios que le llevara los periódicos allí para realizar el repaso diario de las noticias. Por lo que parecía, los periódicos eran la única fuente de información externa que entraba en la casa, puesto que no había televisor, ni radio. A no ser que la señora los tuviese en su cuarto, cosa que dudaba ya que no los había escuchado hasta ahora.
Cuando Remedios tomó la bandeja, pudo apreciar la tozudez de la señora, ella había seguido en sus trece, ya que sólo comió lo justo para no sobrepasar las indicaciones de su régimen.

-¡Que derroche de comida!. Igual que en el desayuno. Todo a la basura -protestaba en entredientes-. Estas cosas no deberían estar permitidas mientras existiera gente en el mundo que pasa hambre.

Inmersa en sus pensamientos, terminó de fregar los platos de la comida. Bien, con esto terminado, había finalizado prácticamente su jornada laboral dando casi por acabada su tarea por el día de hoy.

-¡Voy a prepararme para salir esta tarde! -se decía Remedios-. Espero, que durante mi ausencia, nadie venga a hacer una excursión por mi cuarto.

No obstante si alguien lo hacía, ella quería saberlo. Todavía no había tenido tiempo de pensar cómo iba a hacer para evitar que alguien entrara en su cuarto. Si la señora era la merodeadora, seguro que tenía llave de la puerta así que, aunque ésta estuviese cerrada con llave, no serviría de nada. Esto era lo más probable, pero no obstante, el intruso también podría proceder de la otra casa porque, aunque estuviese la silla puesta apalancando la puerta, con un empujón enérgico, se puede apartar la silla sin más. Este hecho explicaría que la silla estuviera fuera de su lugar, dejando con ello el indicio de la intromisión. En cualquier caso, al menos, debía averiguar si alguien entraba en su cuarto y por dónde lo hacía.
Todo este planteamiento lo estaba realizando en el cuarto de baño, al mismo tiempo que se acicalaba para salir a la tarde un rato. Cuando se cepillaba concienzudamente el pelo, le vino la inspiración. ¡Claro!. ¡Esto lo podría hacer así!. Nadie lo notaría y ella siempre acabaría sabiendo de dónde provenía el intruso.
Remedios fue al encuentro de la señora al salón biblioteca.

-Hola señora. Tendría usted un poco de pegamento.

-¿De cuál lo quieres?. ¿Del normal o de barra para pegar papel?.

-Del normal, del transparente me va bien, es sólo para pegar el espejito de la polvera que se ha despegado de la tapa. Tengo miedo que, una de las veces al abrirla, se caiga el espejo y se rompa.

-Mira en la cocina, en el último cajón de la derecha. Allí normalmente están las herramientas y todas esas cosas.

-Gracias señora.

Remedios se dirigió a la cocina y efectivamente allí estaba el tubo de pegamento. El tubo estaba medio vacío, un poco chafado y con bastante pegamento reseco en la boca, pero para lo que quería, le servía a la perfección. Tomó el tubo y marchó a su habitación. Una vez allí, se encaminó al baño y tomó el cepillo, en él había quedado algún pelo tras el cepillado. A ella siempre se le caía mucho el pelo, era algo que la fastidiaba muchísimo.

Con una horquilla, consiguió desembozar la boca del tubo de pegamento. Abrió la puerta doble de su cuarto, se agachó y en la parte de abajo de la puerta pegó un pelo entre la puerta y el marco de tal forma que si alguien abría esa puerta el pelo se rompería o se despegaría de uno de los extremos. Con ello quedaría evidencia de la intrusión de alguien a través de aquel camino. Aquel testigo era tan insignificante que con toda seguridad, el intruso no se percataría de ello, con lo que quedarían pruebas irrefutables de su existencia. Tomó otro pelo del cepillo y lo dejó en la esquina de la cómoda junto a la puerta del cuarto, cuando saliera repetiría la misma operación en la puerta principal del cuarto. Así sabría si la intrusión se producía desde dentro de la casa.

Se sentía orgullosa de sí misma por los chivatos que había preparado. No eran fáciles de ver si no te fijabas, y normalmente, un intruso no se fijaría tanto como para detectarlos.

La señora, mientras tanto, estaba escribiendo una nota manuscrita para alguien. Tomó unos recortes de periódicos y junto con la nota los introdujo en un sobre. El sobre iba dirigido a la atención del inspector Jaime Méndez, Comisaría de Policía, calle de La Independencia, número 29.

La señora salió en busca de Remedios para entregárselo. Al salir del salón biblioteca, vio a Remedios agachada frente a la puerta de su cuarto. En un acto reflejo, se echó para atrás para no ser vista y observó que estaba haciendo. Desde aquella distancia no se podía apreciar bien, pero algo estaba haciendo en la puerta. Se volvió despacio sin hacer ruido a la mesa del salón biblioteca. Al cabo de unos instantes apareció Remedios arreglada y dispuesta a dar su paseo de la tarde.

-¿Va a necesitar alguna cosa la señora?. ¿Té, café, una limonada?.

-No, gracias Remedios, todo está bien.

-Bueno señora, yo me marcho a dar un paseo. ¿Quiere usted alguna cosa de fuera? -preguntó amablemente Remedios.

-¡Pues sí! –contestó la señora-. Necesitaría que entregaras este sobre en mano al inspector Méndez que es un buen amigo mío. Pero me gustaría que se lo entregases a él en persona y a nadie más. Es algo muy personal. Le dices que vas de parte de la señora Suárez.

-No se preocupe señora. Yo se lo entregaré sólo a él.

-Ya verás como es una persona muy agradable y encantadora.

-¿La comisaría está en esta dirección?.

-Sí, en esa que he escrito en el sobre. Esta muy cerca de aquí. Puedes ir paseando. Cuando salgas tomas a mano izquierda y cuando hayas pasado seis o siete calles preguntas, verás como enseguida lo encuentras.

-Muy bien no se preocupe que lo entregaré. Si no estuviese en la comisaría este señor, ¿qué hago?. ¿Me traigo el sobre?.

-Sí por favor. Es algo personal que sólo quiero entregárselo a él en mano.

-De acuerdo. ¡Así lo haré!. ¡Hasta luego! -dijo Remedios despidiéndose.

Remedios bajo las escaleras y abandonó la casa rumbo la comisaria. Visitar una comisaría sería algo fascinante. Allí con los detenidos, viendo entrar y salir delincuentes esposados. Sería una cosa muy excitante -se iba diciendo para sí misma Remedios. Además, por fin, se había enterado del apellido de la señora, Suárez. Al menos esto ya era algo.

Después de escuchar cerrarse la puerta de la calle, la señora dejó que pasaran unos cinco minutos antes de incorporarse de la silla e ir a la puerta del cuarto de Remedios para tratar de averiguar que era lo que había estado haciendo allí agachada.

Cuando llegó frente a la puerta se agachó para ver mejor. Al principio no pudo apreciar nada. Pero... ¿Qué diablos había estado haciendo Remedios allí?.

Transcurrido un rato de atenta observación, un pequeño destello brillante le llamó la atención. ¡Allí estaba!. Era un poco de pegamento transparente, que según como incidiese la luz y la posición de la persona, se le podía ver brillar. Esa gota de pegamento tenía enganchado un pelo que cruzaba desde el marco hasta la puerta, en la cual otra pequeña gota lo sujetaba por su extremo. ¡Muy astuta esta muchacha!. Si alguien entraba en la habitación, el pelo se desengancharía o se rompería. ¿Se habría dado cuenta el día anterior?. ¿O sólo era una medida de precaución?.

Miró por el ojo de la cerradura de la puerta del cuarto y vio que la puerta doble estaba trabada con la silla. No había forma de entrar sin que se enterase. ¿ O tal vez sí?...

La señora bajó hasta la cocina, abrió el cajón de las herramientas y buscó el pegamento. ¡Vaya fastidio!. Se lo había llevado. Ahora tampoco podía despegar el pelo y volverlo a pegar. En fin… ¡Qué se le va ha hacer!. Ya encontraría otra ocasión para averiguar más cosas sobre Remedios. Lo que estaba visto es que en esta ocasión no iba a ser posible.

Remedios paseaba plácidamente, saboreando la quietud de espíritu que tenía ese día. Todo lo veía de una forma positiva, estaba radiante. Para distraerse se paraba en los escaparates, no importaba que fuera la tienda, si ésta tenía algo interesante que contemplar, ya era motivo suficiente.

Observaba a la gente con la que se cruzaba y jugaba a catalogarlas según la primera impresión que éstas le producían. Hasta ahora nunca había jugado a esto, a lo sumo se había fijado en la cara de la gente y en sus expresiones, pero nunca las había clasificado en buenas o malas. Algo en su interior lo hacía automáticamente por ella. Era una sensación muy fuerte, muy marcada. Bueno no estaba mal, pero… ¿Cuánto de verdad habría en aquella valoración preliminar?.

Anduvo catalogando a la gente. Mucha gente parecía que le sonreía cuando cruzaba la mirada con ella. La verdad es que era uno de aquellos días optimistas y le hacía ver el mundo de otro color.

Poco a poco, sin prisas fue realizando el trayecto de camino hacia la comisaría. Siguió las instrucciones de la señora y ahora había llegado el momento de preguntar la ubicación de la comisaría a alguien. Se dirigió a un grupo pequeño de jóvenes que estaban charlando muy animadamente.

-Hola. ¿Podríais decirme dónde cae por aquí cerca una comisaria de policía o la calle de La Independencia?.

-¿Tiene usted algún problema? -le preguntó uno de los jóvenes amablemente.

-No, simplemente tengo que llegar allí.

-Está aquí mismo, muy cerca. Tire esta calle recta, cuando llegue a una pequeña placeta gire a la izquierda. Allí verá una carnicería que hace esquina. Esa es la calle de La Independencia, en esa calle está la comisaría -le indicó uno de los jóvenes.

-Desde la esquina se ven los coches de policía -añadió otro de los jóvenes.

Remedios comenzó a andar siguiendo las indicaciones de los jóvenes. De repente sin saber por qué, tuvo el impulso de volver de nuevo al grupo de jóvenes. Giró y se encaminó hacia ellos. Cuando llegó allí, miró a los ojos a uno de los chicos que antes no había hablado con ella y le dijo:

-Cuando te subas a la moto. ¡Ponte el casco!. ¿Me has oído?. ¡Ponte el casco!.

-¡Sí mamá! -contestó sarcásticamente el muchacho.

-¡No lo tomes a broma!. ¡Esto va en serio! -le recriminó Remedios en tono autoritario.

-¡Hey!. ¡Oiga!. ¿Cómo sabe usted que tengo moto? -preguntó el chico verdaderamente intrigado.

-¡A ti no te importa!. Pero… ¡Hazlo! -le reprimió de nuevo.

-¡Métase en sus asuntos señora! –replicó el muchacho con malas maneras.

Remedios dio media vuelta y continuó su camino hacia la comisaria. Estaba un poco molesta por el tono que había tenido que utilizar para que el muchacho la tomase en serio. Por otro lado, se sentía un poco ridícula por el espectáculo que acababa de montar. No sabía por qué lo hizo, sólo que tenía que hacerlo. Tal vez, se estuviese volviendo paranoica.

Llegó hasta la placeta que estaba rodeada de pequeños jardines. Caminaba mirando alrededor, tratando de localizar la carnicería en una de las esquinas, cuando de repente... ¡Ziiip!. Remedios resbaló y casi pierde el equilibrio. Allí en el suelo estaba el resbalón dibujado en la acera. Había pisado un excremento de perro fresco y con la suela de cuero de sus zapatos había resbalado.

La gente no tiene cuidado. Traen a los animales a los jardines a hacer sus necesidades y luego no recogen sus excrementos.

Al igual que ella se había resbalado y no se había hecho nada, podía llegar otra persona, resbalar, perder totalmente el equilibrio y romperse un hueso en la caída o lo que es peor, que un niño pequeño se lo llevara a la boca creyendo que es algo para comer o jugar.

¡En fin, no sirve de nada lamentarse! –recapacitó Remedios-. Buscó un lugar donde limpiar el zapato. Éste estaba por el lado bastante sucio. Sin quitarse el zapato, refregó el lateral y la suela en la hierba y quedó bastante bien, el problema era limpiar el puente del zapato, no había encontrado ningún papel ni ningún palito alrededor de ella, así que optó por limpiar el puente con la esquina de un bordillo.

Remedios estaba atareada en esta operación cuando a su espalda llegó una mujer con un niño pequeño en un cochecito. Aquella mujer le dirigió una mirada de desprecio, como diciéndole: "Guarra, eso no se hace. ¡Qué poca vergüenza!". Mientras estaba con la cabeza agachada, Remedios pudo sentir aquella mirada y su significado penetrándole por la nuca, aún cuando todavía no se había percatado de la presencia de la mujer a su espalda.

No dio más importancia a la mirada de reproche de aquella mujer. ¡A saber que hubiese hecho ella en las mismas circunstancias! –pensó mientras le dirigía una mirada de

indiferencia-. Lo que realmente le comenzaba a preocupar era la sensibilidad que estaba demostrando hacia estas cosas. El por qué de su comportamiento con el muchacho. ¿Cómo sabía ella que él tenía moto?. ¿Por qué esta necesidad de volver y advertirle lo del casco?. Todo esto no era normal. Ella nunca había sido así. Pero aún después de estos incidentes, se sentía tranquila, segura y feliz. ¡Cómo nunca antes lo había estado!.
Se planteó estas incógnitas en la cabeza pero no halló respuestas satisfactorias, continuó haciendo sus cábalas mentales, más en el terreno de la fantasía que en el de la pura realidad.
Tal vez esto de notar las cosas, fuera una bendición. ¡Te imaginas lo bueno que sería que pudiera adivinar los números de la combinación de la Loto!. ¡Sería fantástico!. Es una tontería pero… ¿Por qué no?.
Casualmente, mientras cruzaba antes la plaza, su mirada había reparado en un quiosco de lotería, posiblemente por eso ahora tenía esa idea tan absurda en la cabeza, pero era cuestión de averiguarlo, no pasaba nada.
Remedios abrió su bolso, tomó un bolígrafo pequeño que llevaba, pero seguía sin tener papel, se encaminó al quiosco y tomó un boleto. Puso su mente en blanco y fue marcando los seis primeros números que se le ocurrieron entre el 1 y el 81. La combinación resultante fue 18,45,56,2,49,78.
Tras marcar estos números en la rejilla de 9 por 9 que formaba el dibujo del boleto de apuestas, Remedios se los quedó mirando, no formaban ningún dibujo regular ni nada parecido. Aquellos números no reflejaban ningún dato conocido de fecha, edad, número de teléfono ni nada que ella recordase o asociara.
Bueno… Ahora es el momento de comprobar que es lo que pasa…

-Hola buenas tardes. ¿Podría decirme la combinación ganadora de la Loto? –preguntó al dependiente del quiosco.

-Sí, claro. La combinación ganadora de la semana pasada fue: el 49, el 18, el 2, el 49, ¡Oh!. Este ya lo he dicho… ¡Hum!. Mejor lo mira usted, en la lista que hay enganchada aquí a la izquierda, no sea que yo me equivoque.

Remedios miró la lista oficial: el 2, el 18, el 45, el 49, el 56 y el 78. Un escalofrío le recorrió la espalda, no era posible, había adivinado los números de la combinación. Si hubiese hecho aquello una semana antes, ahora sería millonaria y no tendría que trabajar. Las oportunidades en la vida pasan pocas veces y, cuando ocurren, hay que tomarlas y no dejarlas marchar. ¡A lo mejor aquello era una señal!. Las casualidades a veces ocurren, por qué no podía pasar de nuevo.
No era necesario seguir lamentándose por no haber hecho aquello una semana antes, estaba en el hoy y en el ahora, así que no tenía que ser muy lista para tomar la próxima decisión, estaba claro que iba a rellenar un boleto para esta semana.
Decidió hacerlo de la misma forma que había rellenado el de prueba, sin pensar, sólo dejando la mente en blanco.
Los números emergieron: el 2, el 45, el 18, el 56, el …

-Pero… ¿Qué hago?. Estoy escribiendo la misma combinación de antes.

Era evidente que su mente continuaba influenciada por lo que había ocurrido. Tomó otro boleto y marcó las casillas totalmente al azar, dejando que fuera su mano la que decidiera qué casillas eran las que iban a ser tachadas. Tampoco era cuestión de preocuparse por el tema, la suerte suele ser caprichosa y el azar su más ferviente aliado.
Bueno… Ya estaba hecho. Ahora sólo quedaba esperar a ver que pasa en el sorteo del domingo por la noche.

## 6. La policía

Por fin localizó la carnicería. Efectivamente desde allí se divisaba la comisaría y los coches de la policía. En la puerta había un policía vestido de uniforme, allí quieto y erguido, atento a todo lo que acontecía en la calle, como si se tratase del portero de un hotel.

-Hola. Buenas tardes. Vengo a ver al inspector Méndez.

-Buenas tardes. ¿Tiene usted cita previa o acaso le ha llamado el inspector?.

-No, venía a traerle un paquete en mano de parte de una amiga suya.

-Por favor, pase usted por aquí -le indicó el policía-. Ponga su bolso y el paquete en esa máquina.

-La verdad es que no es un paquete, es un sobre que tengo dentro del bolso.

-Muy bien, en ese caso no lo saque del bolso, ya esta bien. Ponga el bolso en la cinta de la máquina.

El bolso fue examinado por la máquina detectora de explosivos. Si se miraba con un poco de atención, en los dos monitores, podía reconocerse todo el contenido del bolso. No había nada sospecho en aquel bolso.

-Muy bien señora, ahora pase usted por este arco. Si lleva cosas de metal en los bolsillos, déjelo en esta cubeta. Después recoja sus cosas y vaya a aquel mostrador, pregunte por quien quiera ver y allí le indicarán que tiene que hacer.

-Gracias -contestó amablemente Remedios.

¡Cuántas medidas de seguridad!. La comisaría no era como ella se la había imaginado, estaba todo en obras. Sacos de cemento y yeso por aquí, unos escombros por allá. En la entrada reinaba el desorden. El interior se veía mucho más confortable y recogido. Tras el mostrador había un par de policías con cara de aburrimiento. No parecía que hubiese mucha actividad en la comisaría. Fue hacia el policía del mostrador que tenía más cercano y, cuando éste alzó la mirada, comenzó a dialogar con él:

-Hola. Buenas tardes -venía a entregar un sobre al inspector Méndez.

-¿Cuál de ellos?. ¿Francisco o Jaime?.

-Pues… Yo… La verdad no lo recuerdo. ¡Déjeme usted ver!. En el sobre está escrito el nombre.

El policía la miró con ojos suspicaces levantando una ceja, un poco sorprendido que no supiera el nombre de la persona a la que venía a entregar el paquete. Remedios sacó el sobre de su bolso y leyó a quién iba dirigido el sobre.

-Aquí pone Jaime Méndez.

-¿Le está esperando señorita?.

-No, no sabe que he venido a traer este sobre.

-¡Déjeme ver si está en la oficina!.

El policía consultó un listín con los números abreviados y llamó al teléfono. Esperó, pero no recibía respuesta. Giró la cara y miró a su compañero.

-¡Oye!. ¿Sabes tú si al inspector Méndez, con esto de las obras, lo han cambiado de oficina?.

-¿Quién?. ¿El grande?.

-¡No hombre!. El esotérico -especificó el policía.

-¡Ah!. El esotérico. No, no lo han cambiado. ¿Qué pasa?. ¿No contesta?.

-Sí, eso parece -le confirmó.

-Pues yo estoy seguro que está, porque lo he visto entrar hace menos de un cuarto de hora. Y que yo sepa no ha salido todavía. Seguramente estará tomando café.

-Sí, eso será. Yo tampoco lo he visto salir hoy.

Remedios seguía la conversación de los policías como si se tratara de un partido de tenis, sus ojos se trasladaban de un policía al otro.

-Deme su carnet de identidad y póngase esta pegatina de visitante en el pecho, en un lugar en el que se le vea bien. Tome el ascensor y suba al segundo piso. Cuando se vaya a marchar, entregue aquí la pegatina y le devolveremos el carnet de identidad.

Cuando Remedios llegó al segundo piso, pudo apreciar que aquello tampoco era como ella lo había imaginado. La gente que trabajaba allí se veía normal, nada de policías con sobaqueras y la pistola enfundada, nada de delincuentes esposados para arriba y para abajo, nada de rejas. Aquello era un gran espacio abierto, lleno de mesas con ordenadores, montones de papeles, carpetas en las mesas, gente hablando por teléfono, si no supiera que estaba en una comisaría podría haberse imaginado que estaba en una oficina del ayuntamiento. La imagen que ofrecen las películas sobre los policías dista mucho de la realidad.

-Por favor… ¿El inspector Jaime Méndez? -preguntó Remedios un poco desorientada.

-El inspector Méndez es en esa oficina, la que está vacía -indicó uno de los policías que en ese momento pasaba por su lado.

La oficina estaba vacía, así que esperó pacientemente en la puerta a que alguien llegara o le dijera algo. Todos parecían muy atareados, nadie reparaba en su presencia allí. No quería molestar.

Un grupo de tres hombres conversando con papeles en las manos se acercaron a la a la oficina. Uno de ellos preguntó a Remedios:

-Buenas tardes. ¿Desea usted algo?.

-Sí. ¿Quisiera hablar con el inspector Méndez?.

-¿Quién lo busca? -le preguntó aquel hombre intrigado.

-Yo -contestó Remedios un poco perpleja por la pregunta.

-Eso ya lo sé, es evidente. Pero… ¿Quién es usted?.

-¡Ah!. Perdón. Me llamo Remedios Montoya. ¿Y usted es…?.

-Yo, soy el inspector Méndez.

-¡Hombre!. ¡Ya era hora!. Se hace usted de rogar, hace un rato que le estoy esperando aquí.

-Disculpe, pero a mí nadie me ha informado que tuviera una visita esperándome.

-Vengo de parte de la señora Suárez y traigo un sobre para usted.

-¡Hum!. La señora Suárez…¡ Podría haberlo dicho antes!. Pase usted a mi oficina.

-Gracias.

Dentro de la oficina hablando de pie, se encontraban los otros dos hombres que habían llegado conversando junto al inspector Méndez.

-Permítame que les presente. Estos son los inspectores García y Vázquez de la Brigada Especial. Esta es la señorita Remedios Montoya, viene de parte de la señora Suárez.

-Hola, llámeme Jesús.

-Yo soy Pedro. Encantado.

-¡Hola! -contestó tímidamente Remedios frente al dinamismo de aquellos hombres.

-Por favor, siéntese -invitó el inspector acompañando esta frase con un gesto de cortesía con la mano.

Remedios se sentó en una de las sillas que había en la oficina. Mientras el inspector Méndez se sentaba al otro lado de la mesa.

-Así que… ¿Usted conoce a la señora Suárez?.

-Más que conocer, yo trabajo para ella.

-Pero no desde hace mucho, porque su cara no me suena de haberla visto en casa de la señora.

-No, sólo llevo una semana con ella.

-¿Es trabajadora intensiva?. Es decir, ¿se aloja usted allí?.

-Sí, es un trabajo continuado de todo el día, me alojo en la casa, pero también dispongo de las tardes libres para mí.

-¡Eso es trabajo duro y no el que hacéis vosotros! -exclamó el inspector Méndez dirigiendo una mirada acusatoria a sus compañeros.

-Si por ti fuera, dormiríamos también en la oficina y tendríamos visitas bis a bis una vez cada tres meses -protestó amablemente uno de los compañeros.

-¿Me ha dicho usted que traía un sobre para mí? -dijo el inspector volviendo al hilo de la conversación.

-Sí, este es -contestó Remedios extrayendo el sobre de su bolso y ofreciéndoselo al inspector.

-Le ha explicado la señora Suárez el contenido de este sobre -preguntó el inspector Méndez mientras lo examinaba exteriormente.

-No. Ella me lo ha dado cerrado para usted y yo por supuesto no lo he abierto.

El inspector tomó un abrecartas del escritorio y rajó le sobre.

-Mira Pedro, son recortes de prensa del caso del niño magrebí -dijo el inspector Méndez desparramando el contenido del sobre en el escritorio.

-Déjame ver. Son recortes de las noticias que han aparecido en los periódicos.

Mientras los inspectores examinaban el contenido del sobre, Remedios comenzaba a sentirse incómoda. Un olor molesto y penetrante hacía acto de presencia. Era evidente que no había limpiado totalmente el zapato y que los restos que habían quedado se estaban haciendo notar. Había cambiado varias veces de posición y ya no sabía como ponerse para mitigar los efectos de aquel olor.

Un olor rancio y penetrante se iba difuminando irremisiblemente por toda la oficina adueñándose del habitáculo, sobresaliendo notablemente por encima del resto de olores y efluvios que contenía la oficina por sí misma. Lejos de difuminarse, cada vez era más notable y agresiva su presencia. El inspector también percibió la incomodidad de la muchacha.

-Disculpe señorita por las preguntas y las forma de plantearlas, pero esto es lo que nosotros denominamos “deformación profesional”. Después de llevar tantos años trabajando como detective, está uno tan acostumbrado a los interrogatorios que cuando

intenta mantener una conversación normal con alguien, termina por convertirlo en un interrogatorio. Acepte mis disculpas si ese ha sido el caso. No era mi intención.
El inspector Méndez dirigió una mirada a uno de sus compañeros. Levantó la ceja derecha y dijo a continuación:

-¿Qué ha pasado con la cortesía de esta oficina?. Un voluntario para traer unos cafés. Tú mismo Jesús -dijo el inspector dirigiéndose a uno de sus colegas-. ¿Usted como lo quiere señorita Remedios?.

-Con mucha leche y poco azúcar, por favor.

-¿El resto como siempre? -preguntó rutinariamente Jesús.

No fue necesaria ninguna respuesta, el silencio era señal de asentimiento. Jesús salió de la oficina rumbo al cuarto del café. Inmediatamente tras él salió el inspector Méndez. Una vez estaban ambos fuera de la oficina, el inspector llamó a Jesús:

-¡Jesús espera un poco!. A ella le sirves el café en la taza del niño.

-¡Está bien!. ¿Qué piensas hacer?.

-No… Nada, cosas mías -contestó el inspector pensativo.

El inspector retornó a la oficina. Volviendo a leer la nota que acompañaba a los recortes de periódico.

-¡Disculpe la interrupción señorita!. Pero tenía que encargarle algo a Jesús.

-Por mí no se preocupe -contestó cortésmente Remedios-. ¿Podría indicarme usted dónde esta el lavabo?.

-Sí, está al final del pasillo -le señaló el inspector.

-Enseguida vuelvo.

-Tómese el tiempo que necesite.

Remedios dejó la oficina y se fue al lavabo a terminar de limpiar el zapato antes que aquel olor la pusiera en evidencia.

-¡Pedro!, ¿tú no hueles mal en esta oficina? -preguntó el inspector olisqueando el ambiente.

-Yo no huelo raro, sólo a tabaco y a cerrado. Tienes que ventilar de vez en cuando esta oficina.

-Pues… Cuando entras desde fuera, te viene una bocanada de olor que da ganas de dar media vuelta y no entrar. Recuérdame que cuando vea a los de la limpieza les diga que de vez en cuando echen un poco de ambientador en la oficina.

-¿Qué te cuenta la señora Suárez?. ¿Sabe quién es el culpable? -preguntó curiosamente Pedro.

-Mira la nota que ha enviado -le dijo el inspector mostrándole la nota que tenía en la mano-. Ella tiene sus sospechas y una ligera idea pero no nos puede ayudar.

Pedro tomó la nota y la leyó despacio:

*"El secuestro de este niño no está claro.*
*Las noticias sólo informan de lo que dice la madre.*
*Los periódicos repiten todos la misma información.*
*Aparentemente el móvil del secuestro está identificado.*

*Puede que no sea tal y como lo cuenta la madre.*
*Una madre siempre hace lo imposible por su hijo.*
*En el entorno familiar seguro que está la respuesta.*
*Dijo que es por la indemnización del accidente.*

*Ese creo que no es el motivo. Hay algo más."*

-No dice nada más. ¡Vaya ayuda!. ¡Esto ya lo sabíamos nosotros!. Esta vez va a servir de poco -protestó Pedro.

-Todo lo contrario querido amigo, ella nos ha dado la solución -defendió el inspector.

-¿Dónde aquí? -Pedro volvió a mirar intrigado el papel.

-Sí, hombre de poca fe. Toma la inicial de cada frase y júntalas. Lee la frase resultante -explicó el inspector.

-"*Ella puede*". ¿Quién?. ¿Esa chica? -Pedro no salía de su asombro.

-¿Quién va a ser sino?. Le he dicho a Jesús que tome la taza del chico y sirva en ella el café para Remedios.

-¿Qué esperas conseguir con ello?.

-No lo sé todavía. Alguna señal, algún gesto, algo que evidencie que tiene percepciones o que capta las vibraciones. No sé…

-¡Qué zorro eres!. Yo de mayor quiero ser como tú.

-¡Oye que yo soy más joven que tú! -protestó el inspector Méndez entre bromas.

Jesús llegó con los cafés. Cada uno de ellos tomó una taza, dejando encima de la mesa la taza indicada por el inspector para Remedios.

El inspector Méndez echó a Jesús de la oficina, no era cuestión de intimidar a la muchacha. Se quedaron el inspector y Pedro para tratar de indagar muy sutilmente a la muchacha y estudiar sus reacciones.

-Cuando hagas tu valoración Pedro, ten en cuenta que es una chica muy nerviosa.

-¿Seguro? -preguntó Pedro extrañado.

-¿Te has fijado como ha estado cambiando continuamente de postura mientras estaba sentada? -argumentó el inspector.

-Sí, aunque yo creo que era porque no estaba cómoda en la silla.

La capacidad de análisis de los dos policías era muy buena pero, en este caso, no alcanzaron a adivinar el verdadero motivo de la inquietud de Remedios.

-Eso ya lo veremos ahora. Pssst. ¡Ya viene! -previno el inspector en voz baja.

-Hola de nuevo -dijo Remedios tomando asiento.

-¡Aquí tiene su café! -le ofreció Pedro.

Remedios tomó la taza. Nada más hacer contacto con ella, empezaron a aparecer imágenes en su mente. Imágenes que no eran de aquí, imágenes de otra vida, de otra persona. Fue como un impacto en su cabeza. Como un torrente de flashes que se fueran sucediendo unos a otros.

De repente, una gran pena se apoderó de ella. Todo transcurrió en una fracción de segundo. Remedios, en un acto reflejo, abrió la mano y soltó la taza. Cayendo ésta al suelo con todo su contenido. ¡Se hizo mil añicos!.

-¡Oh!. ¡Qué desastre!. ¡Lo siento! -ella no acertaba a reaccionar, todavía estaba aturdida por las imágenes que habían impáctado en su mente.

La taza al estrellarse en el suelo manchó el traje de Remedios y puso perdida la oficina. El café lo salpicó todo.

-Lo siento. Me he desvanecido un momento. Debo de estar un poco anémica o tal vez mal de la presión. Pido mil perdones. Lo siento de verás.

-¡Qué vergüenza! -Remedios no sabía dónde meterse-. ¿No tienen nada para limpiarlo?. Se lo limpio yo misma en un momento -propuso totalmente preocupada.

-No, déjelo. No se preocupe, no tiene importancia, ya lo limpiaran el personal de la limpieza. ¡Estas cosas le pasa a cualquiera!.

-Si me disculpan, tengo que marcharme a casa.

-Sólo con una condición –interpuso el inspector.

-¿Cuál?.

-¡Que vuelva usted mañana a verme!. Tengo curiosidad por enseñarle alguna cosa. ¿Qué me dice?. ¿Sí o sí? -preguntó el inspector sin dar muchas opciones.

-No sé que decir. Yo… -contestó dubitativamente.

-Después de este estropicio en mi oficina, no me puede usted negar nada -reivindicó el inspector forzando la situación.

-Si eso sirve para disculparme, mañana por la tarde estaré aquí -aceptó sintiéndose en deuda por el desastre que había ocasionado.

-La espero a eso de las cuatro para tomar café, si le va a usted bien -concretó el inspector.

-¡Aquí estaré! –confirmó Remedios.

## 7. El permiso

El Departamento de Policía inicialmente no había destinado muchos recursos al caso del niño magrebí secuestrado. Más bien se estaba a la espera que los secuestradores dieran el siguiente paso y que se fijara la entrega del rescate. En ese instante con un buen despliegue y una buena cobertura policial, podrían detener a los secuestradores. Nada indicaba que fueran profesionales, más bien era un trabajo de aficionados.

Por otro lado, el secuestro de un inmigrante no era el delito más problemático, en ese momento, como para darle la máxima prioridad. Existía una banda bien organizada de asaltantes de cajeros automáticos que tenían a la población y al alcalde en un puño, puesto que, los medios de comunicación se habían ensañado con el problema de la inseguridad ciudadana.

Pero el panorama cambió, todo se desencadenó a raíz de la intervención de una de aquellas asociaciones de apoyo a los inmigrantes, la cual focalizaron su atención sobre el secuestro. Ello hizo que un periódico sensacionalista publicara un artículo sin desperdicio con claros tintes racistas. Dicho artículo, prestaba más atención hacia la discriminación de la sociedad hacia los colectivos minoritarios y el desentendimiento de los Estamentos Públicos hacia los inmigrantes, que a los entresijos del caso en sí mismo.

El hecho que el secuestro se hubiese cometido dentro de la comunidad magrebí lo complicaba todo, por lo desconocido y hermético que era este colectivo para la Policía. Exceptuando algún que otro ratero o delincuente de poca monta, no se tenía conocimiento de ningún tipo de organización o mafia dentro de esta comunidad. A esto se le añade el comportamiento huidizo de este colectivo, en la mayoría de las ocasiones, porque muchos de los inmigrantes estaban indocumentados o eran ilegales. Para hacer una valoración exacta del caso, además, se debía agregar a la complejidad de la situación la dificultad del idioma, debido a que muchos de los integrantes de esta comunidad no hablan bien el español y prefieren seguir utilizando el árabe, su idioma natal. Con todos estos condicionantes se obtiene un caso de lo más digno para propiciar los dolores de cabeza a más de un inspector experimentado.

El momento político con las comunidades de inmigrantes no era el más propicio para unas buenas relaciones. Las declaraciones de la madre a la prensa, produjeron un efecto dominó. Como consecuencia de ello, ahora una semana después que se produjera el secuestro, este caso era un caso de máxima prioridad, donde todos ofrecían su colaboración pero nadie quería verse implicado directamente por si no se resolvía satisfactoriamente.

Si este caso por alguna circunstancia fracasaba, iba a haber carta blanca para poder fusilar con toda impunidad a una víctima propiciatoria y los demás implicados agradecerían no verse salpicados por el fracaso. Las culpas de la ineficacia y la ineptitud recaerían íntegramente sobre el culpable designado.

En estos momentos, desde hacía unas horas, toda la responsabilidad descansaba sobre los hombros de la Policía Local y de su Brigada Especial, ya que el alcalde en un arrebato

de orgullo mal empleado había dicho en declaraciones públicas que su Departamento de Policía se bastaba y sobraba para resolver este caso, rechazando la ayuda externa, y los expertos gubernamentales. Todo ello, simplemente para demostrar que en su ciudad no existe discriminación en las comunidades de inmigrantes y que estos están perfectamente integrados y protegidos en la Sociedad. Una encerrona política que, el alcalde no supo ver venir y que, el resto de responsables de otros Estamentos supieron prepararle y él, ingenuamente, se tragó todo el anzuelo.

Éste era un caso difícil y requería de mucho tacto con las autoridades y la prensa. Siempre que existía una caso de este tipo, que inquietaba a la silla del alcalde o de cualquier otra personalidad por encima de éste, se asignaba automáticamente el caso al grupo de la Brigada Especial.

La Brigada Especial era un grupo de choque, como el taller de un reparador dónde podías encontrar de todo, servía para todo. En el momento en que algún policía destacaba en cualquier disciplina en particular, lo reclutaban para formar parte de esta Brigada. Dentro de este grupo, el inspector Méndez era uno de los elementos a los que se les asignaba los casos más difíciles y exóticos. A nadie le gustaba tener estas *joyas* encima de la mesa. El inspector Méndez siempre conseguía resolverlos satisfactoriamente aunque, en muchas ocasiones, los métodos utilizados no eran lo suficientemente ortodoxos como para incluirlos en el informe oficial del caso.

Remedios se acababa de marchar de la oficina y los inspectores debían reanudar su trabajo cotidiano.

-Ahora, Pedro, me espera la parte difícil. ¡Tengo que hablar con el jefe! -dijo el inspector Méndez sabedor de lo difícil que era plantear según que temas.

-¡Qué tengas suerte!. ¡De veras! -le deseo Pedro-. Ya sabes cómo encaja el jefe estas cosas.

-Oye, mientras estoy con él. ¿Por qué no traes a alguien que limpie un poco todo esto?.

-Ya veré si encuentro a alguien del servicio de la limpieza a estas horas de la tarde. ¡Va a ser bastante difícil!.

-Bueno, al menos inténtalo. ¡Qué ya huele a demasiadas cosas esta oficina!.

El inspector Méndez era una persona tenaz, concienciada con su trabajo y que, muy a menudo, tomaba los temas como algo personal. Si bien esto, le proporcionaba una tremenda efectividad y también le proporcionaba no pocos dolores de cabeza y preocupaciones.

Su mentalidad abierta y enfocada a la obtención de los resultados, a veces, le llevaba a la utilización de estos métodos alternativos. Éstos, no eran fáciles de plantear, pero cuando las situaciones lo exigían, no dudaba en hacer uso de los mismos. Por otro lado, la eficacia que habían demostrado hasta este momento, permitía una permisibilidad por parte de sus jefes, que aunque no compartían con él sus creencias y técnicas, a menudo, era más fácil ceder a ellas que aguantar las presiones de las altas esferas y de los políticos.

El inspector se dirigió al despacho del jefe para hablarle de Remedios y de su posible colaboración para la resolución del caso del niño magrebí secuestrado. No es que pensara que era extremadamente difícil, pero el simple hecho de haber salido a la luz pública en tantos medios, había precipitado las cosas y seguro que los secuestradores no estaban tranquilos.

-¿Se puede? -dijo el inspector golpeando levemente la puerta con los nudillos.

El jefe levantó la mirada de los papeles que tenía encima de la mesa. Y le hizo un gesto con la mano para que entrase.

-Un minuto tienes Jaime -le concedió autoritariamente el jefe-. Hoy no tengo tiempo para nadie. Tengo que dar explicaciones a todo el mundo sobre el incremento de los índices de criminalidad de las estadísticas. Y tú, normalmente, cuando vienes aquí, siempre es para traerme problemas.

-No siempre. ¡Eh jefe!. De vez en cuando le traigo alguna alegría.

-Muy pocas Jaime, muy pocas, menos de las que yo quisiera.

-Bueno jefe, con un minuto me bastará. No necesito más.

-A ver … ¿De qué se trata esta vez?.

-Quería solicitar permiso para introducir una civil en la investigación del caso del niño magrebí. Las cosas ahora están yendo muy deprisa y tengo miedo que todo se precipite y los secuestradores hagan una tontería.

-¿Qué?. ¿Otra de sus médium?. ¿Es que no podemos resolverlo internamente sin echar mano de esas chifladas? -preguntó malhumorado el jefe.

-¡Cuántas veces se lo tengo que explicar, jefe!. Esta gente no está chiflada. Tienen poderes extrasensoriales que les permiten captar cosas que a los demás nos están vedadas. ¡Mírelo de esta forma!. Son detectores, instrumentos a nuestro servicio, las únicas diferencias es que, éstos no hay que conectarlos a la corriente eléctrica y además tampoco hay que aprender a manejarlos porque se explican ellos solitos.

-¿Para qué quiero un grupo especial si al final tenemos que recurrir a ellas?.

-Tiene que reconocer que siempre han ido bien, nunca se han equivocado y siempre ha habido discreción -le recordó el inspector.

-¡Bueno vamos a dejarnos de chácharas! -dijo el jefe tratando de acortar la conversación.

-Si no quiere escuchar mi explicación, ¿para qué diablos me la pide? -protestó el inspector.

-¡Jaime!. ¿Somos profesionales o no?. No me digas que no podemos resolver el caso sin la intervención de esta gente. Yo entiendo que en momentos críticos, debo de aceptar cualquier cosa para el bienestar de la criatura y conseguir que todo acabe bien. Pero de ahí a que utilice un médium al más mínimo problema, hay un abismo. Entiendo que, en este caso, se están complicando las cosas. El hecho que los implicados no hablen bien nuestro idioma y las declaraciones de la madre, lo ponen todo peor. Pero ahora la opinión pública está pendiente de este caso así que sobretodo discreción. Pero si la prensa se entera que utilizamos a estas personas en los casos de secuestros y de desaparecidos, sería mi ruina y una deshonra a todos los profesionales de esta comisaría. Y por supuesto, no lo olvides, si esto ocurriese, primero me encargaría de ti antes que me echaran a mí a controlar el tráfico. ¡Ha quedado claro! -remalcó el jefe en tono amenazador.

-Sí, más que claro -asintió el inspector-. Entonces… ¿Eso qué es?. ¿Un sí?.

-¿Qué es lo que piensas hacer con esta persona?.

-Nada, sólo visitar a la familia en compañía de esta persona.

-Y… ¿Nada más?.

-En principio con esto bastará. ¡Creo yo!.

-En este caso, permiso concedido -confirmó el jefe -. Si vas a hacer algo más, primero quiero saberlo.

El inspector continuaba impasivo, inmóvil de pie en la puerta del despacho del jefe.

-¿Qué más Jaime? -dijo el jefe con resignación.

-Sí, esto… Se me ha roto uno de los objetos que nos dio la familia del niño, una taza. Habrá que hacer un informe para el inventario.

-¿Qué?. ¿Hoy estás dispuesto a estropearme la tarde?. Haz el dichoso papel y fírmalo tú. No tengo ganas de acarrear con las consecuencias de tus descuidos. Ni de dar explicaciones a la familia de porque nos dedicamos a romper los objetos personales que nos prestan para la investigación. El jefe se quedó malhumorado mirando al inspector y añadió:

-Supongo que ya te vas. No estoy dispuesto a escuchar nada más hoy de ti.

-Ya, ya me voy. Muchas gracias jefe por su apoyo.

-¡Lárgate ya de mi vista!. Ya has agotado mi dosis de paciencia para el resto de la semana.

El inspector se marchó de la oficina satisfecho por haber conseguido incorporar a Remedios en la investigación. Si estaba en lo cierto, las cosas se habían precipitado demasiado y había que resolverlo cuanto antes. Había tenido suerte. Hoy el jefe estaba de buen humor.

Tras la conversación con el inspector, el jefe permaneció en la oficina pensativo, considerando las consecuencias del uso de estas “técnicas adicionales” para la resolución de casos especiales.

-No entiendo de dónde sacará este muchacho a esas personas -pensaba el jefe en la privacidad que le proporcionaba su oficina-. Siempre aciertan. ¡Ojalá pudiera tener una de esas personas fija en la plantilla!. Las cosas nos irían de otra manera. Lo único malo de estas cosas es la prensa. Si la maldita prensa se metiera en sus cosas y nos dejaran trabajar libremente, seguro que ahora no se tendría que preocupar por dar explicaciones por el incremento del índice de criminalidad en la ciudad.

-¡Vale Pedro!. El jefe ha dicho que adelante.

-No sé cómo lo haces, pero siempre consigues de la bestia todo lo que te propones -dijo con admiración Pedro.

-Es que… Soy conocedor del secreto oculto del jefe -dijo el inspector en voz baja para dar tintes de confidelidad al asunto.

-¿Y cuál es ese secreto? -preguntó Pedro con evidente curiosidad.

-Tengo fotos de la bestia vestida de cuero negro con antifaz, esposas y un látigo entre las manos en medio de una orgía sexual -bromeó el inspector.

-¡Anda ya! -exclamó Pedro percibiendo la tomadura de pelo de la cual estaba siendo objeto.

-Bueno. ¡Basta de bromas! -zanjó el inspector-. Mañana a las cuatro de la tarde, cuento contigo para que vengas con la señorita Remedios y conmigo a visitar a la familia del niño.

-¡Vale!. ¡Cuenta conmigo!. Estaré listo a esa hora -contestó Pedro.

-Bueno… ¿Qué opinas de lo que has visto?.

-Nada, yo sólo he visto a una chica aturdida porque se le ha caído una taza de café y se ha puesto perdida. Y también te he visto a ti, que estabas deseando que ocurriera algo, como si fueras un iluminado evangélico esperando una señal divina que te confirmara… ¡Qué sé yo!.

-¡No hacia falta que fueses tan duro! -se lamentó el inspector Méndez.

-Alguien en esta oficina debe de tener los pies en el suelo, Jaime.

-Pero… Realmente no has visto como ella tomaba contacto, no has apreciado como se establecía el vínculo de conexión.

-A veces, cuando te oigo hablar así, me das miedo, parece que no tengas la cabeza en su sitio.

-No estarás negando a estas alturas la efectividad de mis métodos y de mis colaboradores.

-No, no se trata de eso, en ese aspecto estamos de acuerdo. Yo respeto tus métodos aunque no llegue a entenderlos del todo. Algún día, me tendrás que explicar eso de los vínculos.

-De acuerdo, pero, por lo pronto, mañana veremos si estoy en lo cierto.

-Espero que así sea. Si estas en lo cierto y esa chica nos ayuda, cuenta con que te pagaré una cena.

-¡Por supuesto! No pienses que voy a rechazar una cena. Pero espera un momento. ¿Qué pasa si no resulta? -preguntó el inspector Méndez bastante intrigado.

-Bueno… Si no resulta, la próxima vez que hables con el jefe, tienes que elogiar mi profesionalidad, mi trabajo y mi buen saber hacer. Piensa que ya mismo se convocan vacantes para ascensos y un empujón en mi carrera no me iría mal.

-Cuenta con ello, tanto si tengo razón como si no la tengo. No obstante, piensa que el hecho que te ascendieran algún día, hasta mi nivel, no significa que te estén premiando a ti, sino que significa que me están degradando a mí comparándome con *chusma* como tú -bromeó el inspector Méndez.

-Ya veo señor inspector. Como sigas así de pedante, me parece que este plebeyo mañana se va a quedar en la comisaría y tú vas a ir muy solo mañana a la visita -amenazó amigablemente Pedro.

-¡Ah!. Hablando de mañana, se me olvidaba, que venga también Abdullah, así nos enteraremos si cuchichean algo entre ellos. Cada vez estoy más convencido que en la familia saben más de lo que nos han contado. Seguro que la clave está allí.

## 8. Vuelta a casa

Remedios se marchó de la comisaría, no sin antes entregar la pegatina en el mostrador y recoger su carnet de identidad. Se sentía un poco avergonzada por el ridículo que había hecho en la oficina, suerte que el inspector Méndez era una persona muy amable y considerada. Seguramente otro en su lugar, la hubiese echado a patadas de la oficina, y por supuesto, de volver a verla, nada de nada. Por cierto ahora que lo mencionaba, para qué demonios quería el inspector que ella fuera de nuevo a la comisaría. ¿Qué era aquello que quería mostrarle?.

Realmente si hacía un balance de todo lo que le había acontecido durante el día, hoy era uno de los días más extraños de toda su vida. Sin embargo, seguía sintiéndose feliz y segura de sí misma, a pesar que había hecho el ridículo, al menos un par de veces. ¡Y lo que le quedaba hasta llegar a la casa!. Todas las personas que se cruzaban con ella se percataban de la gran salpicada de café que llevaba en la ropa y, cuando menos, la miraban con curiosidad poco disimulada.

Por fin llegó hasta la casa. En ese momento, la señora salía del salón de té. Parecía cómo si hubiese estado espiando por la ventana esperando a que ella llegase. Aunque ella sólo alcanzaba a imaginárselo, efectivamente eso era lo que había sucedido.

-Hola Remedios. ¡Oh!. ¿Qué te ha pasado?.

-Pues… Ya lo ve. He hecho el ridículo en la comisaría. He roto una taza de café en la oficina del inspector y se ha manchado todo.

-¿Y…?

-Nada más. ¿Le parece poco?.

-¿No te ha dicho el inspector nada de los papeles que le he enviado?.

-No. Yo le he dado el sobre, tal y como usted me dijo. Él lo ha abierto allí mismo, ha mirado los recortes de prensa y leído su nota. Entonces, yo me he marchado al lavabo.

-¿A limpiarte las manchas de café?.

-No lo del café fue después. Me ofreció un café y cuando tome la taza no sé que me pasó, pero me desvanecí por unos instantes. Bueno… El caso fue, que se cayó la taza al suelo y se hizo añicos. Salpicándolo todo.

-Y… ¿Nada más?.

-¡Ah, sí!. El inspector me ha hecho prometer que volvería mañana. Por lo visto quiere enseñarme algo.

-¿No te ha dicho el qué?.

-No, no lo sé. No se preocupe usted, se lo explicaré mañana cuando me lo haya enseñado, sea lo que sea. ¿Vale?.

-Bueno no pienses que yo me quiero meter dónde no me llaman...

-No se preocupe que lo haré. Si me disculpa voy a mi cuarto a cambiarme.

-Te acompaño querida, así me ayudas a ascender las escaleras.

La señora se apoyó en el brazo de Remedios para subir las escaleras. Los peldaños de la escalera con el peso de las dos, crujían lastimosamente. Si no fuera por la robustez y

solidez de las mismas se diría que en cualquier momento se iban a partir aquellos peldaños. Una vez arriba en el descansillo, la señora continuó caminando al lado de Remedios conversando.

-¿Qué te pareció el inspector?. Un hombre muy atento y apuesto. ¿Verdad?.

-En realidad, no tuvimos la oportunidad de conversar mucho. Por lo poco que vi, se puede decir que fue muy correcto.

-Bueno… ¡De algo hablaríais!. ¿No?.

-No, ya se lo he dicho antes. Sólo nos presentamos y poco más.

Mientras mantenían este diálogo, llegaron caminando a la puerta del cuarto. Remedios había sacado la llave del bolso y estaba frente a la puerta dispuesta a abrirla. En ese momento se acordó del chivato que había puesto antes de marcharse. Como era evidente tenía curiosidad por saber que era lo que había pasado.

-Venga muchacha abre la puerta. ¿O te piensas que eres más lista que yo? -pensaba en ese momento la señora.

-¡Qué pesada esta mujer!. Si no se va no podré mirar si ha funcionado lo del chivato y si abro la puerta, se acabó -se decía Remedios.

-Y ahora… ¿Qué piensas hacer chica lista? -se preguntaba la señora.

-Estáte quieta y mírala a los ojos a ver si se da por aludida y se marcha -se planteó Remedios como estrategia para ahuyentar a la señora.

-¿Qué?. ¿No piensas abrir la puerta?. ¿No tendrás animales o algún novio ahí escondido? -bromeó la señora.

Remedios no reaccionó ante este comentario de la señora y continuó inmóvil mirándola a los ojos.

-Ésta muchacha se piensa que es más lista que yo -se regocijaba la señora.

-No. No tengo ningún animal pero tengo una orquesta de músicos escondidos debajo de la cama -contestó Remedios sarcásticamente.

-¡Es dura la tía!. ¡No se va! -estaba asombrada por la tozudez y perseverancia de la señora.

Remedios hizo un gesto con el brazo y se le cayó el bolso desparramando su contenido por el suelo.

-¡Huy!. ¡Qué torpe estoy hoy!. ¡Tengo las manos de mantequilla! –exclamó la muchacha.

-¡Muy astuta esta chica!. ¡Muy lista! -pensó la señora.

Ella fue más rápida que la señora y apenas le dio oportunidad de agacharse. Mientras recogía a toda prisa las cosas del suelo, le dio tiempo de echar una mirada fugaz al chivato y comprobar que su intimidad no había sido violada, al menos, desde esta puerta.

Se incorporó enérgicamente, introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta sin dejar entrever el interior del cuarto a la señora e intentó despedirse educadamente:

-Voy a cambiarme y enseguida estoy abajo preparando la cena. ¿Dónde desea usted cenar hoy?.

-Cenaré en mi cuarto. Por favor deja la bandeja en la puerta. Gracias y que pases una buena noche.

-Hasta mañana -le respondió Remedios.

La señora se dirigió a su cuarto pensando que, tal vez y sólo tal vez, esta muchacha no fuera tan tonta y torpe como a veces parecía. Se había escurrido muy bien de la presión a la que la había sometido. Le dio tiempo de ver el chivato. Además, le cerró la puerta del cuarto en las narices sin darle la ocasión de ver nada de dentro.

Remedios en la soledad de su cuarto y tras haberse librado de la señora, la primera preocupación que tenía en mente, era ver que había pasado con el otro chivato. Por lo pronto, la silla seguía en su sitio, por lo que no era probable que alguien hubiera entrado, ya que debería haber salido o bien, por la puerta principal y lo habría apreciado en el primer chivato, o por la ventana y esto último era poco probable. Quitó la silla que atrancaba la puerta. Abrió con su llave la puerta de su lado y pudo apreciar que el otro chivato tampoco había sido violado. Ahora estaba tranquila. Hoy nadie había rondado por su cuarto.

El convencimiento que su intimidad había sido violada con anterioridad, había dejado tiempos atrás el campo de la mera sospecha. Era un hecho constatado que alguien había estado en su cuarto. Ahora, tal vez, ya hubiesen satisfecho su curiosidad y no quisieran entrar más en él.

No le importaba si la señora de vez en cuando mitigaba su soledad merodeando por su cuarto, al fin y al cabo aquella era su casa y ella no tenía nada que ocultar. Otra cosa bien distinta era si alguien procedente de la otra casa, tenía la potestad y la oportunidad para colarse allí.

Remedios sacudió la cabeza para apartar estos pensamientos de su mente. No era bueno que se obsesionara con estas cosas, si se metía en la cama con estas tonterías rondándole por la cabeza, con toda seguridad, no podría dormir.

-Pero… Te imaginas que acertarse en la Loto que he rellenado esta tarde -continuó pensando-. ¡Qué maravilla!. Iba a poder hacer todo aquello que siempre había deseado. Podría arreglar la precaria situación de sus padres. No tendría problemas para encontrar novio y gozaría de la estabilidad suficiente como para poder formar un hogar y dedicarle a sus hijos el tiempo que se merecerían, no como ahora, que tenía que estar trabajando en estas condiciones por no poder ni siquiera costearse un alojamiento. ¡Eh!. ¡Es hora de volver a la realidad!. Hay que preparar la cena y recoger un poco la cocina antes de acostarse.

Después de cenar y terminar las labores de limpieza de la cocina, Remedios se metió en la cama. Hoy no serían necesarios ejercicios de relajación, ni pastillas, estaba demasiado cansada.

El día había sido muy ajetreado, lleno de cosas extrañas que todavía no alcanzaba a comprender y que, por esta noche, no iba a hacer. Estaba lo suficientemente agotada como para aparcar el tema hasta el próximo día.

Sin más demora, Remedios se durmió profundamente. A pesar de estar tan cansada, tuvo durante toda la noche un dormir muy inquieto. Se agitaba en la cama incesantemente, ahora en esta posición, ahora en aquella. No paraba de rememorar las imágenes que le habían asaltado en el despacho del inspector y que habían quedado impresas en su mente. Aparecían con la misma nitidez que antes pero mucho más despacio, ya no eran flashes vertiginosos que se sucedían los unos a los otros. Ahora eran imágenes claras nítidas como si fueran escenas que las estuviese viendo en ese mismo momento.

Aunque pareciera mentira, todo aquello tenía que ver con los recortes de periódico y el caso de secuestro del niño magrebí.

Gran parte de la noche la pasó en un estado de semiconsciencia, como ella diría, en entresueños. No existía duda que las imágenes que emanaban de su memoria correspondían a un niño de origen y familia árabe, que estaba desorientado pero no

preocupado. Ni siquiera sentía miedo o angustia, sólo estaba apenado porque hacía días que no veía a su mamá y él nunca había estado sin su mamá.
Vio imágenes de la familia del niño, de su hogar y otras que no podía clasificar bien, no sabía si eran familiares, amigos o más bien extraños. Hasta pudo reconocer la taza que le habían ofrecido, sólo que el niño la utilizaba para el cacao del desayuno.
Lo que sí tenía muy claro era con que imágenes y personajes el niño se sentía cómodo y con quienes se mostraba receloso. Podía clasificar perfectamente estos recuerdos y darles un orden dentro de su mente.
Al levantarse por la mañana, permanecían en su mente grabados aquellos pequeños periodos de la vida del niño. La gran mayoría de ellos recientes. Hasta puede que hubiese partes que correspondieran al periodo que llevaba secuestrado aunque esto, a priori, todavía no estaba segura de poder afirmarlo. Todos los recuerdos se mantenían tan frescos en su mente como si hubiesen sido vividos por ella misma el día anterior.
Sabía que la confirmación del fenómeno había acontecido dentro del contexto de los sueños, que estaba dormida cuando revivió estas imágenes. Pero también sabía que no eran fruto de su fantasía o de los sueños.
Cuando estuvo en la comisaría y aparecieron por primera vez estas imágenes en su mente, ella era dueña de sí misma, estaba bien consciente y despierta. Sólo que entonces, las imágenes pasaron de una forma vertiginosa, como un torrente de agua cuando se abre la portezuela de la presa, sin orden y sin estar ella preparada para asimilarlas.
No acertaba a comprender qué relación tenían con ella, cuál era el vínculo de unión. Pero lo que sí era una realidad es, que aquello le estaba ocurriendo a ella y no sólo eso, por todo lo que le había pasado durante el día anterior, ella estaba siendo objeto de una profunda metamorfosis interior.
Hasta este momento no parecía que esta transformación fuera maligna, ni que tuviera consecuencias graves, tan sólo la sorpresa y la asimilación del nuevo estado. Si esta metamorfosis, de alguna forma pudiese beneficiarle, tanto mejor, y en esos momentos estaba pensando en la Loto. Si esto era así… ¡Bienvenido fuera!.
Sólo necesitaba saber el por qué. ¿Por qué ella?. Esa era una buena pregunta que necesitaba una buena respuesta.

## 9. La evidencia

Al día siguiente, Remedios fue puntual como un reloj suizo. Había tenido que apresurarse un poco y tomar un taxi para llegar a tiempo a la cita.
Las cuatro de la tarde era muy precipitado para ella, ya que tenía que servir la comida a la señora a las tres y después recoger los platos. El día anterior, cuando aceptó el ofrecimiento del inspector, no se había percatado de este detalle horario.
Tras pasar el ritual de la identificación de la entrada, llegó hasta la oficina del inspector.
El inspector la esperaba con impaciencia mal disimulada. Pedro y Abdullah ya estaban preparados y aguardaban en la sala del café. La verdad es que desde que volvieron de comer, no tenían otra cosa que hacer, por lo que empleaban el tiempo en comentar los pormenores de aquel caso en particular.
No se había producido ningún avance significativo desde el día anterior. Y esto le preocupaba al inspector. El jefe le telefoneaba, al menos, dos veces al día para estar al corriente de los progresos y de las líneas de investigación que se estaban desarrollando, era evidente que éste a su vez, tenía que dar novedades a alguien cada día. Pero el inspector Méndez no sabía que más inventar y que otra forma decir que la investigación se encontraba en dique seco, que no se había producido ningún avance ni existía ninguna pista prometedora.

-Buenas tardes inspector.

-Hola. Buenas tardes, señorita Remedios. ¿Tuvo algún problema en el control de entrada para pasar?.

-No, no ha habido problema. En el mostrador de la entrada estaban los mismos policías de ayer y, cuando me han visto, sabían a dónde venía.

-Discúlpeme, no me acorde de informar que usted tenía una cita esta tarde conmigo.

-Esto… -comenzó a decir cabizbaja Remedios-. Yo quería disculparme por todo el estropicio que arme en su oficina ayer -dijo Remedios sonrojándose ligeramente.

-¡No se preocupe más por eso!. Como puede apreciar, todo está limpio y en orden como si no hubiese pasado nada.

-Sí, ya veo. Pero usted y yo sabemos que sí ha pasado algo -planteó Remedios tratando de llevar la conversación hacia el terreno que ella quería.

-Un poco de café por el suelo y nada más -dijo el inspector quitando importancia al incidente.

-No. No me estaba refiriendo al café, sino a la taza.

Remedios quedó expectante esperando la reacción del inspector.
El inspector levantó la ceja a modo de interrogación. Daba la impresión que aquella chica estaba dispuesta a abordar el tema de una forma directa y sin rodeos. Mejor de esta forma.

-¿La taza? -preguntó el inspector haciéndose un poco el despistado.

-Sí, la taza. ¿Quién es el propietario de la taza, inspector Méndez? -preguntó Remedios muy segura de sí misma.

-¿De quién sospecha usted que es?.

-Del niño magrebí secuestrado -contestó Remedios con rotunda seguridad.

-Bueno… Veo que está muy segura de su afirmación.

-Segurísima inspector.

-Pienso que usted merece una explicación. Siéntese, esto nos llevará, al menos unos minutos -le rogó el inspector.

Remedios se acomodó en la silla dispuesta a escuchar pacientemente todo lo que el inspector le tenía que explicar.

-¿Recuerda usted que ayer me entregó un sobre?. Pues en este sobre había una nota de la señora Suárez, en la cual me informaba que usted posiblemente podría tener poderes extrasensoriales que, de alguna forma, podrían ayudarnos en nuestras investigaciones.

-¿Y como sabe eso la señora de mí?.

-Eso, yo no lo sé. Será cuestión que le pregunte usted misma a la señora.

-No le quepa duda que lo haré nada más llegar a casa. A mí, más que a nadie, me tiene muy intrigada todo lo que me está pasando. Pero… ¿Cómo puede usted tomar en serio una afirmación como esa?. ¡Así, sin más!.

-La experiencia me ha demostrado que no todo en la vida tiene una explicación evidente y que no todo el mundo está preparado para escuchar y asimilar según que cosas. En la Naturaleza existen fenómenos extraños que por el hecho que no seamos capaces de darle una explicación coherente, no por ello van a dejar de existir y manifestarse. Tampoco es necesario atribuirlos al Maligno, tal y como se hizo en tiempo de la Inquisición, en el que todo lo que se salía fuera de lo normal, era profano o sacrílego. Hay que tener la mente abierta a otras cosas.

-¿Es por eso por lo que le llaman a usted el "Esotérico"?.

-¡Vaya!. Ya se ha enterado. ¿Dónde lo ha escuchado?.

-En el mostrador de la entrada de la comisaria.

-Como ve, no es fácil tener ideas y creencias diferentes sin sufrir la burla de los demás. Pero yo pienso que, en el fondo, esa actitud es una postura de autodefensa hacia lo desconocido. Su propio miedo e ignorancia no les permite ver más allá de dos dedos de su frente.

-¿Fue esa firme creencia suya la que le llevó a darme la taza del niño?.

-Sí, por supuesto. Necesitaba saber si usted era capaz.

-¿Capaz de qué? -preguntó Remedios con creciente curiosidad.

-De captar las vibraciones de los objetos, de crear un vínculo, de conectar psíquicamente con individuos por el mero hecho de tener entre sus manos objetos que le hayan pertenecido.

-Y usted piensa que yo puedo. Hasta ahora, nunca en mi vida había sido capaz de hacerlo.

-¡Por supuesto!. No lo pongo en duda. Lo vi ayer cuando usted tomó contacto con la taza. Lo he corroborado hoy, cuando usted me ha puesto en evidencia que conocía el propietario de la taza y su origen. En la taza no había ningún dato que lo presupusiera y por otro lado, nadie le ha contado nada sobre ello.

-Realmente, estoy muy desconcertada. Ni yo misma conocía esta faceta mía y soy la primera sorprendida. Sorprendida que la señora intuyera lo de mis poderes y sorprendida que me haya pasado a mí.

-Estos fenómenos suelen aparecer espontáneamente. Es como las alergias, de repente, uno es alérgico a algo que hasta ese momento no lo era y a partir de ese momento, sí lo es. Evidentemente no sabe por qué, solamente que lo es y punto. Entonces, es el momento de asumir las consecuencias y hacer que impacte lo menos posible en su vida cotidiana. Creo que ese es su caso, aunque llevado a un terreno diferente, al terreno psíquico. No obstante, creo que debería asimilarlo de esta forma, es la mejor manera. ¡Créame!.

-Supongamos por un momento que lo asumo. ¿Cómo puedo ayudar yo a la Policía?.

-Contándonos cosas que ha visto en esas visiones, imágenes o recuerdos, como usted quiera llamarlos, detalles que al fin y al cabo, siendo sinceros, nosotros no conocemos.

-¡Yo no sé que saben ustedes!. ¿Cómo puedo contarles lo que no saben?.

-Es evidente que nosotros no le vamos a contar mucho de lo que sabemos, porque sino podríamos influir en usted y desvirtuar los resultados y sus apreciaciones. Por su parte, usted sólo tiene que contarnos lo que ha visto, lo que ha escuchado lo que haya sentido, nosotros analizaremos la información e intentaremos sacar las conclusiones oportunas.

-Muy bien. Comprendo. ¿Qué quiere que le cuente de lo que vi en las imágenes?.

-No, todavía no es el momento. Me gustaría que nos acompañara a hacer una visita a la familia del niño. Así se hace una idea del ambiente familiar, del entorno y puede que todo esto la ayude a fijar detalles que de otra forma pasarían desapercibidos. ¿Qué me dice usted a esto?.

-¿Era eso lo que quería enseñarme hoy?.

-Sí claro, por supuesto. Yo estaba seguro de lo que había pasado aquí. De lo que yo había visto y esta conversación no hace más que confirmar las sospechas de la señora Suárez.

-Creo que voy a tener una pequeña conversación con la señora cuando vuelva a la casa -dijo Remedios decidida a hacerlo.

-Entonces… ¿Qué?. ¿Acepta?.

-Bueno si no es peligroso para mí, en ese caso acepto.

-No se preocupe, yo soy el guardián personal de su integridad. Soy el responsable de usted, al fin y al cabo, ahora forma parte de mi equipo

-¿Existe algún tipo de compensación económica por este tipo de colaboraciones? –preguntó Remedios.

-Lo siento pero no. Estos son actos altruistas. Como se podrá imaginar, todo esto es extraoficial y por lo tanto, no se destina recursos monetarios en el presupuesto anual del Departamento.

-Nada de nada. ¿Verdad? -reafirmó Remedios.

-Aquí la única recompensa es el bienestar interior, la satisfacción de hacer que las cosas sean diferentes. El placer de sentirse útil y de ayudar a los demás.

-Ya entiendo. ¡Al menos me invitarán a tomar café!.

-Por supuesto, pero cuando hayamos vuelto porque se nos está empezando a hacer tarde -contestó el inspector tomando su chaqueta del perchero y disponiéndose para la partida

## 10. La visita

Remedios y el inspector salieron de la oficina. El inspector Méndez hizo una señal a Pedro y a Abdullah, los cuales hacía unos minutos que estaban merodeando por las cercanías de la oficina en espera que finalizase la conversación.

-¡Jaime!. ¿Tomo un coche? -preguntó Pedro.

-No, mejor que no. Vamos en mi coche que ya lo conocen, no tengo ganas que al final de esta investigación, en el barrio se conozcan todos los coches camuflados de la Brigada.

-Yo tengo que recuperar mi carnet que está en la entrada -advirtió Remedios ante la precipitada marcha.

-No se preocupe por eso, tenemos que volver a la comisaría. Recójalo después -explicó el inspector Méndez, no estaba dispuesto a demorar más la partida.

Los cuatro montaron en el coche del inspector. El trayecto no fue muy largo, enseguida llegaron al casco antiguo de la ciudad, era allí donde estaba ubicado el barrio árabe. Las calles eran estrechas y con la gente andando en ambas direcciones se hacía difícil la circulación. Llegaron a un tramo recto despejado de gente y de coches aparcados, esto les permitió acelerar un poco la marcha.

De repente, ¡plom!. Un hombre, un muchacho joven, se abalanzó sobre el capó delantero del coche. El inspector tuvo que frenar de golpe para no arrollarlo, ya que, el impacto lanzó al hombre frente al coche. Remedios que iba en el asiento delantero del acompañante, se sobresaltó.

-¡Ay por Dios!. ¡Hemos atropellado a una criatura! -exclamó Remedios llevándose las manos a la cara.

Pedro, desde el asiento trasero, apoyó una mano en el hombro de Remedios tranquilizándola.

-No se altere, no ha pasado nada. En estos casos señorita, preocúpese más de su bolso que de ese que está tendido en el suelo -le comentó Pedro.

En cuestión de segundos, el tiempo que tardaron en bajar del coche, un grupito de gente había comenzado a remolinearse alrededor del accidentado. El accidentado sólo hacía que quejarse:

-¡Oh!. Yo muy mal…Hospital…Costillas rotas…Dentro muy roto -se lamentaba en su mal español.

Cuando el inspector se acercó a él, no le dejaban llegar hasta el accidentado bloqueándole intencionadamente la aproximación, mientras, lo ponían al corriente de la situación:

-Hombre suelo… Muy mal…Costillas rotas… Pulmón mal…¿Tú tener seguro?…Si tú no tener seguro mejor dar dinero. Mucho problema -informó uno de los presentes.

-Mucho problema…Tú dar dinero para doctor... Mucho problema -añadió otro.

El inspector Méndez y Pedro se abrieron un hueco en el círculo de personas que rodeaban al accidentado. El accidentado estaba encogido quejándose lastimosamente y dando alaridos de dolor cada vez que alguien le tocaba el pecho y el estómago.

-Muchacho muy grave -dijo otro de los transeúntes.

El inspector vio que no había ni sangre ni rasguños por ningún sitio y el accidentado no estaba ni sofocado ni pálido, no sufría ningún shock. Se giró a Pedro y le dijo:

-¡Menudo teatro barato!. Enséñales tu identificación y las esposas, ya verás como se termina la función.

Pedro sacó las esposas y la identificación, las puso en alto mostrándolas a los presentes. Alguien exclamó: ¡Pulisía!. ¡Pulisía!.

Todo el barullo de gente se deshizo como por arte de magia. A Remedios apenas si le dio tiempo de ver la cara del accidentado que se incorporó ágilmente de un salto y desapareció de la calle. Fue levantar Pedro los brazos mostrando aquello y evaporarse todo el mundo.

-¡Válgame Dios! -exclamó Remedios-. Yo me lo había creído todo. Parecía tan real. Con toda esa gente revoloteando alrededor.

-Pues, ya ve, todo era una farsa para incautos.

-¿Por qué lo hacen? -preguntó intrigada Remedios.

-Por dos motivos: Si no tienes seguro, en ese caso, prefieres pagar dinero para quitarte el problema de encima y en cualquier caso, durante la representación, te desvalijan la cartera, te registran el coche y te *limpian* todo lo que encuentren, mientras tú, como ingenuo incauto, estás socorriendo al herido o viendo que le ha ocurrido.

-Pero el muchacho se puede hacer mucho daño haciendo estas cosas contra los coches.

-Supongo que sí, pero no lo crea, no se deje engañar. Estos delincuentes están muy bien entrenados, son más ágiles que los especialistas que doblan a los actores en las películas de acción.

-¡Hay que ver cómo está el mundo! -exclamó Remedios saliendo un poco de su asombro.

-Señorita, cuando hay que sobrevivir y la necesidad aprieta, la picardía y el ingenio se agudiza hasta extremos insospechados -comentó Pedro sentenciando la situación.

-Ya estamos llegando -dijo el inspector-. Aparcaré donde pueda y cruzaremos por el recinto peatonal. Allí no se puede entrar con el coche, ni dejarlo en ningún sitio cercano.

Dejaron el vehículo estacionado y anduvieron sin hablar hasta la casa del niño. La familia del niño vivía muy cerca del centro del casco antiguo, en una casa baja de dos pisos, de las que tienen más de sesenta o setenta años. Era de aquellas viviendas de techos altos, estancias espaciosas y gruesas paredes, fresca en verano y acogedora en invierno, de las que no se hacen ahora.

Llegaron a la vivienda y llamaron al timbre de la puerta. Abrió la puerta una adolescente. Abdullah habló en árabe con la muchacha y los identificó. La chica les hizo entrar en el umbral de la vivienda y cerró la puerta. A continuación, les dejó allí esperando y se dirigió hacia el interior de la casa.

Al cabo de unos instantes apareció la señora de la casa, la señora Halima. Los recibió muy complacida pero con preocupación reflejada en el semblante, tal vez al ver a la policía, temiese lo peor. Los condujo hasta la planta de arriba, donde los hombres estaban tomando té y fumando tabaco en sus pipas de agua.

Cuando llegaron arriba, la señora, con su mal español, dijo que Remedios no podía entrar allí era un espacio exclusivamente reservado para los hombres. Ante aquel imprevisto, el inspector Méndez indicó a Pedro que se quedara con Remedios. La señora llevó a Pedro y a Remedios a la cocina para invitarles a tomar té junto a ella.
El señor Alí Mustafa, que era el patriarca de la familia y abuelo del niño, los recibió en la entrada de la sala. La sala estaba completamente cubierta con grandes alfombras árabes con dibujos geométricos complicados de una gran belleza y colorido. Se tuvieron que descalzar para entrar en aquel recinto, dejando los zapatos de piel al lado de las sandalias y mocasines baratos, el contraste era evidente. Todo el mobiliario de aquella sala, consistía en cojines y almohadones en el suelo así como un par de pipas, una pequeña mesita y encima de la misma una bandeja con los pequeños vasos, la tetera y un cuenco con carbones para las pipas.
El anfitrión esperó a que se descalzaran y los acompañó hasta el interior. Allí había un grupo formado por cuatro hombres, entre ellos el padre del niño.
Ninguno de los presentes hablaba el español de una forma fluida. Por suerte Abdullah podía hacer de intérprete, aunque según las explicaciones que le había dado en una ocasión, él procedía de Jordania. El árabe es un idioma común para todos pero entre los países árabes orientales y los del Magreb había pequeños matices que diferenciaban el habla, pero se entendían perfectamente entre ellos. Era algo así como lo que ocurre con los países de habla hispana, todos se entienden entre ellos, pero se puede identificar perfectamente el país de procedencia de la persona solamente prestando atención a su forma de hablar, acento y vocabulario utilizado.
Tomaron asiento en los cojines y les ofrecieron fumar de la pipa, a lo que ellos declinaron educadamente. También hubieran rechazado el té, pero hubiera sido una total falta de cortesía, por lo que, no hubo otra salida que aceptarlo.
Comenzaron a hablar con el padre del niño Hassan Alí, bajo la atenta mirada de los otros hombres que estaban allí reunidos.

-Señor Hassan. ¿Ha recibido más noticias de los secuestradores?.

-No noticias. Yo no querer que la pulisía entrar en mi casa. Esto es cosa nuestra. Nosotros arreglar solos.

-La policía no sabría nada si su señora no hubiera hablado -replicó el inspector un poco incómodo.

-Mujer hablar mucho. Mujer no ser nada. Yo ser padre, y sólo padre, hablar en esta casa. Mujer no bien cabeza. Pulisía no querer aquí.

-Su mujer no habló con nosotros. Habló con una asistente, estas personas tienen la obligación de informar a las autoridades y de presentar la denuncia. Por eso estamos aquí y no olvide que su mujer habló con los periodistas. Ahora todo el mundo conoce lo que pasa y la policía no se puede olvidar de ello, le guste o no. Y si me entero que nos ocultan algo, los meto a todos entre rejas a patadas. Por favor Abdullah, sé que me han entendido pero no estaría de más que me echaras una mano para que no queden dudas, ¿te importaría traducírselo?. Quiero que lo tengan bien claro.

-No hay inconveniente pero... ¿Incluyo textualmente lo de las rejas y las patadas? -preguntó cautamente Abdullah al inspector.

-Por su puesto, esa es la parte que quiero que les quede más clara -se reafirmo en lo dicho el inspector.
Abdullah tradujo íntegramente el texto. Al término de la traducción, el abuelo intervino con la solemnidad que su posición como patriarca le concedía:

-La pulisía siempre ser bien en esta casa, pero no gustar pulisía. Gente hablar, vecinos hablar, no bueno pulisía en casa. Si tú hacer eso, no hablar más con pulisía no abrir puerta y tú marchar -sentenció el señor Alí como patriarca y voz cantante en aquella familia.

-No me entienda mal. Nosotros no podemos olvidar el tema. Es un secuestro y eso es un delito muy serio. Tenemos que investigar y capturar a los culpables.

-No tener más información para pulisía -dijo el padre del niño.

Dicho esto, los allí reunidos comenzaron a ponerse de pie.

-¿Nos están echando? -preguntó el inspector sorprendido.

-No inspector, es que se acerca la hora de la oración de la tarde y se tienen que preparar para ello, tienen que lavarse las manos y los pies. Nosotros en este momento sobramos aquí -le aclaró Abdullah.

Sin mediar más palabras salieron de la sala alfombrada. En ese momento se encontraron con Remedios y Pedro que venían escoltados por la madre del niño. Los hombres ignoraron la presencia de la madre. Aunque se sorprendieron al ver a una mujer con la policía. El patriarca y el marido, echaron una mirada de reproche a la madre, como temiendo que le hubiese contado cosas a Remedios. La mujer únicamente dio un paso atrás y agacho la mirada en un gesto claro de sumisión. El inspector aprovechó este momento para presentar a Remedios. Los hombres tendieron la mano a Remedios más como cortesía y educación que por otra cosa, no estaban acostumbrados a hacer este tipo de honores a las mujeres, al menos no a las suyas. La comitiva acompañó a los policías hasta la puerta y si bien no los echaron, tampoco se puede decir que los animaran a volver muy a menudo. A pesar de la dificultad de los idiomas, la situación había quedado lo suficientemente clara para todas las partes implicadas.

Dejaron la casa en silencio y hasta no haber recorrido, unos metros, no comentaron lo sucedido.

-Bueno, por mi parte creo que no ha sido muy fructífera la visita. Lo único que está claro es que no quieren que la policía los visite. ¿Cómo le ha ido a usted señorita Remedios? -preguntó el inspector Méndez.

-Esa mujer apenas si habla español. Además, al lado de ella había una joven que por la impresión que me ha dado parecía que la estaba vigilando -comentó Remedios.

-Nada más entrar en la cocina, la madre se sentó al lado de la señorita Remedios, le tomó las manos y comenzó a llorar silenciosamente sin decir palabra. Luego se levantó y nos ofreció té. Eso ha sido todo –añadió Pedro.

-Esa mujer tiene una pena muy grande dentro de su corazón y sufre. Tiene miedo por su hijo -añadió Remedios.

-Y… ¿Qué me puede decir del resto? –preguntó el inspector con ansiedad.

-¡Ahí tengo mejores noticias para ustedes! -exclamó con satisfacción Remedios.

Todos se pararon en seco y se quedaron mirando fijamente a Remedios.

-¿Ya sabe quién ha sido? –preguntó Pedro sorprendido.

-No del todo, pero si sé como pueden llegar hasta él.

-Por favor explíquese, nos tiene a todos intrigados –requirió el inspector.

-Del grupo de hombres he reconocido al abuelo, al padre, al hermano y a otro que no sé quién es pero que es la clave de todo. Era el más gordo, uno con bigote.

-Bueno lo del bigote no ayuda mucho, todos tenían bigote, pero sí que es verdad que había uno grueso que no ha dicho ni palabra cuando hemos estado dentro –comentó el inspector.

-Tengo la imagen clara de los dos hombres que tienen secuestrado el niño, que por cierto, también son magrebies. No era ninguno de los que había en la casa. También tengo clara una escena en la que el niño lo sacaron fuera agarrado del brazo y se lo enseñaron al hombre que hemos visto en la casa.

-¿Qué más nos puede decir?

-No mucho más.

-Piense, algo de la casa, tal vez algún ruido, algo que nos sirviera para situarla.

-El patio de la casa o del bloque, no estoy muy segura, tiene una puerta de hierro de doble hoja, de color verde fuerte, suficientemente grandes para permitir entrar un coche. Una de las hojas tiene una puerta para permitir el paso de las personas. En el patio había un coche color gris claro o crema, un coche viejo de aquellos cuadrados, no era moderno. Déjeme recordar la matrícula.

Remedios cerró los ojos, se puso la mano en la frente e intentó recordar la escena en su mente.

-¡Ya lo tengo!. La matrícula era "SE-39274-AT". No sé si esto le sirve de algo.

-¡Claro que sí!. ¡Más de lo que usted imagina! -exclamó el inspector con una amplia sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

-Abdullah quédate en las inmediaciones y no le quites ojo a ese individuo. Te mandaré un refuerzo en el momento en que llegue a la comisaría. ¿Llevas tu teléfono móvil encendido?.

-Sí está en marcha. Muy bien, hasta luego yo me vuelvo para atrás, por favor que no tarde mucho el refuerzo porque no sé cuanto tiempo va a estar ese ahí dentro. La oración dura, como mucho, media hora y no tengo coche.

- Ok, entendido. Hasta luego -se despidió el inspector de Abdullah-. Tú, Pedro, cuando lleguemos a la comisaría, ¿podrías invitar a la señorita Remedios a un café?. Es que se lo debo -se excusaba el inspector-. Mientras tanto podrías revisar con ella las fotografías de los individuos magrebies que tenemos fichados en la comisaría.

-Ok, no hay problema.

-Además, llama al grupo científico y a ver que me puedes conseguir sobre esa matrícula -ordenó el inspector-. Yo iré a hablar con el jefe para asignar vigilancia continuada al sospechoso. Señorita Remedios, creo que nos ha hecho un buen regalo a todos.

-Me alegro de haber servido de algo.

-Pero… ¿Todo esto ya lo sabía antes de venir a la casa? -preguntó intrigado Pedro.

-Sí, pero el inspector Méndez me dijo que no dijera nada de nada hasta no haber estado aquí. Por eso no lo he dicho antes -alegó ingenuamente Remedios.

-Bueno a ver que resulta de todo esto.

Llegaron a la comisaría y cada uno de ellos se dirigió a realizar las actividades asignadas. Remedios estaba eufórica. Ella se había sentido parte de algo importante. Su contribución podría ser decisiva en la resolución de aquel caso.

No consiguió identificar, en el catálogo de individuos fichados de la comisaría, a los dos sujetos que retenían al niño. El número de matrícula del coche dio una identificación positiva, lo que permitió montar rápidamente todo el dispositivo policial de vigilancia.

Remedios estuvo toda la tarde en la comisaría, era hora de volver a casa para preparar la cena. Además, tenía pendiente una muy interesante conversación con la señora, acerca de cómo ella había presentido los poderes extrasensoriales de Remedios.

Al llegar a casa, la encontró muy silenciosa. En el recibidor del vestíbulo había una nota manuscrita de la señora:

"*Remedios, ha surgido un tema familiar muy grave y urgente. He tenido que marcharme. Supongo que estaré, al menos, un par de semanas fuera de casa. Recibirás noticias mías y, si no las recibes pronto, no te preocupes, yo estoy bien. Dejo toda la casa a tu cargo. Por favor, no defraudes la confianza que deposito en ti. Aquí te dejo las llaves de la segunda cerradura de la puerta principal de la casa, acuérdate de echarla por la noche y cuando salgas, ya que ahora, no habrá nadie en la casa. No te preocupes por el dinero, el ingreso se hará a final de cada mes. Cuídate y no me rompas nada. "*

Remedios leyó la nota despacio. Se sintió un poco defraudada porque tenía un gran interés en hablar con la señora y satisfacer su curiosidad acerca de los poderes, pero según parecía, debería esperar unos días más para poder dar respuesta a ese enigma.

## 11. Caso cerrado

*Lunes por la mañana a primera hora. Sala de reuniones de la Brigada Especial*
En la sala de reuniones se encontraba congregado el equipo del inspector Méndez, el jefe quería que le pusieran al día.

-Buenos días señores. ¡Enhorabuena! -saludó el jefe eufóricamente-. Todos los periódicos elogian la actuación de este fin de semana y de la pronta liberación del niño magrebí.

-En nombre de todos los componentes del equipo, gracias -contestó el inspector Méndez-. Pero creo justo mencionar la inestimable ayuda que vino de la mano de la señorita Remedios. Evidentemente, sin menospreciar el trabajo del equipo, que es el mejor equipo que se puede tener, pero ella nos dio la pista que nos puso en el camino correcto.

-Sí lo sé Jaime -reconoció el jefe - pero a ella no la puedo convocar a esta reunión para felicitarla, entiéndalo Jaime.

-No estaría de más que alguien le diera las gracias a ella. ¿No cree? -añadió Pedro en apoyo de Jaime.

-Muy bien, encárgense ustedes de eso, yo no quiero verme involucrado a esos niveles. Seguro que sabrán encontrar alguna forma de recompensar a esa muchacha por su colaboración.

-Tal vez una comida o una cena -sugirió el inspector.

-Bueno y como quiere que lo justifique Jaime. ¿Cómo gastos de representación? -reprendió el jefe.

-¡Jefe la ocasión lo merece!.

-Otra vez será, ahora no Jaime. Cambiemos de tema. ¿Quiere alguien contarme los pormenores del caso?. Tengo una reunión con los jefes y el alcalde no me gustaría decir muchas tonterías ni tener que inventarme nada.

-Yo creo que los honores le corresponden a Jaime como coordinador y responsable del grupo -propuso Pedro.

-¡Jaime!. ¿Qué me cuenta usted?.

-La verdad es que este caso nos ha traído de cabeza y tenemos que sacar conclusiones de él. En un principio no íbamos mal encaminados, el caso pintaba que el culpable era alguien cercano al ambiente familiar pero, como suele ocurrir, no todo era lo que parecía.

-¿Qué me dices de la versión de la madre?.

-A eso me refería. La historia que había contado a los medios de comunicación en parte era cierta, es decir, en lo referente al tema del accidente del marido y de la indemnización. No obstante, la indemnización no fue el verdadero motivo por el cual habían secuestrado al niño.

-Entonces… ¿Qué fue?… ¿Una venganza familiar?. ¿Algún clan rival?.

-No exactamente aunque posee un trasfondo delictivo. Ahmed, que es el hombre que pusimos bajo vigilancia intensiva, es primo del padre del niño el señor Hassan y sobrino del patriarca el señor Alí. Pues bien, el señor Ahmed hace tres meses llegó procedente de Marruecos a nuestro país de una forma ilegal. Se embarcó en una patera cruzando el estrecho de Gibraltar llegando a las playas de Tarifa. Este viaje lo acordó con una mafia en Marruecos, como no tenía dinero hizo un trato con ellos, a cambio del pasaje, Ahmed tenía que transportar un fardo de hachís de unos 10 kilos aproximadamente. Él tenía que hacer de *mula* y alguien aquí en España se haría cargo del fardo. Hasta aquí todo correcto para todo el mundo. La policía estaba esperando el desembarco de los inmigrantes ilegales en la playa de Tarifa para detenerlos. Por lo visto, habían recibido un aviso de un barco mercante, el cual en la oscuridad de la noche estuvo a punto de arrollarlos en su travesía por el Estrecho. Durante la escaramuza, Ahmed consiguió zafarse de la policía pero perdió su preciada carga.

-Ya veo, si había drogas de por medio el tema es serio -comentó el jefe.

-Sí, ahora el dueño legítimo del hachís lo reclamaba.

-¿Por eso secuestraron al niño?.

-No, exactamente. Se ofrecieron varias alternativas antes de llegar a esto del secuestro. Podían pagar el hachís a precio de mercado, cosa totalmente inviable o, alguien de la familia hacia un nuevo transporte de hachís desde Marruecos a España.

-El señor Alí no estaba al corriente de las prácticas de su sobrino, y por supuesto no aprueba su comportamiento. Pero ahora estaba viviendo en su casa y él era el responsable de su seguridad, así lo marca la tradición. Ante esta situación el señor Alí contestó que el fardo había sido transportado hasta tierras españolas pero si nadie fue a tiempo a recogerlo, no era un problema de la *mula*. La responsabilidad de Ahmed terminaba en el momento en que se pisaba el territorio español. Por este motivo, él no concebía que existiese ninguna deuda, el pacto se había cumplido. Es evidente que este hombre todavía vive anclado en el pasado, en las tradiciones, cuando el honor y la palabra de un hombre tenían validez. El razonamiento del señor Alí, no sirvió de nada frente a los traficantes. Y para demostrarle hasta qué punto la cosa iba en serio, secuestraron a su nieto para que el señor Alí diera su brazo a torcer.

-Hasta aquí lo entiendo todo -asintió el jefe pensativo-. ¿Cómo cuadra esto con las declaraciones de la madre?. ¿Por qué la madre hizo público el secuestro de su hijo?.

-La madre del niño sabe que el señor Alí nunca cedería ante presiones de este tipo. Es un hombre de honor y no lo iba a manchar ni por su nieto ni por nadie. A la mujer le entró pánico. Tuvo miedo de perder a su hijo por el orgullo del viejo y la conservación de las tradiciones.

-¿Por qué no vino directamente a nosotros?.

-Simplemente, porque no tiene acceso a nosotros. Estas mujeres viven encerradas en casa en su circulo cerrado y no tienen la libertad de moverse libremente. El único contacto con un organismo era a través de la Asociación de Ayuda a los Inmigrantes, que con sus planes de ayuda e integración de la mujer, tienen contacto con las mujeres de este colectivo. Lo que ocurrió fue que alguien en la asociación, en un afán de notoriedad y protagonismo dio una publicidad desmedida al caso y tras esto, la historia se complicó.

-¿La detención y la liberación del niño supongo que fue limpia?.

-Sí, está todo explicado en el informe.

-Jaime, si estoy aquí reunido es porque no tengo tiempo de leer los informes, prefiero que me lo resumáis directamente de viva voz. Así que, por favor, continua.

-Muy bien, fueron unas detenciones limpias, no hubo ni heridos ni disparos. También detuvimos al señor Ahmed y después de interrogarlo, nos dio a conocer esta versión tan sofisticada y, desde luego, más verosímil que la ofrecida por la madre. Fue una suerte que actuáramos tan rápido, ya que el señor Alí y su familia se estaban preparando para realizar un asalto a la casa de los secuestradores y terminar con la situación. Supongo que a eso se refería el señor Alí cuando dijo que sus problemas se los resolvían ellos mismos y que no necesitaban a la *pulisía* como ellos dicen.

-Buen trabajo Jaime. Veo que no se ha filtrado información a la prensa, eso me gusta. Me fastidia ver como información privilegiada es proporcionada a esas aves de rapiña, que sólo la utilizan para ridicularizarnos. El día que ellos se jueguen los *cataplines*, como lo hacemos nosotros, entonces tendrán información de primera mano. Lo dicho gracias a todos -se despidió el jefe dando por terminada la reunión.

-¿Te has dado cuenta como ha esquivado el jefe el tema de Remedios? -comentó Pedro.

-Sí, creo que ha zanjado el tema de la peor manera posible. No quiere reconocer alguna de nuestras prácticas. Si sirven, como en este caso, para conservarle la silla, entonces está de acuerdo, siempre que nadie de más arriba o la prensa se entere. Es un hipócrita, pero ya se sabe, no lleva tantos años conservando ese puesto por ser tonto. Sus motivos tendrá –argumentó el inspector un poco decepcionado por la actitud del jefe.

-Pero no cuesta nada hacer una llamada por teléfono y darle las gracias a la señorita Remedios, antes que se entere por los periódicos de la mañana -planteó Pedro.

-¡Llevas razón!. Es lo primero que pienso hacer cuando llegue a mi mesa.

De vuelta a la oficina, todo el equipo estaba muy contento, parecía que el ogro se había ido satisfecho a hablar con el alcalde y los jefazos, esto seguro que iba a suponer un buen tanto para la Brigada Especial y para él mismo, por supuesto, aunque realmente, el jefe se mantuvo bastante al margen de la investigación.

-¡Oye!. Ahora que todo está terminado, te recuerdo que me debes una cena -le recordó el inspector a Pedro-. La señorita Remedios no pudo ser más efectiva.

-¡Sí es cierto!. Ya se me había olvidado -se excusó Pedro.

-Cuando te conviene eres muy olvidadizo.

-Pues igual que tú. Recuerdo que me dijiste que me ibas a explicar lo de los vínculos y todavía estoy esperando.

-Ese es un tema difícil y escabroso. ¿Por dónde comienzo? -pensó en voz alta el inspector.

-Mira Jaime, a mí me lo explicas con palabras sencillas, sin tecnicismos, porque igualmente no los voy ni a entender ni a recordar. Imagínate que se lo estas contando a un niño, yo lo que quiero es entenderlo, no necesito escribir una tesina con ello.

-Vale, el problema es buscar los ejemplos adecuados, sencillos de entender y que no se desvíen mucho de la realidad... Imagínate la radio. Las emisoras de radio emiten ondas a una determinada frecuencia, cada emisora tiene su propia frecuencia. Tú no puedes ver las ondas ni puedes sentirlas, pero existen y están ahí. Por otro lado tienes los receptores de las ondas, estas son las radios. Estos aparatos poseen un sintonizador con el cual, puedes ir variando la frecuencia y con ello seleccionar diferentes emisoras. Cada vez que cambias de frecuencia puedes recibir unas ondas diferentes. Con el sintonizador de la radio has creado un vínculo entre la emisora y tu aparato receptor, la radio. Por ese motivo, tú puedes escuchar la información emitida por la emisora y sólo escuchas esa, si

quieres escuchar otra emisora debes de cambiar de frecuencia el sintonizador. ¿Has comprendido lo que te he explicado?.

-Sí claro, eso ya lo sabía yo -reafirmó Pedro.

-Muy bien, vamos por buen camino. Ahora imagínate que todas las personas nos comportamos como emisoras de radio, es decir, que cuando pensamos, producimos ondas de pensamiento que se esparcen por el aire, no las podemos ver, no las podemos tocar pero existen. Piensa que, por ejemplo, la señorita Remedios es como un aparato receptor de radio, tiene la capacidad de captar estas ondas de pensamiento, no las puede captar todas pero sí muchas de ellas. El problema es saber cual es la frecuencia correcta para poder captar la onda adecuada. Para ello se utilizan los objetos personales e íntimos de las personas que estamos buscando, en ellos quedan rastros del individuo, de la energía vital emanada por su cuerpo y mente. Cuando una persona como Remedios toca los objetos, es capaz de sintonizar con la persona a la que han pertenecido, estableciéndose de esta forma el famoso vínculo.

-¡Así de sencillo! –exclamó Pedro.

-Bueno piensa que lo he simplificado mucho, pero las cosas van en esta dirección. Las personas que me ayudan en las investigaciones, son personas que tienen esta capacidad. Tú mismo lo has podido apreciar en varias ocasiones.

-Me has dejado perplejo con esta explicación. No sé qué pensar, si creérmelo o no.

-Si no te haces esa misma pregunta cada vez que utilizas la radio, ¿por qué te lo planteas en este caso?.

-Porque aquí estamos hablando de personas y en el otro caso sólo hablamos de máquinas.

-Es lo mismo en cualquier caso. Lo único que ocurre es que, al igual que la gran mayoría de la gente, eres reacio a aceptarlo y nada más. No le des más vueltas. En cualquier caso, te ha costado una cena, te lo creas o no.

-Sí. Y eso, sí que es una realidad tangible.

-Y lo otro también, Pedro, lo otro también.

Remedios se había levantado un poco apática y perezosa. El fin de semana había transcurrido lento y aburrido. Estar sola en aquella caserona, sin grandes cosas que hacer, provocaba que el tiempo transcurriera con una lentitud exasperante.

El periódico traía una buena y una mala noticia. La buena era la liberación del niño magrebí sano y salvo. Ésta se produjo durante el fin de semana en una operación meticulosa y rápida. El artículo se deshacía en elogios para la Brigada Especial de la Policía de la ciudad, aprovechando también para hacer mención sobre otros casos que fueron anteriormente resueltos con espectacular rapidez y eficacia.

Remedios se sentía orgullosa de haber colaborado con aquel equipo y haber contribuido a esta grata noticia. Era una pena que no se hiciese ninguna mención a su participación pero, hasta cierto punto, entendía que esto fuese así. La mala noticia era que sus famosos poderes no habían servido de nada frente a la Loto, seguía siendo tan pobre como antes y el número de aciertos, sólo dos de los seis números, no le garantizaba ningún porvenir en este campo.

La llamada del inspector Méndez comunicándole el éxito de la operación de rescate y la transmisión del agradecimiento de la Policía, la reconforto. Pero no lo suficiente como para animarla a comenzar con las tareas diarias.

Durante el fin de semana, para matar el aburrimiento, había adelantado parte del trabajo, por lo que no había mucho que hacer. De todos modos, no podía marcharse de allí porque en cualquier momento podría llamar la señora y debía encontrarla teóricamente trabajando o, al menos, en casa.
Todo estaba tomando el rumbo para hacer de hoy un día monótono y aburrido.

## 12. El agresor

Habían transcurrido tres semanas desde la resolución del caso del niño magrebí. La señora había llamado una vez por teléfono para informar que todo iba bien y que iba a prolongar su estancia con los parientes unas semanas más, el clima seco de allí era muy bueno para su artritis.

Remedios se había acostumbrado a su rutina diaria. Las faenas de la casa le cundían mucho, ya sabía dónde estaba todo y como no había nadie que ensuciara, tampoco tenía mucho trabajo, hasta había terminado de limpiar la plata, la única estancia que se libraba de la actividad limpiadora de Remedios, era el cuarto de la señora que permanecía cerrado con llave desde que se marchó esta.

Todos los días tenía tiempo para revisar los periódicos, leer y holgazanear un poco. Estaba ahorrando y pronto podría comprarse un pequeño televisor que le amenizara el tiempo y le ayudara a romper aquella monotonía.

Era media mañana cuando sonó el teléfono de la casa y Remedios descolgó:

-Sí. ¿Dígame?.

-Buenos días, quisiera hablar con la señorita Remedios, por favor.

-Yo misma. ¿Quién habla?

-Hola. Buenos días. Soy Pedro, el policía. ¿Qué tal se encuentra usted?.

-Hola señor Pedro. ¡Qué placer volver a hablar de nuevo con usted!. ¿Cómo va todo por la comisaría?. ¿Muchos delincuentes?.

-Perdone que sea tan directo pero de eso quería hablarle.

-Pues usted dirá.

-Disculpe también el atrevimiento que sea yo quién le llame directamente pero es que Jaime se ha tomado un par de semanas de vacaciones. Le he dejado recado y todavía no han conseguido localizarle.

-Sí que parece seria la cosa. ¿No?.

-Tenemos un asunto feo entre manos y nos preguntábamos si usted podría ayudarnos un poco.

-Por supuesto, faltaría más.

-Pero es que tiene que ser ahora mismo, pasaríamos con un coche a recogerla por su casa.

-Ahora mismo me va muy mal. Yo tengo que trabajar hasta las tres y media de la tarde. ¿No podría esperar hasta esa hora?.

-La verdad es que no. Ya sé que es muy precipitado. Si recurro a usted es porque no tengo muchas más salidas.

-¿Estaremos mucho tiempo fuera?

-Me temo que sí, posiblemente toda la tarde -estimó Pedro.

Remedios se lo pensó por unos instantes, este intervalo de tiempo se le hizo eterno a Pedro. Éste, prefirió esperar pacientemente ya que si presionaba a Remedios existía la

posibilidad que declinara el ofrecimiento y si algo no necesitaba Pedro en estos momentos, era una negativa por parte de ella.

-Muy bien, voy a cambiarme y les espero en la calle. Confío en que estas prisas no se conviertan en rutina.

-No, no -dijo Pedro con rotundidad- tiene mi palabra que no va a ser así.

Remedios se dirigió a su cuarto a cambiarse con una sonrisa en el semblante. Hoy no iba a ser tan monótono como los días anteriores y una pizca de color no le iría mal en su vida. Aventuras como estas eran un aliño perfecto para romper con la apatía.

Al cabo de veinte minutos, estaba Remedios compuesta en la puerta de la casa en espera del coche que la recogiera. No habían transcurrido ni cinco minutos cuando apareció Pedro en un coche. Remedios se montó en el coche y Pedro arrancó apresuradamente.

-Hola señorita Remedios. ¡Otra vez juntos!.

-Hola señor Pedro. ¡Parece que tiene prisa!.

-Si es que nos espera un viajecito un poco largo.

-¿Adónde vamos?.

-Vamos al Hospital de la Virgen del Mar.

-Y eso… ¿Dónde está?

-Hacia la costa a unos 130 kilómetros de aquí.

-¡Qué lejos!. ¿Qué vamos a hacer allí?.

-Vamos a ver a una jovencita de 9 años de edad que está en el hospital. Mejor será que la ponga en antecedentes. Ayer por la mañana en un supermercado, en primera línea de la playa, desapareció la niña. Por lo que sabemos un hombre se la llevó de la mano. Esta mañana ha aparecido la niña deambulando por la montaña afectada por una fuerte conmoción. La han llevado al hospital y allí se encuentra. Necesitamos identificar al hombre, antes que desaparezca de la zona. Durante estas últimas semanas han ocurrido varias desapariciones de niños y pensamos que pueden estar relacionados. Es la primera vez que tenemos la posibilidad de realizar una identificación positiva. Las desapariciones han ocurrido en diferentes localidades de la costa y suponemos que el agresor es itinerante y se va moviendo por los campings y hoteles a lo largo de la línea costera. De ahí viene la urgencia por hacer la identificación, antes que abandone la zona.

-¿La niña no puede hacer la identificación?.

-No, está bajo el efecto de un fuerte shock emocional. Los médicos del hospital aconsejan que la niña no haga identificaciones ni revise muestrarios de posibles sospechosos. Para eso la llevamos a usted allí, a ver si por medio de usted podemos conseguir una imagen del agresor, para intentar montar un cordón policial y crear un cerco efectivo en la zona e intentar que no se nos escape el agresor.

-Bueno, yo no sé si voy a servir de algo. No sé que puedo hacer.

-Pues… Si usted cree que no va a servir de nada, entonces no sé que voy a hacer yo. Como consecuencia de las vacaciones de Jaime, me han dejado dos semanas a cargo del grupo y mira que papeleta me cae encima de la mesa.

Pedro condujo a buen ritmo durante más de una hora. Llegaron al hospital y allí les estaban esperando efectivos de la Policía Local.

Mientras se dirigían a la habitación, un policía puso al corriente a Pedro sobre el estado de la niña. La niña se escapó ayer a última hora en un descuido de la caravana del raptor, huyó de un camping por un agujero en una valla o en un muro, no lo tenemos claro todavía. Ha pasado la noche en el monte, a la intemperie y está completamente agotada. Esta

mañana muy temprano la ha encontrado una patrulla deambulando por el paseo marítimo. Los padres han dado autorización para que la niña hable con ustedes pero los médicos les han aconsejado que no sometan a la niña a tensiones innecesarias.
Llegaron a la habitación del hospital que estaba custodiada por un policía, allí se encontraban los padres de la niña. Pedro y Remedios fueron presentados a los padres, los cuales expresaron que querían estar presentes, sino no había entrevista con la niña, además, en el momento en que los padres dijeran basta, se acabó todo. Sobretodo debía prevalecer el bienestar de la niña. Estas fueron las condiciones impuestas por los padres y aceptadas por ellos.
Abrieron la puerta de la habitación y la niña estaba durmiendo. La madre fue a despertar la niña. Remedios con un gesto le indicó que no lo hiciera, que la dejara dormir, acercó una silla a la cama y se sentó al lado de la niña. Muy despacio y sin intención de despertarla, tomó la mano de la niña entre las suyas y cerró los ojos en silencio.
En ese momento sintió que el tiempo se detenía, se hizo el silencio en la habitación. Es como si sólo estuvieran ella y la niña en la habitación. Abrió los ojos despacio y… ¡Así era!. Todos habían desaparecido en la habitación, sólo estaban ella sentada en la silla, la niña en la cama y… Otra figura con las facciones y constitución de la niña sentada en otra silla, enfrente. No había duda que aquello pertenecía a la propia niña, su espíritu, una proyección, su alma, no sabía qué podría ser aquello pero pertenecía a la niña. Aquella figura se quedó mirando a Remedios y tras unos momentos de mutua contemplación inició una conversación con ella.

-Hola, me llamo Marisa. ¿Cómo te llamas tú?.

-Hola guapa, yo soy Remedios.

-¿Qué haces aquí?. ¿También estás malita?.

-No, yo estoy aquí porque me han dicho que tú quieres jugar y he venido a jugar contigo.

-No, yo no quiero jugar más.

-¿Por qué no quieres jugar más?.

-Porque hay un hombre malo que quiere jugar conmigo que no me deja ir con mi mamá.

-Yo he venido a jugar contigo y puedes irte con tu mamá cuando quieras.

-Pero yo no quiero jugar más.

-Bueno, en ese caso, si no quieres jugar, no jugamos. Yo me quedo aquí y si vuelve ese hombre malo, yo le pego para que se vaya. ¿Vale?.

-¿Y le vas a pegar muy fuerte?.

-¿Tú que crees?. Mira le voy a pegar un puñetazo así, otro así y una patada así.

Remedios hacía gestos con los brazos y pies simulando una pelea con un agresor ficticio. La niña soltó una carcajada feliz. Se divertía imaginándose a su agresor siendo apaleado. Remedios fue acercándose lentamente a la niña durante el transcurso de la conversación. Se encontraba frente a ella, agachada con las manitas de la niña entre sus manos. Parecía tan pequeña, tan indefensa, cómo podía haber gente tan malvada en el mundo que fuera capaz de hacer daño a una criaturita así. Le daba mucha pena, tenía los ojos casi en lágrimas. ¡No era el momento de flaquear y ponerse a llorar!. Remedios suspiró profundamente y puso la mejor de sus sonrisas en su cara.

-¿Sabes Marisa?… ¡Ya somos amigas!.

La niña le devolvió una sonrisa.

-He estado pensando en lo que me has dicho del hombre malo. ¿Cómo voy a saber yo como es ese hombre malo?.

Remedios hizo una breve pausa y a continuación continuó hablando con una sonrisa.

-Te imaginas que entra el doctor y empiezo a pegarle. Seguro que sale corriendo detrás de mí intentando ponerme una inyección.
Mientras le decía esto a la niña, lo acompañaba haciéndole cosquillas con los dedos en la barriguita. La niña soltó varias carcajadas mientras se encogía para esquivar las cosquillas.
-¿Vas a explicarme cómo era el hombre malo?.
-Sí, es ese -dijo la niña alzando el brazo recto con el índice recto apuntando a una figura que estaba presente en la habitación.
La figura se veía descomunalmente grande, posiblemente fuera porque desde la altura de un niño todos los adultos parecemos gigantes. Pero allí estaba quieto, fijo, inmóvil como un holograma, lo suficientemente claro y nítido como para poder reconocer sus rasgos, sus facciones. La niña se parapetó detrás de Remedios poniéndose a cubierto de aquella presencia. Remedios sintió el miedo de la niña, debía actuar con rapidez. Dio un paso adelante hacia la figura y con un gesto amenazador le gritó:
-¡Fuera de aquí monstruo!. ¡A esta niña ya no le puedes hacer nada!.
La figura se desvaneció de inmediato, se evaporó. Miró a la niña y ésta le devolvió una sonrisa de agradecimiento. Remedios se giró de repente al sentir otra presencia en la habitación. En el umbral de la puerta de la habitación había un niño de pie que miraba con unos grandes ojos verdes.
-Ese es mi amigo Tito. Está en la habitación 311, él también está malito como yo -dijo Marisa.
Remedios fue a saludar al niño pero ya se había desvanecido al igual que Marisa.
Abrió los ojos despacio y se encontraba sentada en la silla rodeada gente, allí estaban Pedro, los padres de la niña, un policía. Inmediatamente giró la cara hacia la niña. La niña se despertó en ese momento.
-Hola mamá. Hola Remedios.
-Hola Marisa contestó ella.
Todos los presentes se quedaron perplejos, qué había ocurrido allí, un instante antes, se había sentado y tomado las manos de la pequeña, cerrado los ojos y al momento cuando los abrió parecía que se conocieran de toda la vida como si fueran familia. Algo verdaderamente extraño.
-Ya tengo lo que necesitamos -informó Remedios-. Marisa, yo me tengo que marchar, voy a buscar al hombre malo para que lo castigue la policía. Haz caso a lo que te digan tus papás y a los médicos. No tengas miedo, el hombre malo no va a venir más. Si viene, tú me llamas y verás que puñetazo le pego en la nariz. ¿Vale?.
-¡Vale! -contestó la niña haciendo un movimiento de asentimiento con la cabeza.
Pedro se despidió de los padres de la niña agradeciendo la colaboración prestada.
Los padres no habían salido del asombro todavía ni sabían que era lo que había pasado. Tenían ganas que la policía se marchara para interrogar a la niña y averiguar que era lo que allí había acontecido.
Al salir de la habitación Pedro miraba a Remedios con curiosidad.
-¿Qué pasó ahí dentro?.
-Que la niña me enseñó el rostro de su agresor.
-¿Estás segura?.
-Segurísima, sería capaz de reconocerlo en cualquier sitio.

-Podríamos adelantar una descripción preliminar por la radio, así se establecerían los controles de carretera. Después, más tarde, podríamos hacer una identificación positiva con las fotos de los delincuentes fichados.

-Sí, como usted diga. Primero tengo que hacer una visita.

Pedro la miró intrigado. Después de lo visto ya nada le podía sorprender. Remedios buscó la habitación 311 en la tercera planta. Llamó a la puerta con los nudillos y una mujer abrió la puerta.

-¿Qué desea?.

-Quería saludar a Tito.

-¿De qué conoce usted a Tito?.

-Lo conozco de una amiguita suya, Marisa, que también está en este hospital.

-Pase usted.

-Hola Tito. ¿Sabes quién soy?.

-Sí. Eres Remedios la amiga de Marisa.

-Así es -confirmó Remedios.

Remedios tomó la mano del niño. Al hacerlo, una sensación muy extraña recorrió su mano hasta llegar a su brazo. Era una sensación fría, helada, a aquel niño se le había marchado toda la energía, su vitalidad se le estaba esfumando. Aquel niño era una burda sombra de la imagen que ella había visto en el umbral de la habitación de Marisa. Una gran pena le invadió el pecho.

Sin saber cómo, en el interior del cuerpo de Remedios surgió una llamarada de energía vital, se generó en su vientre y ascendió por su pecho, para a través de su brazo y mano, llegar hasta el niño. El niño sintió la inyección de energía que estaba recibiendo. Sus facciones se relajaron, el color de su piel cambió perdiendo la palidez que hasta ese momento se había adueñado de él. El niño se revitalizó con aquel regalo con el que le había obsequiado.

De repente Remedios, sintió un desvanecimiento y cayó al suelo como un saco de piedras, inmóvil. Pedro se asustó mucho e inmediatamente fue a llamar a una enfermera. Mientras tanto, ella volvió en sí, un poco aturdida pero parecía que comenzaba a recuperarse. Remedios miró hacia la puerta y había un montón de gente asomada curioseando. ¡Hasta niños pudo ver!.

Pedro llegó con la enfermera y una camilla. Remedios se había incorporado y se sentía completamente avergonzada con tanta gente observándola. La enfermera la obligó a tumbarse en la camilla y a poner los pies un poco en alto para mejorar el riego sanguíneo de la cabeza.

-Por favor, que se vaya toda esta gente –suplicaba Remedios.

Pedro miró alrededor, no había nadie, sólo el niño y su madre. Se debía encontrar muy mal porque comenzaba a tener visiones.

-Enfermera, qué le parece si la llevamos a Urgencias y le hacen una revisión -propuso Pedro preocupado-. Tal vez se haya golpeado en la cabeza, yo pienso que delira o tiene visiones.

-Eso había pensado yo también -coincidió la enfermera.

La enfermera empujó la camilla por los pasillos. Remedios miraba a los lados. De las habitaciones salían personas que con las manos tendidas hacia ella le decían:

-¡Por favor, utiliza el don, cúrame!.

-¡Yo también tengo derecho!.

-¿Por qué el sí y yo no?.

Unos la intentaban tocar, otros simplemente le gritaban desde la puerta de su habitación.

-Por favor, Pedro. ¡Haz que se marche toda esta gente! -suplicaba Remedios con las manos tapándose la cara para no ver aquellos rostros que le perseguían.

Pedro estaba realmente preocupado, no sabía a qué demonios se estaba refiriendo Remedios, no había nadie en los pasillos. ¿Qué estaba ocurriendo allí?.

La acomodaron en una sala en Urgencias en espera que un médico la pudiera atender. Seguía delirando, sollozaba suplicando que se llevaran aquella gente de allí.

En esos momentos llegó Jaime. Había recibido el mensaje de Pedro y se había desplazado hasta el hospital lo más rápido que había podido. Entró por la puerta hecho un toro, se identificó y el guardia jurado de la puerta lo acompañó hasta dónde atendían a Remedios.

-¡Estás loco o qué! -le gritó el inspector Méndez a Pedro- ¿Cómo se os ocurre traer a una persona de estas a un hospital?.

-Jaime, tranquilízate. ¿Qué es lo que ocurre?.

-Una persona con la sensibilidad de ella no puede venir a un hospital. No te das cuenta que los enfermos quieren su energía para curarse. Si no la sacamos de aquí pronto la perderemos. La carga emocional de este lugar, es demasiado para que ella lo pueda soportar, todavía no está preparada. ¡Venga!. ¡Ayúdame a levantarla!. ¡Nos la llevamos de aquí!.

Cuando iban a salir por la puerta, el guardia jurado los retuvo. Remedios no podía abandonar el hospital, si antes no firmaba un papel declarando que se marchaba por voluntad propia, y que eximía al hospital de cualquier responsabilidad que se derivara de su marcha.

Remedios continuaba teniendo visiones. Únicamente quería abandonar aquel lugar y estar lo más lejos posible de allí. Firmó el impreso casi sin mirar, sin tan siquiera saber que decía. Sólo quería estar lejos de allí.

En el trayecto de vuelta y tras haberse repuesto del mal trago que había pasado, Remedios fue capaz de identificar al presunto agresor en el catálogo de delincuentes fichados.

Inmediatamente se estableció el dispositivo policial para intentar cerrar el cerco y cazar al individuo. La descripción fue dada por radio a los policías que vigilaban los campings. Estos, enseguida se pusieron en contacto con las Gerencias de dichos campings y tras comprobar los registros, se tuvo localizado al sospechoso, el cual, había abandonado uno de los campings esa misma mañana. Del registro se pudo obtener el número de matrícula, la descripción del vehículo y de la caravana.

Un poco antes de llegar a la casa de Remedios, habían notificado por radio que se había detenido a un sospechoso en un control de carretera que coincidía con todos los datos proporcionados. Se solicitaba la presencia de la Brigada Especial para realizar una identificación del sospechoso.

-Lo siento señorita Remedios -se excusó el inspector Méndez-. La tenemos que dejar en casa y volver de inmediato para confirmar y formalizar la detención.

-Por mí no se preocupe usted. Yo ya estoy bien. No sé que me ha pasado. Toda aquella gente diciéndome cosas, me tenían aturdida.

-Aquí tiene mi tarjeta personal y el número de teléfono de mi móvil. Para cualquier cosa no dude en llamarme. Si se encuentra mal y simplemente quiere hablar con alguien, no dude en llamarme.

Remedios llegó a casa completamente exhausta. Las voces continuaban resonando en su cabeza. No la habían abandonado completamente, a pesar de la distancia que la separaba del hospital. Necesitaba descansar. Subió directamente a su cuarto, tomó un analgésico y se echó a dormir. Necesitaba descansar y recuperar fuerzas.
Por un lado era maravilloso lo que había hecho por ayudar a aquella niña y al niño. Pero las voces le continuaban persiguiendo. ¿Cómo lo iba a hacer para librarse de ellas?.
Mañana buscaría una respuesta a aquella pregunta. Ahora necesitaba descansar y dormir.

## 13. La historia

*Una semana después*

¡Ding-dong!. ¡Ding-dong!.

-¡Sí! –contestaron por el interfono.

-¡Hola!. Me llamo Juani Suárez. ¿Puede abrirme?.

-¡Adelante! –invitó la voz.

Meeec. La puerta de entrada se abrió ligeramente. La visitante se adentró hasta el vestíbulo y quedó esperando a que alguien la recibiese.

Remedios se encontraba en el piso de arriba leyendo. Se incorporó y se dirigió a la escalera.

¡Cómo había cambiado todo en los últimos días!. Todavía se acordaba de cuando se movía con la agilidad de una gacela, aquellas canas, aquel semblante sombrío, aquel agotamiento. ¿Qué le había pasado?. Cuando llegase la señora, casi no iba a poder reconocerla.

Entre estos pensamientos llegó hasta la escalera y observó a la recién llegada. Era una chica joven, que se parecía mucho a la señora. No era de extrañar, tenía el mismo apellido que ella, posiblemente se tratase de un familiar directo, prima, hermana o tal vez de una hija. ¡A saber...!

-No se moleste en bajar, ya subo yo –dijo la visitante.

-No, si no es molestia –contestó Remedios, pero antes que terminara la frase, aquella muchacha subía las escaleras.

Cuando la muchacha llegó al final de las mismas, Remedios reanudó la conversación.

-Hola, me ha parecido escuchar por el interfono que usted se llama Suárez. ¿Es tal vez familiar de la señora?.

-Bueno… Más o menos se podría decir así.

-¿Quiere que pasemos a la biblioteca? –invitó Remedios.

La visitante asintió y la acompañó en silencio. Llegaron hasta la gran mesa del salón y tomaron asiento en la esquina más cercana a la puerta, quedando cada una de ellas a un lado de la esquina de la mesa.

-Bueno, pues usted dirá. Le informo que la señora no se encuentra en estos momentos en casa, está de viaje visitando a unos familiares, yo sólo soy la empleada de hogar. Pero… ¿En qué puedo servirle?.

-¡Remedios!. ¿No sabes quién soy yo?. ¿De veras? –preguntó la visitante.

-Pues la verdad, no. Por su parecido, puede que sea un familiar directo de la señora, pero como ella no tiene ningún retrato ni fotografías de sus familiares en la casa, no puedo asegurarlo. Así que… ¿Quién es usted? –preguntó Remedios con curiosidad.

-¡Yo soy la señora! -dijo la muchacha tomando las manos de Remedios entre las suyas.

En la habitación se hizo un silencio tenso, eterno. La visitante estaba contemplando la cara de asombro de Remedios. Ésta, por su parte, intentaba entender aquello y se esforzaba

por darle un sentido en su cabeza. Al final de un momento de incertidumbre, Remedios reaccionó.

-Eso no es posible. ¡La señora es mucho mayor que tú! –respondió Remedios apartando de golpe sus manos de las de la muchacha-. ¡Tú eres una muchacha de treinta años!. ¡La señora rondaba los sesenta años!.

-¡Remedios!. ¿Te has mirado últimamente al espejo?. ¿Qué edad tienes tú? –le preguntó la muchacha-. ¿Cuánto has envejecido en los últimos días?. ¿Diez, tal vez quince o veinte años?.

-Pero eso no quiere decir nada –contestó Remedios tratando de negar los hechos-. ¿Cómo puedo yo estar segura que es cierto lo que me dices?.

-Puedo contarte con pelos y señales todas las conversaciones que hemos tenido en los días que hemos pasado juntas. Te puedo explicar todo lo que has hecho en esta casa día a día –propuso la muchacha.

-¡Eso no me vale! –le replicó Remedios-. Te lo pudo haber contado la señora.

-Muy bien… ¿Qué te podría valer?

-¡Nada, absolutamente nada!. ¡Esto es absurdo!. ¡Ridículo! –protestó Remedios.

-Tal vez esto te sirva. Recuerdas cuando se te rompió la taza. Al recoger los trozos, recuerdas que me corté en un dedo. Tú estuviste curando la herida. ¡Mira!. ¿No es ésta la herida que curaste? –la muchacha acercó la mano a Remedios para que pudiera observar de cerca el corte en el dedo, el cual con el paso de los días había cicatrizado.

Remedios miraba a la joven con cara de desconcierto. Toda aquella conversación la estaba aturdiendo.

-¿Qué sentido tiene que te mienta?. ¿Por qué no te rindes ante la evidencia? –continuó hablando la joven.

Remedios permanecía pensativa frente a las preguntas que le estaba haciendo la muchacha. No era racional lo que le estaba contando aquella muchacha o señora. ¡Vete tú a saber!. Pero… En los últimos días habían pasado demasiadas cosas que no eran racionales. La sencillez de su vida cotidiana se había esfumado. Era posible y sólo posible, que aquella muchacha estuviese diciendo la verdad o, que tal vez, poseyera alguna explicación verosímil para todo lo que le estaba sucediendo a ella. En un intento por comprender la situación, hizo un esfuerzo para aceptar que la joven que estaba sentada a su lado era su señora.

-Si esto es como tú dices… ¿Qué está pasando?. ¿Por qué tú has rejuvenecido mientras yo estoy envejeciendo?.

-Bueno, eso es más largo de explicar y será mejor que comience por el principio. Aunque es una historia un poco larga, creo que estás interesada en escucharla. ¿Qué te parece si bajo a la cocina y preparo unas limonadas para las dos? –propuso la muchacha levantándose y dirigiéndose a la cocina sin esperar la contestación de Remedios.

La muchacha sabía que era bueno dejar a Remedios sola para que, poco a poco, interiormente, fuera asimilando la situación. No era nada fácil. Ella lo sabía por propia experiencia, tampoco fue fácil para ella digerirlo en su momento. A Remedios se le agolpaban en su cabeza un sin fin de preguntas sin respuestas. ¿Qué?. ¿Cómo?. ¿Cuándo?. Y sobretodo… ¿Por qué?.

Al cabo de pocos minutos, la joven volvió con una bandeja transportando una jarra de limonada fresca y un par de vasos. La aparición de la muchacha, sacó a Remedios de su aletargo.

-Bueno. ¿Por dónde empezamos? –dijo la muchacha.

-¡Por el principio! –contestó Remedios dispuesta a proporcionarle todo el tiempo y paciencia del mundo con tal de obtener las respuestas a sus preguntas.

-¡Vale!… Hace mucho tiempo, habían dos hermanos que se llevaban muy bien. Todo lo solían hacer juntos. El hermano menor sentía admiración por el mayor. El hermano mayor era el respaldo y la protección del menor. Se fueron haciendo mayores y esta relación de dependencia se iba diluyendo con el tiempo. Empezaron a ser más independientes y comenzaba a aflorar un sentimiento de rivalidad entre ambos. Aunque esto iba afectando poco a poco a ellos y su relación como hermanos, en ningún momento quisieron reconocerlo. De esta forma, se esforzaban por mantener las cosas como antes, pero las cosas, con el paso del tiempo, en realidad habían cambiado. El enfrentamiento se hizo más evidente cuando compraron esta casa y la de al lado. Ambos habían comprado una casa para tener un poco de intimidad propia y llevar una vida separada del otro hermano, pero no querían reconocerlo uno enfrente del otro, así pues, en un falso acto de unión, comunicaron las casas por los dormitorios, los que están en los extremos del pasillo, el tuyo y el mío.

-¿El otro cuarto también tiene las dobles puertas? –preguntó Remedios.

-¡Sí! –confirmó la muchacha prosiguiendo con su explicación. El enfrentamiento continuo entre los hermanos, la falta de intimidad y la continua rivalidad terminó en un odio enfermizo. Tanto fue así, que un día, en un momento de discusión acalorada, el hermano mayor empujó al hermano menor por las escaleras, con tan mala fortuna, que el hermano menor se fracturó la columna vertebral a la altura de las cervicales y quedó totalmente parapléjico para el resto de sus días. El hermano mayor nunca se perdonó haberle causado este mal. Aún cuando estuvo toda su vida cuidando de su hermano, nunca consiguió librarse de su culpa interior. Es por ello que a su muerte, su espíritu se quedó en este plano terrenal y no descansa en paz en esta casa. Necesita seguir haciendo el bien para redimirse de su culpa. Su conciencia lo condenó para toda la eternidad.

-Eso de un espíritu condenado en esta casa puedo imaginármelo. No estoy segura si creerlo. No obstante, imaginármelo puedo –decía Remedios en un esfuerzo por tratar de entender la situación-. Pero… ¿Qué tiene que ver con nosotras?.

-Déjame que continúe con la explicación y al final lo entenderás todo –dijo pacientemente la muchacha-. El espíritu es algo incorpóreo, es decir, que aunque existe como un Ente plásmico, no tiene cuerpo y como tal no puede realizar ninguna acción física en este plano existencial. Para ello necesita ser huésped de un ser humano. ¡Ahí es dónde entramos nosotras!. Nosotras somos las anfitrionas del espíritu, el cual a su vez ha tomado nuestros cuerpos en una ceremonia de posesión. Una vez el espíritu del Ente ha tomado posesión del cuerpo de su anfitrión, comienza a dotarle de facultades paranormales y extrasensoriales, para poder utilizar la energía positiva de la persona y ayudar a los demás.

-Yo más bien diría, que esto nos ha complicado la vida y nos hace daño a nosotras –protestaba Remedios.

-¡Sí!. Estoy de acuerdo contigo ya que esto tiene un coste, un coste muy alto, el cuerpo del anfitrión se deteriora por la gran cantidad de energía psíquica que le obliga a utilizar el Ente en sus acciones. El cansancio, el agotamiento, el no dormir bien, contribuyen también a este deterioro. Llega un momento en que el cuerpo del anfitrión está tan castigado, que el propio Ente te obliga a que busques otro anfitrión. Hasta entonces, no puedes hacer nada por deshacerte de él.

-Pero yo, en las películas, he visto que con un exorcismo de esos, se puede hacer que el espíritu abandone el cuerpo de la persona poseída. ¿Qué ocurriría si yo hago algo como eso? –preguntó Remedios.

-El Ente controla tu inconsciente, es decir, te controla internamente sin que tú lo sepas y sin que puedas hacer nada para evitarlo. Él nunca te permitirá hacer algo como eso. Yo de ti, no lo intentaría puede ser muy peligroso para ti. Pero no te ofusques, al final de todo el proceso te librarás de él y serás mucho más feliz que al principio. Por otro lado, piensa un momento despacio. En esas películas que dices que has visto… ¿Cuántos de los poseídos se han sometido voluntariamente o por iniciativa propia a una sesión de exorcismo?…

La muchacha creó un silencio tenso dando tiempo a Remedios a digerir aquella pregunta

-¡Ves como no es posible hacerlo! –recalcó la muchacha-. Una vez el Ente está dentro de ti, debes de ser paciente y esperar a que él decida realizar el cambio. Pero tú deberás proporcionarle un receptor.

-¿Y cómo se hace eso de pasar el Ente de una persona a otra?.

-Bueno, eso no es sencillo. Primero debes de encontrar un candidato o candidata, no importa el sexo. Esta persona debe ser aceptada por el Ente. Ya te adelanto que si no es una persona de buen corazón e integra, será rechazada por el Ente.

-¿Pero eso cómo puedo saberlo yo de antemano?.

-Ya encontrarás la forma de saberlo. Con la práctica se encuentra la forma de hacer todo lo que necesitas. ¡Eso no te tiene que preocupar!.

-Y después... ¿Qué? –dijo Remedios incitando a la muchacha a proseguir con su explicación.

-Una vez el candidato ha sido aceptado por el Ente. Entonces, es necesario hacer una ceremonia para permitir el abrazo del Ente y que se lleve a cabo la posesión.

-Pero… Yo no he intervenido en ninguna de estas ceremonias.

-En principio no, o al menos conscientemente. Recuerdas cuando se rajó la taza de té y te cortaste. Mientras yo te limpiaba la herida, puse el platillo de la taza de té debajo de tu mano para no manchar nada y recoger tu sangre. Después, recuerda que me corté y pusimos de nuevo el platillo para que cayese mi sangre y no manchar nada. Recuerda que en él, ya estaba tu sangre. Esta mezcla de las sangres, es uno de los principales ingredientes para el ritual de trasvase del espíritu de un cuerpo al otro.

La joven se incorporó de la silla, se dirigió a una de las estanterías de libros y tomo uno de ellos. Se acercó hasta donde estaba Remedios y le dio el libro.

-Toma, léelo despacio. Aquí explica en detalle todo lo referente a las ceremonias.

Remedios tomó el libro entre sus manos y miraba perpleja a la muchacha, no podía salir de su asombro, todavía no sabía que hacer si creerla o no.

-Entonces… ¿Tú ya no tienes el espíritu? –preguntó curiosamente Remedios.

-No, yo te lo pasé a ti. Aquella noche la del corte –aclaró la muchacha-. Al igual que tú se lo tendrás que pasar a otra persona en un futuro no muy lejano.

-¡Yo!. Yo soy incapaz de hacer algo así… ¿Cómo voy a hacer eso?. ¿Cómo voy a librarme del espíritu?.

-Pues igual que yo, haciendo todo lo que te he explicado. Si no lo tienes claro, lo lees en el libro que te lo explica en detalle. Estas son las llaves maestras de las puertas que permiten el paso a la otra casa -dijo dándole el manojo de las llaves.

-¿Para qué quiero entrar en la otra casa?.

-Allí querida, en el salón, están todos los elementos necesarios para hacer las sesiones y las ceremonias. También te permitirá vivir en ella mientras se está realizando el proceso de la vuelta atrás. Cuando el Ente abandona tu cuerpo, el proceso de envejecimiento se invierte, a partir de ese momento, tu cuerpo y tu vida vuelven a ser tuyos y tú, vuelves poco a poco a convertirte en la joven que eras. Bueno casi...

-¿Qué has querido decir con ese casi?.

-No seas impaciente, déjame seguir con la explicación –reprimió la muchacha a Remedios por su incontenida impaciencia. Cuando llegue el momento del cambio, no debes de tener ningún vínculo emocional ni sentimental con la persona que te releve. Por ese motivo, yo escogí a una desconocida como tú. Éste fue el mismo método que utilizó la anterior anfitriona conmigo y es lo que te aconsejo que hagas tú con tu sucesora.

-Pero … Yo... ¿De dónde voy a sacar el dinero para vivir mientras tanto?.

-¡Ah sí!. ¡Cosa importante! -dijo la muchacha buscando algo en su bolso. Este documento que te doy, es una cesión vitalicia de dinero que es entregado a la persona que presenta estas credenciales en la Fundación Leafar. Esta fundación se creó con los fondos procedentes de las fortunas de los hermanos. Ellos conocen la naturaleza del asunto, por lo que no te harán preguntas pero tampoco permitirán que te aproveches de las circunstancias. Con el dinero que te proporcionan hay suficiente para ti y para el sueldo que debes de pagar a la empleada del hogar, no te preocupes por esto, en el futuro, el dinero dejará de ser un problema. La Fundación te dará un sueldo durante toda la vida para que no pases necesidades. Piensa que no será excesivo, pero sí lo suficiente como para cubrir tus gastos.

-Y yo, mientras todo esto ocurre... ¿Qué hago?.

-Sigue como hasta ahora, haciendo lo que te dicte tu corazón. Ayuda a los demás. Continua colaborando con el inspector Méndez. Él pertenece a la Fundación por lo que en todo momento sabía que estaba ocurriendo y estará dispuesto a ayudarte si necesitas algo. Los de la Fundación son buena gente. La próxima vez que veas al inspector, dile que has hablado conmigo, él sabrá entender. El inspector utiliza los poderes de las personas poseídas por el Ente en sus investigaciones, para ayudar a encontrar a las personas que han sido secuestradas y que están sufriendo. Bueno… ¡Qué te voy a contar yo en este sentido!. ¡Es algo que ya estás haciendo ahora!.

-¿Qué pasa con los poderes que tengo ahora?. ¿La adivinación, el entrever el futuro?.

-No lo has comprendido, esos poderes no existen, nunca la premonición ha formado parte de nuestras habilidades.

-¿Cómo que no?. ¡Yo los he utilizado en alguna ocasión!.

-No, lo único que posees es la capacidad de recibir información de los demás, a través de una comunicación telepática. ¡Haz memoria!. ¡Recapacita!. Todo lo que tú has pretendido saber en algún momento, alguien lo tenía en su cabeza cerca de ti, ello te ha permitido realizar una conexión mental con esa persona y recibir la información que necesitabas en tu mente. Si lo que tú has querido saber alguien lo sabía, tú lo has recibido, sea cierta esa información o no. Por otro lado, si alguien te ha pretendido mentir, también lo has sabido, ya que al fin y al cabo, estas recibiendo la información procedente de su inconsciente. Tú nunca has adivinado ni has predicho nada, todo eran hechos ocurridos con anterioridad. Nunca una predicción futura. Piénsalo despacio y verás como yo llevo razón.

-¿Qué hago con las voces en mi cabeza que incesantemente me están suplicando que use el don?. ¿Puedo realmente curar?.

-Lo primero que debes hacer es alejarte de los hospitales. Los enfermos inconscientemente detectan tu poder. ¡Ten mucho cuidado con ello!. Tú no puedes hacer milagros, a veces puedes ayudar a que mejoren haciendo que se sientan bien, dándole parte de tu vitalidad y de tu paz interior. Otras veces, con cosas pequeñas, puedes curarlos y aliviarles el dolor, pero todo esto tiene un desgaste físico para ti muy grande. Éste es el casi al que me refería antes, el don, es decir, la capacidad de sanar, jamás la perderás, es algo que te acompañará para el resto de tu vida, aprende a manejarlo racionalmente. No debes dar falsas esperanzas a nadie. ¡No es bueno para ninguna de las partes!.

-Pero… ¡Las voces no cesan de hablarme en todo el día!. ¡Me imploran continuamente que utilice el don!. Lloran, gimen dentro de mi cabeza y no me dejan en paz. ¡No puedo descansar, no puedo dormir!.

-¡Ignóralos!. Es la única forma que rompan los lazos contigo. Sólo lo harán cuando estén convencidos que no vas a hacer nada por ellos. ¡No los puedes ayudar!. No te sientas culpable si no lo haces, ellos saben que tú puedes hacer poco por ellos, o tal vez nada, pero se aferran a ti como el naufrago a los restos flotantes del naufragio. El ser humano por naturaleza es egoísta. Los necesitados, los desesperados, notan tu presencia, inconscientemente conocen tu poder y quieren que los alivies, pero si te dejas atrapar sentimentalmente, si te involucras con algún caso terminal o incurable, vas a sufrir tú y él a la vez. Él porque adquirirá la esperanza que lo cures, cosa que no ocurrirá y tú, ante la impotencia de no poder aliviar su sufrimiento. Tu poder es limitado, aprende a usarlo en beneficio de los demás y en el tuyo propio. Debes ser altruista, pero como todo en esta vida, tiene un precio muy caro, no quieras más de lo que puedes. Será tu propia salud la que se resentirá y entonces, no podrás ayudar a los que verdaderamente podrías y lo que es peor, nadie podrá ayudarte a ti. Ésta es una lección que tienes que aprender por ti misma y que jamás debes olvidar.

-¿Dónde está el límite?.

-¡No lo sé!. Pero eso lo experimentarás tú en tu cuerpo, cuando comiences a notar el desgaste que te está causando. Posiblemente sea diferente para cada persona. ¡Seguro que sabrás hallar tus límites!.

-¿Qué me aconsejas que haga?.

-Utiliza el don de una forma racional, sin implicarte emocionalmente. Sólo para cosas viables y que no sean irreversibles. ¡Jamás para enfermos terminales o desahuciados!.

-¿Cuándo terminará todo este calvario?

-En el momento en que el Ente decida pasar a otro anfitrión, pero a ti siempre te quedará el don, posiblemente con menos poder que ahora. Yo, después de cederte el Ente, he utilizado el don, y aún cuando no ha sido igual que antes, continuo sintiendo su fuerza en mi interior, la paz y el poder. Además, yo misma en esta situación, he tenido que aprender a utilizar el don de nuevo, a dosificarlo para que no llegue a deteriorar mi propia salud.

-¿Cómo sabré que es el momento de hacer el trasvase?.

-Ya lo sabrás querida, ya lo sabrás.

-¿Cuándo volveré a ser joven como antes?.

-Cuando ocurra el trasvase, tu cuerpo vuelve a reconstruirse poco a poco, hasta llegar a su estado original rejuvenecido. Puedes verlo en mí, pero tu vida habrá cambiado para mejor.

-¿Por qué me ha pasado esto a mí?.

-¿Por qué? -se hizo un pequeño silencio tenso, como si hubiese que esperar a que la respuesta se formara en aquel momento de quietud-. Muy sencillo, porque eres una buena persona, porque te preocupas de los demás, porque eres una persona que merecía poseer El don...

## Epílogo

*Seis meses después*

¡Ding-dong!. ¡Ding-dong!.

-¡Síiii! –contestó una voz por el interfono.

-¡Hola!. ¿Es aquí dónde buscan a alguien para trabajar en tareas del hogar? –preguntó la candidata.

-¡Pase!. ¡Adelante! –invitó la voz.

¡Meeec!. Sonó el pestillo y la puerta se abrió.

La chica entró en la casa. En el piso de arriba había una mujer mayor apoyada en la barandilla de la escalera, la cual haciendo un gesto con la mano la invitaba a subir al piso superior.

La muchacha subió la escalera y siguió a aquella mujer. En esos momentos, la mujer se dirigió hacia una larga mesa custodiada por una docena de sillas y situada en medio de lo que parecía una sala de biblioteca. La señora llegó a la presidencia de la mesa y tomó asiento.

-¡Por favor!. ¡Siéntate! –dijo Remedios a la candidata.

La candidata se deshizo del bolso poniéndolo en una silla y tomó asiento.

-Gracias señora.

-¡Muy bien querida!. ¡Pues tú dirás!.

-Sí, esto…Yo estoy aquí por lo del puesto de trabajo. He ido a la agencia y me han dicho que me presentara a estas señas para hablar con usted –explicó un poco nerviosa la candidata.

-¿Ya le han advertido que yo soy muy exigente? –preguntó con curiosidad.

-Bueno, no exactamente eso. Me han dicho que ha rechazado usted a otras cuatro candidatas. Por eso me han recomendado que no me hiciera muchas ilusiones con el trabajo.

-¿Y tú qué piensas de eso?.

-Todo depende de lo que usted exija y de cuánto esté dispuesta a pagar por ello –contestó la candidata con naturalidad.

-¿El dinero es lo más importante para ti? –preguntó de una forma inquisidora.

-No, no, señora. Sin embargo, yo trabajo para vivir pero no vivo para trabajar.

-Entonces… ¿Por qué buscas un trabajo de dedicación completa con ancianos?. ¿Para engañar al viejo y quedarte con su herencia? –preguntó Remedios intentando provocar a la candidata.

-¡Pero que se ha pensado señora!. Yo lo hago para ganar más dinero y gastar menos mientras lo gano. Creo que es una postura lógica. Mi tiempo a cambio de su dinero.

-¿Qué piensas acerca de los demás?.

-¿Quiénes señora?. ¿A quién se está refiriendo?. No entiendo la pregunta.

-Me estoy refiriendo a los desamparados, los que tienen problemas, a los que sufren las desgracias, a esos son a los que me refiero yo.

-Esta vieja *chochea* –pensó la candidata.

-Mire señora, a mí no me importa ayudar a los demás. Pero yo tampoco soy muy afortunada en la vida y me tengo que buscar mi propio sustento sin la ayuda de nadie. ¿Por qué cree usted que yo busco este tipo de trabajo?. ¿Por gusto?. No se equivoque, lo hago por necesidad, por el dinero.

-Ya veo… ¡Está claro!. El dinero es lo más importante para ti –volvió a provocar Remedios.

-Bueno señora piense usted lo que quiera. Yo he venido aquí a por el trabajo. ¿Me lo va a dar o no? –contestó molesta la candidata.

-¡Eso es!. ¡Enfádate!. Necesito que te enfades para que bajes tus barreras mentales –pensó Remedios.

-¿Por qué crees que debo contratarte a ti y no a una de las anteriores?. ¿Por qué piensas que eres mejor que ellas? –preguntó ácidamente Remedios.

-¡Oiga!. Ese no es mi problema es el suyo –le contestó la candidata con descaro.

-Muy bien, ya eres más accesible –se dijo Remedios para sí misma-. Venga sólo necesito que te enfades un poquito más.

-¿Y si no te contrato? –provocó de nuevo Remedios.

-¿Y si yo la mando a pasear? –replicó la candidata ofendida.

La candidata se levantó de la silla, tomó su bolso y sin despedirse se dirigió a la puerta de la biblioteca.

-¡Ahora es el momento de leer! –se dijo Remedios.

Remedios hizo un examen rápido de la mente de la candidata. Ella, en su estado de enojo, había bajado las barreras naturales de su mente. Ahora, Remedios podía leer sus pensamientos, sentir sus sentimientos, llegar hasta lo más profundo de su ser.

Un sexto sentido en la candidata hizo que mirara furtivamente a Remedios, como en un acto reflejo. Sentía como si alguien estuviera hurgando en su interior.

-¡Hum!. No parece mala chica, un poco materialista pero a su edad es normal –pensó Remedios-. Antes también yo era así. Lo que necesitaba era dinero. A esta chica le ocurre lo mismo, si no gana dinero no podrá pagar el internado de su hijo. Tampoco podrá huir de su vida como mujer de la calle. Remedios tras sopesar los pros y los contras pensó:

-Tal vez, esta chica pudiera servir. Será cuestión de intentarlo. ¡Voy a darle una oportunidad!. ¡No todo el mundo es perfecto! –se autojustificó Remedios.

A ella no le quedaba mucho tiempo. Comenzaba a sentirse cansada, agotaba, estaba físicamente consumida. La posesión se debía realizar en los próximos días, ya no debía existir un nuevo aplazamiento.

-¡Pssst!. Señorita, no tenga usted tanta prisa. No hemos hablado todavía de su sueldo, ni de las condiciones, ni de….

**F I N**